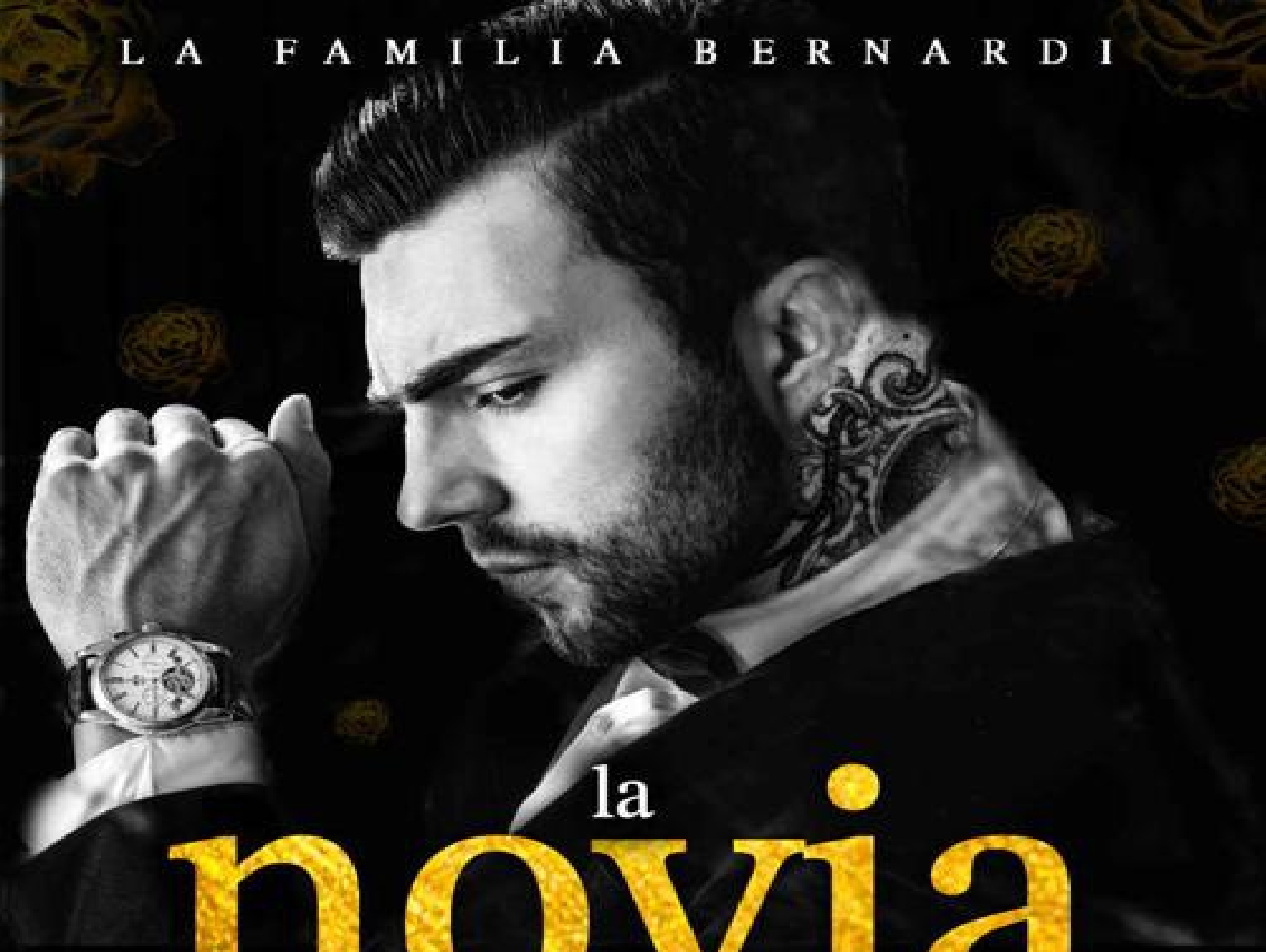
LA FAMILIA BERNARDI



la novia SECRETA DEL JEFE

PARTE I

ROMANCE DE MAFIA

de la autora de bestsellers

AMELIA GATES



the secret BRIDE

ÍNDICE

1. Aclan
2. Aclan
3. Aclan
4. Ace
5. Kailyn
6. Kailyn
7. Aclan - Cuatro años antes
8. Aclan
9. Kailyn - Cuatro años antes
10. Kailyn
11. Kailyn
12. Kailyn - Tres años antes
13. Aclan
14. Kailyn
15. Aclan
16. Aclan
17. Kailyn
18. Kailyn
19. Aclan
20. Kailyn
21. Aclan
22. Aclan
23. Kailyn
24. Kailyn
25. Kailyn
26. Kailyn
27. Aclan

UNO

ACLAN

Mi padre se ha tomado un descanso de esperar a que la muerte llamé a su puerta para reunirse conmigo en mi salón. También han venido mis hermanos y hermana. Es raro que estemos todos reunidos aquí.

Mi padre, que es terco como una mula, rara vez hace acto de presencia por mi zona de la ciudad. Odia todo lo relacionado con Hill Heights. Lo tranquilo y decente que es. Las luces brillantes. Las altas estructuras que sobresalen por sobre las carreteras de hormigón perfectamente lisas. Las casas con tejados planos y fachadas de cristal. Pero, sobre todo, desprecia lo poco que encaja en su mundo de monumentos históricos y ricos de toda la vida.

Hoy, sin embargo, está sentado frente a mí, sin quejarse y con el ceño solo levemente fruncido. Esta sería la estampa de una puta reunión familiar, si no fuera por el tema que nos ocupa... mi compromiso. O, mejor dicho, mi matrimonio concertado con la princesa y la posesión más preciada de Caruso, Ava Caruso. Debería sentirme honrado, la verdad. Pero no me emociona demasiado lo de irme a la cama con el enemigo. Es por un bien mayor, como dirán todos. Pero yo no estoy tan seguro.

Los Caruso son, y siempre han sido, unos mindundis traicioneros. Casarme con su trofeo será como ponerme una diana en la espalda. Si me giro hacia el lado equivocado de la cama, me apuñalará hasta la muerte. Qué de cosas estoy dispuesto a hacer por mi familia, supongo. Y no hay que olvidarse de las cosas que mi familia me obliga a hacer por dinero. *Todo* es por el dinero. Siempre lo ha sido. Siempre lo será.

—¿Qué tal una boda en verano? —pregunta mi padre, empuñando el vaso de whisky que tiene en la mano. Me mira fijamente, esperando a que me estremezca o me acobarde o... algo. Cualquier cosa. Por suerte, mantengo mis expresiones bajo control. A diferencia de mi hermana, Ise, que tiene las cejas arqueadas y la mandíbula tensa.

A veces tengo la sensación de que me conoce incluso mejor que yo mismo. O puede que simplemente conozca a Ava, y que el disgusto que se le dibuja en la cara no sea por nuestro acuerdo en particular, sino por la perspectiva de tener a esa Caruso en concreto como cuñada.

Aparto la mirada de mi padre, negándome a que la duda de mi hermana se refleje en mi propia cara. Dios sabe que mi opinión con respecto a mi futura esposa no es mejor que la de ella.

—Un compromiso largo sería aún mejor —digo con voz controlada. Mi padre frunce el ceño y su entrecejo se pronuncia más, indicándome que me explique—. Daría a los tabloides algo a lo que echar boca. Si nos casamos en agosto, parecerá demasiado precipitado y todo el mundo buscará razones ocultas.

Frederick pone los ojos en blanco.

Mi hermano, Marco, resopla y tose algo asqueroso antes de coger mi vaso de whisky y escupir los excrementos que profiere su garganta dentro. Como todos, ha recibido la mejor de las educaciones para esto. Los tenedores deben ser los adecuados para el plato en cuestión, las servilletas deben estar dobladas sobre nuestros regazos y debemos lavarnos la sangre de los nudillos antes de tocar la cena.

La expresión de la cara de mi padre deja claro de lo cerca que está de borrar por completo a Marco de nuestra familia.

A Marco le importa una mierda. Conocido como el Bernadi que va a su bola, actúa antes de pensar y aprieta el gatillo antes incluso de haber cargado la pistola, ya le han quitado el derecho a hacerse cargo de la empresa familiar. ¿Qué más puede perder?

Todo el mundo ignora su despliegue teatral. Son como un incendio. La única manera de matarlos es quitarles el oxígeno.

—Aclan no se equivoca con lo de los tabloides —aclara mi hermana—. Cuanto más corto sea el compromiso, más curiosidad sentirá todo el mundo.

—Un compromiso largo podría hacer parecer que le aterra casarse con esa maldita chica —resopla mi padre.

—Nadie dice que tenga que alargarlo hasta el próximo siglo —lo corrige Isolde—. Pero puede darle a los tabloides algo en lo que entretenerse. Unas cuantas citas aquí y allá. Unas fotos por ahí. Que se emocionen para que no husmeen en la dirección equivocada. Necesitan *ver* a Aclan y Ava juntos para que crean que esto es más de lo que es.

Chica lista.

—No se equivoca —digo, volviéndome hacia mi padre.

Es mi inteligencia, me había dicho, lo que le hizo querer entregarme las riendas a mí, el más joven, en lugar de a su sucesor directo. Ahora es evidente que está contemplando cuánta inteligencia habrá realmente en este cabezón mío.

Todos sabemos que me haré cargo de todo. Pero presionar demasiado le recuerda por qué se me comunicó este destino tan pronto. Mi padre tiene miedo de su propia inmortalidad. Ya no está tan sano como antes y, aunque su enfermedad no lo ha dejado completamente postrado en una cama, ese destino no anda demasiado lejos. El verano se le antoja a años luz. Puede que ya no esté aquí para ver la cara de Caruso cuando un Bernardi lleve a su hija al altar. Qué insensible debería ser para sugerir una fecha aún más tardía.

Mi padre levanta un dedo para decirme lo que piensa, pero el sonido del timbre nos detiene a todos. Tendría que ser un idiota para invitar a alguien a casa estando mi padre, y no es el caso.

Miro al grupo, la tensión se dibuja en el aire. Marco se palpa la cintura, como para asegurarse de que la pistola que lleva como una segunda piel sigue ahí. A mí tampoco me falta el arma, pero no la exhibo como él.

—¿Vas a ir a mirar quien es o esperas a que vaya uno de nosotros? —se mete Fred, mi otro hermano. Ha estado muy callado esta noche, no es propio de él.

Hago un gesto brusco con la cabeza, haciéndoles saber que volveré antes de que se les seque el licor en los labios, y salgo de la habitación con paso tranquilo y controlado.

Como era de esperar, me es más fácil respirar cuanto más me alejo de ellos y de la conversación que han venido a esclarecer.

Agarro la manilla de la puerta, ligeramente enfadado con quienquiera que haya causado esta interrupción, pero agradeciendo de todos modos el respiro que me ha ofrecido. Abro la puerta de un tirón y se me borra la sonrisa de la cara.

Aquí no hay nadie.

No se me ocurre ni una sola persona que sea lo bastante osada o estúpida como para venir a vacilarme en mi territorio, pero, por la razón que sea, la paranoia parece apoderarse de mí. Estoy a punto de cerrar la puerta cuando oigo un arrastrar de pies que hace que mi vista se aventure un poco más abajo.

Pero, ¡qué cojones!

Se me ponen los ojos como platos cuando veo al niño que tengo delante, cuya cabeza apenas me llega a la altura de la rodilla. No puede tener más de tres años, poco mayor que un bebé. No pinta nada aquí fuera a estas horas de la noche, y mucho menos solo.

La confusión casi me tumba, pero entonces otra emoción, algo desdichado, algo viejo, me recorre las venas cuando inclina su cabecita para mirarme.

Esos ojos verdes suyos... como trozos grandes y redondos de esmeralda. Conozco ese tono de verde demasiado bien. Han pasado tres años desde la última vez que vi algo parecido. Tres años desde que la mujer con unos ojos idénticos se fue de mi vida. Desapareció. Se esfumó. Se convirtió en un maldito fantasma.

Aprieto los ojos, algo dentro de mí me dice que esto no es más que un puto sueño. Que estoy alucinando. O mejor aún, que me estoy volviendo loco. Pero cuando vuelvo a abrir los ojos, el niño sigue ahí, y sus ojos siguen siendo los mismos.

—¿Estás perdido?

—Papá —dice.

La palabra es como un puñetazo en las tripas. Quiero corregirle. Debería corregirle. Pero me agacho para verlo mejor. No es un niño feo. Ni el tipo de niño que a una madre le amarga tanto como para abandonarlo en medio de la nada.

Tiene el pelo oscuro y rizado, una pecas espolvoreadas por la nariz respingona y, de nuevo, esos ojos, no son del color de los de un Husky, pero contienen la misma fuerza.

El niño también va bien vestido: bufanda de lana y manoplas a juego para abrigarle y una

chaqueta que parece que hayan rellenado con un rebaño entero de pelusa de cordero.

Sin duda podría sobrevivir a un par de noches en la calle. Pero hay una pequeña bolsa en el suelo, junto a sus pies, que me dice que tiene otros planes.

Este crío no se ha perdido al alejarse demasiado de sus padres en el supermercado. Ha venido aquí intencionadamente. O lo han traído aquí, una vez más, intencionalmente. Sea como sea, es lo puto mismo.

Asomo la cabeza por la puerta, echando un vistazo por encima de su cabeza para ver si hay alguien merodeando a lo lejos, pero no se ve nadie. El descubrimiento no me sorprende demasiado. Al fin y al cabo, no mucha gente sabe dónde vivo.

—¿De dónde vienes, chico?

La sonrisa en los labios le tiembla un poco.

—Mamá. Mamá dijo que me quedo un ratito con papá. Sólo un ratito. —Tiene las mejillas sonrosadas por el viento helado que sopla en la ciudad. No debería estar aquí. Alguien tiene que venir a recoger a su puñetero hijo—. Papá.

—¿Quién es papá?

Me señala a mí. El niño es todo un comediante.

—Ni de coña soy yo tu puto papá —suelto—¿Estás perdido, chico? ¿Dónde está tu mamá?

El niño baja un poco la cabeza y le tiemblan los labios. No sé qué hacer con este embrollo, así que le doy la palmadita en el hombro más incómoda de la historia de la humanidad.

—Mamá no está. Me quedo con papá.

Vuelvo a mirar a lo lejos. Sigue sin haber nadie. Ni siquiera un ratón. Decir que estoy muy confundido sería quedarme corto. Pensaba que acercarme a mis hermanos y a mi padre endurecería un poco el corazón, pero al mirar a los ojos de este niño...

—¿Cómo te llamas, chico? —le pregunto.

—Tommy. ¡Soy Tommy Johnson!

—Estoy tiene que ser una coña —susurro, sintiendo que los globos oculares se me salen de las órbitas.

—¿Y cómo se llama tu mamá?

—Kay-Kay. ¡Mamá es Kay-Kay!

El chico sonríe con una brillante hilera de dientes nacarados de leche y encías rojas cuando sostiene en alto un sobre amarillo, esperando a que lo coja. Vuelvo a mirar a mi alrededor, aunque no espero ver a nadie. Estoy aturdido y confundido de cojones sobre qué hacer a continuación.

No puedo dejar que este niño ande por ahí sin ningún padre a la vista. Tampoco puedo llevarlo a mi salón y aparcarlo junto a mi familia.

Pero, si es el hijo de Kaylin...

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando el sobre con la cabeza.

—Mamá dijo: dáselo a papá.

Me quedo mirando el sobre durante un minuto. Podría ser una estratagema del enemigo. No me extrañaría que David Caruso intentara envenenarme por correo.

—¡Cógelo! —me suplica.

Me doy cuenta de que está asustado, preocupado y confuso, pero que aun así encuentra consuelo en mi presencia. No debería. Los Bernardi no son el tipo de familia con la que uno debería sentirse cómodo. Podría hacérselo saber. Ladrarle como lo haría Fred. Agitar mi arma como le gusta hacer a Marco. Pero Tommy es sólo un niño. Y aunque no tenga sentido, esos ojos... son los ojos de Kailyn.

Sus ojos.

Su hijo.

Sea lo que sea en lo que se ha metido, tuvo a bien dejar a su hijo en mi puerta. Nuestro hijo. ¿Es *nuestro hijo*?

Aparto ese pensamiento de mi mente. Ava Caruso espera un buen pedrusco, no una gran decepción y un niño como regalo de bodas, un niño que no es suyo... no hay nada más decepcionante que eso.

Sé que todos los que están dentro me esperan, pero no puedo resistir la tentación, así que cojo el sobre y lo rasgo. Me tiemblan los dedos. La sangre me hierve y se me hiela a la vez.

Desdoblo la carta de una página que empieza con mi nombre.

Mis labios se mueven con las palabras mientras las asimilo, reconociendo la letra pulcra y arremolinada de Kailyn.

DOS

ACLAN

Ace, lamento haber dejado a Tommy así contigo. Lamento muchas cosas. Los errores que he cometido, los secretos que he guardado, la forma en que te estás enterando de la existencia de Tommy. Por mucho que me odies por la forma en que terminé las cosas, sé que tienes tu parte de bondad. Que hay una parte de ti que aún tiene un lugar en tu corazón para partes de mí. Y Tommy es una parte de mí. La mejor parte de mí. Es mi ángel, Aclan. Y, por un tiempo, tal vez pueda ser tuyo también.

Por favor. Kailyn.

TOMMY SE ME QUEDA MIRANDO, con los ojos muy abiertos y asombrado. Y yo miro a Tommy, como si estuviera viendo un fantasma. El fantasma de Kailyn. Mi fantasma. Una mezcla de los dos. Pedazos de mí y pedazos de ella. Sería aconsejable hacer más pruebas, pero el parecido es asombroso, por decir poco. El niño dice que soy su padre. Y aunque Kailyn me haya escrito un puñetero acertijo por carta, nunca ha sido una mentirosa.

Por muy enfadado que esté, por muy confundido que esté, por muy en negación que quiera estar, me resulta difícil fingir que no he leído lo que he leído. Me es aún más difícil pensar que ella ha engañado a su hijo.

El corazón se me retuerce en el pretzel más extraño y doloroso mientras pienso en qué demonios podría haberse metido Kailyn.

Aprieto la mandíbula, la tensión en mi cuerpo es suficiente para hacerme sentir como si estuviera a punto de explotar.

La busqué durante años, casi enloqueciendo por cómo se desvaneció en el puto aire. Y ahora, hay un niño en mi puerta que posiblemente sea (o no) mío. Un niño que me pide que *proteja*.

No le debo nada. Ni un pensamiento, ni un aliento, y desde luego ni un favor. Pero al mirar la niño que tengo delante, sé que, se lo deba o no, voy a hacer lo que me pide. Aunque sólo sea para tener la conciencia tranquila. Aunque sólo sea porque pienso que tal vez, *tal vez*, exista realmente la posibilidad de que este niño sea mío.

¿Y entonces?

¿Qué hago?

No tengo ni idea.

—¿Qué pasa? —Se oye una voz. No es la del chico ni es la mía. Es Isolde, mi hermana, que se acerca por el pasillo. Me quedo boquiabierto, pero ella también—. ¿Pero qué...? ¿Ace? —Isolde parece haber visto un fantasma.

Conozco la sensación.

—Necesito tu ayuda —le digo, yendo directo al grano—. Llévalo al dormitorio y quedaos allí hasta que me deshaga de papá y los chicos.

Se detiene. Sus ojos se desplazan de mí a Tommy, de un lado a otro, una y otra vez.

—¡As! ¿Quién es este niño? —lo dice despacio, saboreando las palabras como si no se creyera lo que está diciendo.

—Baja la voz, Ise, por favor... Tú... Llévalo al dormitorio, quédate con él y asegúrate de que esté callado. Le diré a papá que estás al teléfono con Jason o algo así. —Le doy un empujoncito a Tommy y le paso la bolsa del niño a Isolde—. Prometo explicártelo todo en cuanto se vayan. Pero nadie puede saber que está aquí. Nadie.

—Ace...

No puede apartar los ojos del chico, y por buenas razones. Razones que no quiero que exprese ahora mismo. Pero Ise tiene una boca que nadie puede lograr que cierre si ella no quiere.

—Es tuyo, ¿no?

—No —respondo tajante.

—Por supuesto que es tuyo. Es igualito a ti.

Le dirijo a Tommy una dura sonrisa.

—Estaré contigo en unos minutos. Quédate con ella. Te dará leche y galletas.

—¿Galletas? —pregunta Tommy.

Isolde frunce el ceño en mi dirección, así que señalo la cocina.

—Has asaltado mi cocina las bastantes veces como para poder servirte tú misma.

Mi hermana pone los ojos en blanco y, ligera de pies, se lleva a Tommy. La ira se me agolpa en el pecho y los puños me suplican que les de uso de nuevo.

Si Kailyn puede acudir a mí ahora, podría haber venido a buscarme entonces. Si puede confiarme a su hijo, debería haber sabido que podía confiarme su vida.

Pero hay cosas más importantes en juego que resolver los porqués de lo que hace mi exnovia.

TRES

ACLAN

—¿Quién era? —pregunta papá cuando vuelvo al salón.

No sé si se da cuenta de que estoy nervioso, pero hago todo lo que puedo para mantener una cara seria. A estas alturas me cuesta hasta respirar, pero ¿qué otra opción me queda?

—Era solo un repartidor. Tenía la dirección equivocada y el GPS estropeado —respondo—. Bueno, ¿por dónde ibamos? —Me dejo caer de nuevo en el sofá, con los dedos entrelazados.

—Estábamos hablando de los Russo —dice Marco mientras coge otra galleta de la mesa de centro.

Suspiro, aliviado de que ya no hablen de mi compromiso.

—¿Los Russo?

—No podemos permitir que nos hagan estos desaires, una y otra vez. Los terrenos ribereños deberían haber sido nuestros hace años.

Le da un sorbo a su café y yo me detengo un momento a observar cómo cada uno de nosotros ha salido tan diferente a pesar de la maldición de tener los mismos padres.

Marco es el vivo retrato de papá, con el pelo castaño y los ojos azules. Frederick, el mediano, también mayor que yo, tiene el pelo más claro y los ojos verdes de mamá, mientras que Isolde, nuestra hermana, se parece al abuelo Michele con su larga melena oscura y sus profundos ojos castaños. Nuestra hermana menor, Maria, no está involucrada en el negocio familiar, pero dale un vestido rojo y deja que balancee esa melena negra sobre un hombro y ya está.

Siempre me he sentido excluido, pero nuestro padre insistió en que fuera yo quien le sustituyera cuando llegara el momento.

Nunca fue mi prioridad, la verdad sea dicha, pero la familia es lo primero, pase lo que pase. Lo llevo en la sangre. Mis instintos funcionan así.

—El Grupo Russo tiene propiedades que necesitamos —añado—. Hemos establecido una relación decente con ellos, y no nos interesa alienarlos para que vayan directos a los brazos de los Caruso. Eso es lo que espera David, y lo sabes.

—Que le jodan a David Caruso —refunfuña Frederick—. Una bala en la cabeza y no volveremos a tener problemas con los Caruso. Es el último de los dinosaurios. Sus hijos no tienen nada de su carácter siciliano—. Fred es más un ejecutor. Violento. Bruto. Implacable. Sea

mi hermano o no, a veces me asusta.

—Muestra un poco de respeto —ladra papá, haciéndose oír en todo el salón. Siempre que habla, el silencio reina sobre nosotros, los mortales—. Yo soy un dinosaurio. Formo parte de la vieja guardia, como David, y también los jefes de las demás familias. Tenemos un orden mundial aquí en Chicago por primera vez en décadas. No podemos hacer nada que perturbe la paz por la que tantos de nuestros amigos y antepasados han sangrado.

—Ni siquiera Isolde puede silenciar un golpe de la mafia en la prensa —apostillo.

—Nadie va a matar a nadie —insiste papá—. Pero necesitamos los muelles antes de fin de año, y Russo nos ha estado dando largas durante demasiado tiempo. Necesito que arregles algo con Frank Russo y establezcas nuestros términos definitivos.

—Eso de términos definitivos suena muy... definitivo —respondo con sequedad.

—Hijo, este es tu deber —dice papá, con el ceño ligeramente fruncido. El tiempo no ha sido muy amable con él, pero ha conservado su dignidad y su mirada penetrante. Todavía puede inspirar temor a hombres que, de otro modo, estarían hechos de titanio—. Considera esta tu primera misión oficial como mi sucesor.

—Puedo llamar a Frank y organizar una reunión si Ace no puede... —Marco quiere reafirmarse como el primer hijo, pero nuestro padre no da segundas oportunidades, lo que significa que las cagadas de Marco quedarán para siempre sin perdón.

—No seas irreverente.

—Sí, señor. —Es todo lo que Marco se atreve a decir.

Asiento lentamente.

—Llamaré a Frank mañana a primera hora. —Cualquier cosa con tal de desviar su atención de lo que acaba de ocurrir, aunque no tenga idea en absoluto de cómo conseguir que Russo venda la propiedad.

—Llévatelo a comer. Que sea a un sitio bonito y elegante. Y usa la tarjeta black —dice papá.

—¿Caviar y champán? —pregunto, algo divertido.

—Y añade una prostituta de lujo también, si es necesario. Lo que haga falta para que venda el muelle antes de fin de mes.

Es difícil concentrarse sabiendo que mi pasado, y quizá mi futuro, se esconde en mi habitación, pero hago lo que puedo, centrándome en la conversación como si mi vida dependiera de ello. No hay necesidad de que mi padre sospeche siquiera que intento deshacerme de él.

—Le presentaré sus opciones y, si se hace el difícil, empezaré a hacer llamadas y le daré hasta el fin de semana para que cambie de opinión. En cuanto consiga que mi gente empiece a poner el foco en sus infracciones, volverá a ser complaciente.

—Nunca va a funcionar —resopla Marco.

Papá le mira con dureza.

—No veo que se te ocurra una solución mejor.

—Yo insisto en que lo obliguemos a obedecer —comenta Fred, algo divertido por lo débiles

que se han vuelto las réplicas de Marco.

Quiero a mis hermanos por igual, pero también sé cuál de ellos me apuñalaría por la espalda si tuviera la oportunidad. Fred cuenta con mi confianza. Marco, en cambio... me temo que su ego será su perdición mucho antes de que su cobardía acabe por expulsarle de la familia.

—No habrá derramamiento de sangre ni violencia —declara papá antes de volver a centrarse en mí—. ¿De qué infracciones estamos hablando?

—Piensa en las instalaciones y servicios básicos de un edificio. Ventilación. Aislamiento. Protección contra el viento. Seguridad contra incendios. Amianto. Russo lleva décadas sin ponerles una mano encima, ya que dirige sus operaciones de drogas desde esos almacenes. Ni siquiera necesito llamar al FBI para que los vacíen en quince días. Tropezarnos con la cocaína que los Caruso han escondido en esos edificios sería la guinda del pastel —explico.

—Los federales te comerán vivo. —Se ríe Fred—. Harás que también nos tengan el ojo echado.

—Como si fuera tan tonto como para darles motivos para relacionarlo con nosotros —respondo.

Marco se burla.

—En cuanto asalten esos almacenes sabrán que fuimos nosotros. Los federales también se darán cuenta por más que intentes mantenerte en el anonimato.

—No intentaré mantenerme en el anonimato. He hablado de algo parecido a avisar al FBI —respondo, sonriendo—. No necesito llamarles. Joder, Marco, hay más de una forma de desenmascarar los trapicheos que tienen lugar en esos almacenes. Un incendio accidental. Un par de porreros que destapen el pastel. Unos chicos que busquen un lugar donde encender sus fuegos artificiales. He vigilado el lugar lo suficiente como para saber que los hombres de Caruso se sienten demasiado cómodos llevando a cabo sus operaciones ahí. Sus guardias son de chiste.

Papá asiente.

—Parece una opción razonable, pero tienes razón, dejémoslo como último recurso. Probemos primero con nuestros amigos locales a ver si así Frank se ablanda un poco. —Hace una pausa y mira a su alrededor—. ¿Dónde está tu hermana?

—Al teléfono con Jason. Dijo que era algo personal y le he dejado irse a mi cuarto —le respondo.

—Ese gilipollas otra vez... —refunfuña papá, disgustado nada más oír el nombre de Jason—. Un días de estos va a terminar muerto.

—O se tropezará por accidente con una bala —propone Fred encogiéndose de hombros con despreocupación antes de fruncir el ceño al notar mi sonrisa burlona—. Venga, no te hagas el santo. Aquí todo el mundo preferiría ver a Isolde viuda que casada con ese payaso.

—Ese carisma propio de la Ivy League se esfumó en cuanto descubrió la cocaína. —Suspira Marco.

A nadie en la familia le gusta Jason excepto a, bueno, Jason. Y a Isolde. Era joven e ingenua

cuando se casó con él, pero como sabe camelarse a papá como ninguno de nosotros sabe, consiguió convencerle de que aceptara la pedida de mano de Jason.

Mamá cuida de Rosie, la hija de ambos, entre niñera y niñera, ya que Jason tiene la costumbre de tirarse a las chicas nuevas. Isolde las ha despedido a todas, pero todavía no ha mandado a Jason tomar viento.

Supongo que es difícil desprenderse de alguien a quien has amado durante años y con quien además tienes un hijo. Se interponen las responsabilidades, las promesas hechas...

Al pensar en ello, no puedo evitar establecer ciertos paralelismos con mi situación. Si, lo mío con Kailyn no funcionó. Y, sin embargo, aquí estoy, escondiendo a su hijo en mi habitación.

Mi padre dice algo, pero estoy tan sumido en mis pensamientos que, aunque veo cómo mueve los labios, no oigo las palabras que salen de ellos.

Céntrate, Aclan. Céntrate.

Asiento con la cabeza, esperando que sea la reacción correcta. Cuando Fred se levanta, se me agarrota la espalda.

—Muy bien, entonces, voy a ponerme manos a la obra y hacer algunas llamadas —digo.

—Eso mismo —continúa papá, metiéndose la cartera y las llaves en el bolsillo de la chaqueta —. Y habla con tu hermana sobre lo de la prensa...

Bien, así que ya se van.

Exhalo profunda pero discretamente.

Ladeo la cabeza hacia mi padre y le dedico una rápida inclinación de cabeza. Cuando se levanta de la silla, no es difícil darse cuenta de que está contento de que la reunión haya terminado.

En su última visita al médico, éste salió corriendo y gritando, mientras mi padre agitaba su pistola y le amenazaba con matarle si no encontraba una cura para su enfermedad.

Mis hermanos y yo tranquilizamos y sobornamos al médico para que todo quedara en secreto, pero sé que al viejo le aterroriza la idea de morir y tener que enfrentarse a ese inevitable desenlace. Todos debemos morir algún día. Y al se le acerca ese día.

—Y llama a Ava. Hay que disimular —dice.

Dios, cómo odio acordarme de ella.

—La llamaré, claro —digo con suficiente entusiasmo para parecer que me muero de ganas.

—David y yo construimos nuestra tregua en base a este compromiso entre tú y su hija. Este verano, uniremos a las dos familias más grandes de Chicago, hijo. No podemos darles ninguna razón para cancelar el compromiso.

—Me haré cargo del negocio familiar y haré todo lo que esté en mi mano para que el compromiso vaya sobre ruedas, pero no me pidas que fije una fecha para la boda todavía —le digo con firmeza—. Tengo cosas más importantes que hacer y, francamente, no estoy seguro de que esta alianza dure lo que tú crees o sea lo que esperas. Hay demasiada mala sangre entre David y tú, da igual lo que hayáis prometido.

—Eso no tiene nada que ver con nuestros hijos.

Fred suspira.

—Acaba afectando al resto de generaciones, papá, lo sabes bien.

—Seré todo lo honorable que esperas de mí —digo, manteniendo la mirada fija en papá—. Pero no nos precipitemos. Me portaré bien con Ava. La invitaré a salir y lo que haga falta. Incluso planearé con Isolde dar una rueda de prensa o presentar un anuncio a los medios o algo así... pero esperemos a ver cómo se comportan los Caruso cuando se enteren de que nos quedaremos con la propiedad de los Russo en el puerto. Tengo la sensación de que no lo dejarán estar tan fácilmente como nos gustaría.

—Bien, no te presionaré con una fecha de boda —concede finalmente mi padre. Se tambalea sobre sus pies, pero Fred está justo a su lado, listo para cogerle si tropieza—. Te dejaremos que disfrutes del resto del domingo, entonces. Le daré recuerdos a tu madre de tu parte.

—Y Fred puede darle un beso de mi parte —le respondo.

—Ya lo creo. —Se ríe mi hermano.

Marco es el primero en salir al pasillo.

—Nos vemos pronto —me dice, pero no yo no llego despedirme porque ya se ha ido.

Fred me mira de reojo.

—Nunca te perdonará.

—No hay nada que perdonar —interrumpe papá—. Aclan se ganó su lugar en la cabecera de la mesa limpiamente. Si fracasamos, nos matarán a cualquiera de nosotros si no nos andamos con cuidado, sobre todo en este oficio nuestro. Marco acabará superándolo.

Observo cómo se marchan mi padre y a mi hermano. Cuando oigo cerrarse la puerta principal, respiro aliviado.

Noto la mente hecha un borrón mientras intento averiguar los siguientes pasos a dar. Kailyn está ahí fuera, muerta de miedo. Sólo el miedo la habría traído de vuelta a mí de esta manera. Me convenzo de que no me importa. De que no debería importarme.

Pero hay algo que me molesta. No soy yo el que se ha estado escondiendo, pero Kailyn no tenía forma de que poder encontrarme porque en realidad nunca supo mi nombre. Mi nombre real, al menos. Lo que me lleva a hacerme un montón de otras preguntas.

¿Cuándo se enteró?

¿O lo ha sabido todo este tiempo?

¿Y si esto es una trampa?

¿Y si ha estado conspirando con el otro bando todo este tiempo?

—¡Tienes mucho que explicarme! —Isolde irrumpe en el salón con Tommy en brazos. El niño está medio dormido y aferrado a una galleta de cereales.

Le hago señas a Isolde para que tome asiento. Se acomoda en el sofá, pero no suelta a Tommy.

Me mira con una ceja arqueada.

—No tengo todo el día.

Apretándome las sienes con los dedos, intento poner en orden mis ideas.

—¿Por dónde demonios empiezo?

Se rasca la cabeza. De repente, levanta un dedo como si se le acabara de encender una bombilla.

—Ah, qué tal si empiezas respondiendo a la pregunta de por qué tengo al bebé de tu exnovia en brazos.

—No lo sé —le digo con honestidad—. Kailyn ni siquiera sabía mi verdadero nombre. El que averiguara dónde vivo es un misterio tanto para mí como para ti.

—Es cierto, Ace Bernard... —dice, rebatiendo el nombre falso que le había dado a Kailyn.

—Sí, no estuve muy fino, pero lo hice por su propio bien. Creo que ambos estaremos de acuerdo —respondo.

Ella asiente.

—Pero eso sigue sin explicar esto. —Usa la mano libre para señalar al niño que tiene apretado contra ella.

—Llevábamos saliendo un año, ella iba a ir a la universidad...

—Que tú le estabas pagando.

—Que ella no sabía que yo le estaba pagando.

Mi hermana pone los ojos en blanco.

—Era una relación construida sobre mentiras.

—La quería.

—No lo suficiente como para decirle la verdad.

—¡Mentí *porque* la quería!

—¿La querías lo suficiente como para tener un bebé con ella y esconderlo del resto de tu familia?

—¡No es mi hijo! —ladro, aunque las palabras me saben a puta mentira descarada en cuanto escuecen los labios.

Isolde baja la mirada hasta Tommy.

—¿Me estás diciendo que no lo sabías?

Me llevo la mano al pecho.

—Te lo juro, no tenía ni idea. Nunca había visto a este niño. Kailyn desapareció sin más. —Hago una pausa, odio la expresión en la cara de mi hermana—. Me conoces muy bien, Ise. No creerás de verdad que la dejé porque estaba embarazada.

—O que la mandaste a vivir a saber dónde —sugiere.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me chasquea la mandíbula.

—Fue ella la que me dejó mí —Ladro, enunciando cada palabra y veo cómo se le erizan los vellos a mi hermana hasta que la piel de gallina le cubre los brazos. Pone las manos sobre las orejas de Tommy y, aunque está tan profundamente dormido que ni se inmuta, me siento como

un gilipollas.

Isolde sabe cómo tratar a un niño. Cómo tenerlo en brazos y quererlo. Lo sabe porque es madre. Yo, por el contrario, siento como si acabasen de ser arrojarme al puto fuego. En cuanto Isolde se vaya para volver a su propia vida, no sabré qué demonios hacer.

Me acomodo en el sofá junto a mi hermana. Se hace el silencio por un momento mientras ambos tratamos de poner en orden nuestros pensamientos.

—Siento haber gritado —le digo.

Rechaza mis disculpas.

—Tiene tu boca y tu nariz. Y tu pelo.

—Tiene los ojos de Kailyn.

—La mezcla perfecta —sugiere, medio sonriendo, medio frunciendo el ceño.

—No debería existir, Ise. No así. —Me cubro la cara con las manos, completamente derrotado, joder—. ¿Cómo ha podido...?

Isolde clava su mirada en la mía.

—Igual es que descubrió quién eras en realidad.

—¡Pues podría haberlo hablado conmigo, joder! Podría haberme gritado, insultado o exigido una explicación.

Mi hermana se acerca un poco más antes de ponerme una mano en el hombro, de esa forma tranquilizadora que solo pueden replicar los padres.

—Después de lo que pasó con su padre, ¿de verdad puedes culparla por irse de la forma en que lo hizo?

No le contesto. Pero la verdad es que sí. Incluso con todo eso, culpo a Kailyn. Puede que no supiera mi nombre, pero dejé mi puto corazón en sus manos.

CUATRO

ACE

Recorro internet de arriba abajo como he hecho miles de veces. Y al igual que todas esas otras veces, no hay rastro de Kailyn. Ninguna mención de ella que tenga más de tres años. Ninguna actividad en redes sociales. Nada de historia laboral. Nada.

Hay otra ruta que se podría tomar y que tal vez debería haber tomado hace años. En aquel entonces, sin embargo, todavía existía esta necesidad imperiosa de proteger a Kailyn. Una necesidad que se aferraba a la esperanza de que ella volvería por su propia voluntad. Y luego estaba mi lado obstinado, tan marcado por el dolor de un corazón roto que estaba lo bastante enfadado como para obligarme a creer que era ella la que salía perdiendo al marcharse. Que, si se marchaba, no debía volver.

Tal y como están las cosas, la situación ha cambiado. No dejas a tu hijo en la puerta de alguien sin esperar que mueva cielo y tierra para encontrarte.

—Será mejor que sea que yo quien haga esas llamadas —sugiere Isolde.

No le falta razón. Incluso si confiamos en los hombres que hemos infiltrado como espías en las otras familias, más vale prevenir que curar.

—Les diré que estoy buscando a una amiga —añade mi hermana. Es un ser humano maravilloso y también una persona decente. Pero, joder, qué bien se le da mentir.

Busca en mi teléfono, se guarda los contactos que necesita y los llama uno por uno.

—Hola, Brick —saluda al primero de nuestros contactos—, soy Isolde Bernardi.

—Ah, Isolde. ¿Cómo te va, monada? —contesta Brick, con voz ronca y lasciva al recalcar la palabra monada, pero claro, no contratamos a estos hombres porque sean ciudadanos decentes y honrados—. ¿Cómo está tu padre?

—Mi padre está muy bien. —Pausa—. Ah, sí, sí, por supuesto. —Suelta una risita. Juro que siento la bilis picándome en la garganta—. La cosa es que estoy buscando a una amiga y como tus dotes de detective son muchíiisimo mejores que las mías, he pensado en… pedirte un favor. —Continúa diciéndole el nombre de Kailyn, seguido de una descripción. Después de tantos coqueteos y risitas, termina con las manos vacías.

Deja con fuerza el teléfono a su lado en el sofá y se vuelve hacia mí.

—Brick sabe que papá lo colgará de las pelotas si se me insinúa, ¿verdad?

—Oye, no tires tú los tejos si no quieres que te los tiren —gruño.

Pone los ojos en blanco.

—¿Intentas hacerme cambiar de opinión sobre lo ayudarte?

Cierro la boca y ella prosigue con sus llamadas, todas ellas con el mismo resultado insatisfactorio, hasta que...

—Kailyn. Kailyn... sí, me suena. Tu amiga está metida hasta el cuello con Eddie García —dice Jackle y mis oídos se agudizan de inmediato—. Tu amiga necesita mejores compañías.

—¿García? ¿En plan de que se lo está follando o…?

En cualquier otro momento, le diría a Ise que cuidara su lenguaje, pero ahora mismo estoy más preocupado por domar las putas llamas que están a punto de salirme por la nariz y las orejas.

—No, no es nada de eso. Ella le pidió prestado algo de dinero, no lo devolvió a tiempo y ya sabes cómo es García.

Isolde no, pero yo sí.

—Chica estúpida —sisea Ise—. Si le faltaba dinero, ¿por qué no acudió a mí? Gracias igualmente, Jackle. Si la ves, dile que me llame.

Aunque Jackle le dice que sí, su tono me deja claro que la última persona a la que va a llamar si se entera de algo sobre Kailyn es Isolde.

Mi hermana termina la llamada y le da vueltas al teléfono en la mano, pensativa. Arruga la nariz como si rebuscara en su cerebro una solución.

—¿Por qué me suena ese nombre?

—¿García?

—Sí.

—Es el usurero de los Caruso.

—Tienes que estar de broma...

Niego con la cabeza y rebusco en mi bolsillo.

—Kailyn le dejó esta nota para mí al niño. —Le entrego la carta y le doy unos instantes para que la lea.

—No dice nada sobre García... —empieza.

—Es la prueba de que fue ella la que dejó al niño aquí, lo que significa que sigue viva.

—Nunca he insinuado que pudiera estar muerta. —Abre mucho los ojos al mirarme.

—La próxima vez que escuches el apellido de García, la muerte es justo en lo que debes pensar. El dinero que le haya prestado a Kailyn le importa una mierda, te lo puedo garantizar. Pero el hecho de que tenga que ir detrás de ella significa que la usará para impartir ejemplo de lo que no se tolera. Y disfrutará de cojones haciéndolo.

—Estás sacando conclusiones precipitadas, Aclan.

—Recuerdas a esa chica del instituto, Belinda o algo así.

—Murió en un accidente de coche —gruñe, agitada.

—Esa es la historia que se le contó al público. La verdad es que esa chica estaba muerta antes

incluso de que la pusieran al volante y tiraran el coche por el acantilado.

Me froto las manos por la cara, con la frustración recorriéndome los nervios como una colonia de hormigas rojas.

—Kailyn nunca le habría pedido prestado ni un céntimo si supiera quién es o lo estrechamente ligado que está a los Caruso. He llevado a cabo una extensa investigación sobre su padre, Isolde. Caruso ordenó el golpe, no hay dudas. No tuve el valor de decírselo cuando estábamos juntos.

—Pues apúntalo como otra cosa más que debería haber sabido antes de largarse de tu vida para caer en las garras de David Caruso. Ace... papá no puede saber nada de esto. Te das cuenta, ¿verdad?

Asiento.

—Y precisamente por eso necesito tu ayuda. No puedo cuidar de Tommy y a la vez salir a buscar a Kailyn.

Ella respira entrecortadamente, y la expresión de su cara me indica lo mucho que le entristece tener que dejarme colgado.

—Sabes que no puedo.

—Venga, hermanita.

—Tengo que volver con mi hija. Y con Jason. A ambos se les da de pena guardar secretos.

Me crujo el cuello, el cerebro me va mil tratando de dar con una puta solución que tenga sentido.

—Podrías quedarte aquí una temporada.

—¿Para que Jason venga a llamar a tu puerta?

Ambos sabemos que esa sería una idea más terrible.

CINCO

KAILYN

La he cagado. No hay mejor manera de decirlo y no tiene sentido andarme con rodeos. La he cagado y ahora tanto mi vida como la de Tommy está patas arriba.

Tenía mis razones y, a pesar de que eran buenas y sólidas, sigue habiendo una vocecita en mi cabeza que me dice que podría haber hecho mejor las cosas.

Pero Tommy necesitaba operarse y esa operación costaba un dinero que yo no tenía. Eso es un hecho. Igual que es un hecho que Ace formaba parte de mi pasado. Un pasado con el que era imposible reconectar, así que no podía recurrir a él para conseguir dinero cada vez que se me complicaba más y más llegar a fin de mes.

Es curioso cómo han acabado las cosas, ¿eh? Ahora que todo se había ido a la mierda, lo imposible se convirtió en mi única opción. *Ace* se convirtió en mi única opción.

Me estremezco pensando en la cara que pondrá al ver a Tommy. Cuántas preguntas debe tener. Lo lívido que debe estar ahora mismo.

Notó movimiento a mi lado y desvió la mirada, aunque esa sensación de nerviosismo, fastidio y terror aún persiste. He conseguido encontrar un trabajo en un lugar en el que no pensaba poner un pie dentro ni muerta. No tengo nada en contra de las chicas que trabajan aquí, pero vender mi cuerpo nunca formó parte de mis planes. Oh, cómo han caído los poderosos, supongo.

Por ahora, me encargo de guiar a los hombres a las habitaciones donde les espera su conquista de la noche (o del día) y de asegurarme de que se limpien una vez se van. Pero mi jefe me anima constantemente a dar el salto. Según él, podría hacer felices a muchos hombres si me limitara a quedarme tumbada de espaldas. Los billetes que me pagaría son incluso más bonitos que los que acumulo haciendo cabriolas por aquí con la ropa puesta. Él me lo dice como un cumplido, yo me lo tomo como otro recordatorio de lo bajo que he caído. Una vez más, no es que esté criticando a las otras chicas por elegir ganarse el sueldo de esta manera, o que este lugar exista siquiera. En todo caso, estoy agradecida, por el dinero que me pagan y por el nivel de invisibilidad del que he disfrutado. Y ni hablemos de la protección que ofrecen. Si hay algo que seguridad no tolera es que manoseen a alguna de las chicas del club. Y sé que si, Dios no lo quiera, Eddie García me encontrara, tendría que pelearse para poder ponerme las manos encima.

Me pierdo en mis cavilaciones mientras apunto las habitaciones que quedan libres. Cuando miro el papel, me doy cuenta de que estoy haciendo un trabajo lamentable porque sólo puedo pensar en Tommy. Y en Ace.

Debe estar volviéndose loco tratando de encontrarme. Dudo que lo consiga. Nadie, ni siquiera mi vecino Danny, sabe que trabajo aquí. Ya es bastante malo que Eddie García haya empezado a aparecerse en mi piso de Melrose Park, aporreando la puerta a todas horas de la noche sólo para recordarme que va a subir los intereses si no pago antes de que acabe la semana.

—Oye, cielo, en la habitación 4 no hay agua fresca —dice Clarissa, apareciendo a mi lado.

Levanto la vista, aún aturdida, y asimilo sus palabras. Frunce el ceño y me toca la frente con el dorso de la mano.

—¿Estás bien, cielo?

Asiento con la cabeza.

—Sí, perdona. Me he quedado empanada por un minuto. ¿Has dicho la habitación 4? —Ya me estoy bajando del taburete y girándome hacia la nevera, preguntándome con qué otra tarea mundana me las habré apañado para cagarla.

Cuando me doy la vuelta para coger una jarra del armario, Clarissa ya se ha ido. Doy gracias a los ángeles de que no se haya entretenido ni me haya pinchado para que le cuente qué me pasa. Muchas de las chicas tienden a hacer eso. Te ven haciendo pucheros y enseguida te arrastran a una sesión de terapia de improvisada de una hora. Es la parte del trabajo que no muchos ven, pero que es necesaria, me han dicho. Aunque el ochenta por ciento viene aquí para hacer una cosa y sólo para una cosa, hay un veinte por ciento que sólo necesita alguien con quien hablar.

—Eres estúpidamente fácil de localizar, ¿lo sabías? —dice una voz a la izquierda. Una voz borde, directa y enfadada.

Sigo detrás de la encimera, agachada y con la mano en la jarra. Se me agarrota todo el cuerpo y estoy segura de que no podría moverme ni aunque quisiera.

SEIS

KAILYN

Aclan Bernardi.

Ace Bernard.

Diferentes personas, pero el mismo hombre, supongo. O tal vez sólo sean diferentes nombres, pero el mismo hombre. La cuestión sigue siendo que el apellido Bernardi me produce escalofríos. Es incomprensible cómo esos escalofríos solían ser algo totalmente diferente cuando Ace era sólo Ace y yo sólo una chica ingenua y enamorada que se tragaba todas sus mentiras.

Lentamente, me pongo de pie, colocando la jarra junto a la botella de agua que había dejado sobre la encimera.

Miro a Ace.

Ace me devuelve la mirada.

Los dos nos quedamos sin habla, absortos en lo que estos tres años han hecho en el otro. Me pregunto qué es lo que ve cuando me mira. Si los recuerdos de lo que una vez fuimos pasan ante sus ojos del mismo modo que pasan ante los míos. Si puede ver el dolor con el que cargo dentro, la agitación que aún me produce saber lo que su familia le hizo a la mía.

La mandíbula de Ace se aprieta cuando da un paso hacia mí, extrayendo aún más oxígeno de la habitación.

—¿Eddie García? ¿En serio?

—Tiene gracia que lo diga un Bernardi.

Ace hace un gesto de dolor, como si mis palabras le escocieran de la misma forma que lo habría hecho una bofetada directa a su mejilla.

Tan rápido como aparece la mueca, desaparece y vuelve a acercarse, eliminando la distancia que nos separa con cada paso potente.

—¿Tienes la misma opinión de tu hijo? Porque si es mío...

—¡No se parece en nada a ti! —escupo.

Ace se ríe, pero no sin una pizca de gracia.

—Entonces no es mío. Y tú eres la madre del año, ¿no? La que deja a su hijo con el enemigo.

La ira bulle en mi interior. Deberían darme un premio por tener la compostura de no arremeter contra él con todas mis fuerzas.

—¡Que te den! —Es todo lo que puedo decir. Las únicas palabras que encuentran el camino a mi lengua.

Da un paso más y ya no queda espacio entre Ace y yo. Esta vez, cuando habla, puedo sentir el calor de sus palabras en mis labios, saborear su ira.

—¿Es mi hijo, Kailyn? —Mis manos van a parar a su pecho, empujando el músculo firme tan fuerte como puedo. Ace no se mueve ni un milímetro. El cabrón está hecho de ladrillo—. ¿Es mi puto hijo? —ladra. Es extraño oírlo así. El Ace que yo conocía era tan ecuánime y tranquilo. Jamás levantaba la voz.

Le sostengo la mirada y aprieto los dientes.

—Es mi hijo. Sólo mío. Soy yo quien lo llevó en su vientre. Yo soy quien le dio a luz. Soy la que lo crio y movió cielo y tierra para salvarlo cuando lo necesitó —digo con brusquedad, sintiendo que todo mi cuerpo se estremece al catapultarme a los recuerdos de días más duros—. No tienes ni idea de por lo que he pasado, Ace, y no tienes derecho a venir aquí y juzgarme por mis decisiones.

—Te largaste —me reta—. Tú moviste cielo y tierra por él, pero yo también moví cielo y tierra por ti primero y tú saliste por putas patas. ¿Quieres quedarte el mérito de haberlo hecho todo tú solita? ¿De verdad? ¿Quieres una puta palmadita en la espalda por alejar a mi hijo, sangre de mi sangre, de mí? ¿Es eso, Kailyn? O buscas simpatía. ¿Es simpatía lo que estás buscando? ¿Alguien que sienta pena por ti por haberlas pasado canutas para cuidar de tu hijo cuando tenía un padre perfectamente capaz que le habría dado todo lo que podría necesitar, coño?

—¿Qué otra opción tenía? Sabías lo que pensaba de la mafia. Sabías que nunca me habría involucrado con un Bernardi... *Me engañaste* —digo, intentando canalizar parte de la rabia que sentí cuando me enteré.

—Podrías haberlo hablado conmigo. Creo que te había demostrado que no era un mafioso cualquiera. Llevábamos juntos casi un año.

Exhalo bruscamente. Odio que el enfado me abandone. Odio aún más el dolor patente en su voz.

—Ya tienes tu respuesta a por qué me escondí a Tommy. No quiero que tenga nada que ver con tu familia. Lo quiero seguro y protegido.

—Y, sin embargo, acudiste a mí apara asegurar su seguridad y protección.

—Hay muchas cosas que hice mal estos años. Cosas que desearía haber hecho de otra manera... mejor. Pero mantener a mi hijo...

—Nuestro hijo.

—A *mi* hijo alejado de los Bernardi....

—También es mi puto hijo —suelta, elevando tanto el volumen que temo que pronto irrumpa una banda de chicas trabajadoras intentando estrangular a Ace con sus tangas.

Echo los hombros hacia atrás y aspiro hondo.

—Este es mi lugar de trabajo, no puedes...

Se frota las sienes, como si los pensamientos, la confusión, todo ello, fuera demasiado para soportarlo.

—¿Así has acabado? Aquí es donde has acabado —Mueve la mano, señalando las habitaciones del fondo—. De verdad pensaste que vender tu cuerpo era mejor que...

No termina su declaración y juro que pagaría todo el dinero del mundo por no formar parte del caos que reina en su cabeza.

—Tienes que venir conmigo —dice finalmente Ace, cuando la tormenta le ha abandonado.

—No puedo irme hasta que termine mi turno. Puedes esperar fuera o sentarte y tomar algo. Invita la casa. Es lo menos que puedo hacer —le digo.

—No lo entiendes —responde, con el ceño fruncido—. Eddie García está peinando la ciudad de arriba abajo para encontrarte. Tu piso de Melrose ya no es seguro.

—Si sabes dónde vivo, también deberías saber que hace días que no me apso por ahí —le respondo—. Necesito este trabajo y necesito el dinero para poder pagarle a Eddie.

—Yo me encargaré de Eddie.

—No es solo por Eddie. El Pink Flamingo me ofrece protección.

Cojo una botella de vodka de la estantería y dos vasos, y los lleno generosamente. Ace no duda en coger el vaso. Se lo termina de un trago y me hace un gesto para que se lo vuelva a llenar.

Beber en el trabajo no está precisamente bien visto, pero tampoco mal. Sigo el ejemplo de Ace y me empino el vaso de un trago, con la cara contorsionada por el escozor que me produce en la garganta.

—Fui a tu casa el día que me enteré de que estaba embarazada —digo. Es evidente que el efecto valeroso del alcohol se está dando demasiado rápido—. Estaba emocionada, pero también asustada. Y quería que tú también lo estuvieras, pero también que me prometieras que todo iría bien. Eso se te daba muy bien, lo de llenar mi mundo de optimismo.

Ace aprieta los labios, como sólo lo haría un pesimista. Me invade un sentimiento de culpa al pensar que, en parte, puede ser culpa mía.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —pregunta.

De nuevo, la respuesta llega de inmediato, al igual que el escozor de las lágrimas que me niego a derramar.

—Dejaste algunas cosas fuera, cosas que yo no debía encontrar. —Sus labios se separan, pero me apresuro a terminar de hablar antes de que diga nada—. Alquilaste aquel piso para que no te relacionara con tu familia, ¿verdad?

—Te lo habría explicado todo si me hubieras dado la oportunidad.

Me encojo de hombros, como si no fuera para tanto.

—Tal vez debería haberme quedado a hablar contigo, pero tenía miedo. Al descubrir quién eras en realidad, que formabas parte de la mafia… No sabía dónde terminaba tu amor por mí y dónde empezaba tu lealtad a tu familia. Era un riesgo que no estaba dispuesta a correr, así que

me fui. No es que me enorgullezca de haber huido, pero tú no deberías haberme mentido.

Dejo otra copa sobre la encimera con un estrépito y me pongo con la siguiente. No sé por qué, pero cuanto más hablo, más me cuesta dejar de hacerlo. Hay una rabia en mi tono acompañada por el apremio.

—Volví a casa de mi madre por un tiempo. Por más tiempo del que debería haberme quedado, siendo sincera. Después de la muerte de mi padre, se dio a la bebida. Después empezó a tomar pastillas, pero eso tú ya lo sabes. Aunque mejoró durante mi embarazo. Creo que era consciente de que necesitaba un ambiente más sano para el bebé. Sería su instinto de abuela o algo así. Pero entonces Shane empezó a ponerse raro, tocón...

—¿Shane? —pregunta Ace, con la frente repentinamente lisa.

Conozco esa expresión. Es una expresión peligrosa, que habría agradecido muchas veces durante mi estancia con mamá y Shane. Habría servido para mantener alejadas de mí las manos grasientas de ese hijo de puta, eso seguro. Pero de no ser por las mentiras de Ace, no habría acabado allí en primer lugar, así que también había que tenerlo en consideración.

—El novio de mi madre. Uno de varios, pero el peor con diferencia. También es su camello, así que le interesa que siga enganchada. —Profiero con un fuerte suspiro.

Pagaría un millón de dólares por saber lo que está pensando, pero lo único que puedo hacer es intentar interpretar la forma en que me mira. Aunque no por mucho tiempo. Se oye una voz imponente y desvío la mirada hacia la puerta para encontrarme a Etienne, el jefe, acompañado por dos de sus socios. Pronto se meterán a su despacho, donde nadie pueda oírlos mientras hablan de negocios.

—Bonsoir, Kay-Kay! —dice Etienne, deteniéndose un momento junto a la barra.

—Hola, jefe, ¿qué tal? —respondo, sonriendo alegremente.

—Igual que siempre. —Desvía la mirada hacia Ace, con una sonrisa en los labios. Sé exactamente lo que está pensando—. Tú inténtalo —le dice a Ace—, pero llevo intentando convencerla de que haga feliz a algún hombre rico desde que entró con su bonito culo por esa puerta.

La cara se me pone como un tomate. Está más roja que nunca.

—Quién sabe, quizá yo sea el hombre que lo consiga —le responde Ace y odio sus palabras incluso más de lo que odio las de Etienne.

Aun así, consigo serenarme, con mejillas sonrojadas y todo.

—Esperaba poder hablar contigo más tarde sobre un adelanto en efectivo —le digo a Etienne.

Él asiente con la cabeza.

—Sí, estos tíos ya se habrán ido a las nueve. Pásate y veré qué puedo hacer.

Le doy las gracias, conteniendo la respiración cuando él y sus hombres se meten en la oficina.

—¿Un adelanto en efectivo? —pregunta Ace una vez que Etienne ya no nos escucha.

—Necesito el dinero.

La vena en el centro de la cabeza le late.

—¿Para dárselo a Eddie?

—Puede...

—Si necesitas ayuda...

—Ya me estás ayudando manteniendo a Tommy a salvo. Podemos discutir todo lo demás cuando solucione lo de Eddie...

—Solo te engañas a ti misma si crees que va a ser tan fácil —sisea—. Para empezar, el mero hecho de que hayas estado esquivando a Eddie hará que se ensañe más contigo. Y hablo de violencia física. Ya se comenta cómo huiste. Ese imbécil está que echa humo y espuma por la boca. Por más que consigas reunir todo su dinero, no te salvarás de recibir una buena paliza o algo peor.

Se me pone la piel de gallina porque, bueno... porque sé que tiene razón. Puedo rezar y soñar y tener toda la fe del mundo en que Eddie aceptará el dinero y me mandará a la mierda, pero la realidad...

—¿Cuánto le debes? —pregunta.

—¿A ti qué te importa?

Aprieta las palmas de las manos sobre la encimera que tiene delante, con la mandíbula tensa y la ira burbujeándole por cada poro.

—¿Cuánto. Dinero. Le. Pediste. Prestado. A. Eddie?

—No más de lo que necesitaba —replico.

—Por el amor de Dios, Kailyn, responde a la puta pregunta.

—Veinte de los grandes, ¿vale?

—¿VEINTE MIL DÓLARES?

¿Por qué veinte mil suenan a mucho más que veinte mil cuando es él quien lo dice?

Bebo más.

—Casi treinta con los intereses.

—Te creía más lista.

—No tienes ni idea de lo fácil que es escupir en una bebida, incluso estando el cliente sentado a escasos metros —respondo con sequedad.

Por primera vez esta noche, Ace casi sonríe. Pero no es una sonrisa agradable. Es una sonrisa de cabreo. Aunque esa ira vaya dirigida hacia mí, no parece que esté enfadado conmigo.

—Eddie le añadirá intereses a los intereses, Kailyn. Y, ¿sabes qué? Olvídate del dinero. Te busca para hacerte daño porque lo dejaste en ridículo.

—Eso no lo sabes

—*Lo sé*. Igual que sé que el dinero no es de Eddie, si no de David Caruso. Y créeme cuando te digo que a Caruso no le interesa la calderilla que le debes.

—¿Qué le interesa, entonces? ¿Hacer que nos maten a mí y a mi hijo para servir de ejemplo a

cualquiera que acuda a ellos en busca de dinero?

—Entre otras cosas, sí —responde—. No puedo criar a un niño yo solo, Kailyn.

La parte inmadura de mí quiere replicarle que eso mismo he estado haciendo *yo sola* la mar de bien, así que no debería tener problema en criar a un niño él solo. Pero estamos hablando de mi hijo y, aunque no tenga razón al decir que no es incapaz de criar a Tommy solo, no quiero que lo haga.

—Ya lo arreglaré.

Ace niega con la cabeza y luego me clava una de esas miradas de las que es imposible apartar la vista.

—Vas a venirte a casa conmigo. Vas a ver a tu hijo, vas a abrazarlo, y vas a quedarte con él, a salvo bajo mi protección, hasta que averigüe cuál es el mejor camino a seguir.

—Ni de broma me voy a casa contigo.

Me alejo de él y cojo más vasos de la estantería que tengo detrás.

Estúpida, estúpida, estúpida. Nunca debería haber iniciado esta conversación. No debí permitir que se quedara tanto tiempo.

—Puedo arreglármelas sola... —digo, dejando un vaso en la encimera con un golpe.

—Acudiste a mí en busca de ayuda cuando me pediste que cuidara de Tommy. Ahora no puedes decidir hasta dónde llega esa ayuda. Yo decidiré lo que puedo y no puedo hacer por ti y por nuestro hijo. *Nuestro* hijo. Y, Kailyn —hace una pausa hasta que mi mirada se encuentra con la de él—, si te niegas y te cargaré al hombro como una puta cría.

Sus palabras me golpearon con fuerza en las entrañas, y por una buena razón.

Es lo que más le molesta, y no puedo culparle. Ha estado en la ignorancia todo este tiempo. No pudo estar ahí cuando nació Tommy, ni para presenciar sus primeros pasos, ni oír sus primeras palabras... He privado a Ace de tantas cosas, y tampoco he llegado a admitírselo del todo. No es justo para él, ni para Tommy. Puede que en el fondo lo supiese, por eso hice lo que hice.

Independientemente de cómo terminaron las cosas entre nosotros, Ace tiene razón. Acudí a él en busca de protección y, por más que odie admitirlo, a lo mejor tengo que hacerle caso. Cuanto antes se acabe todo esto, antes podré volver a llevar una vida normal con mi hijo.

Por mucho que no quiera sentarme en el mismo coche que Ace, ni aventurarme en su espacio personal, echo de menos a mi hijo. Tanto que parece que mi corazón se esté partiendo a pesar de los puntos de sutura con los que sigo remendándolo.

—Vale —susurro, con los ojos escocidos de lágrimas frescas.

SIETE

ACLAN - CUATRO AÑOS ANTES

Papá esperaba que me integrara en la familia en cuanto terminara la universidad. Que decidiera aceptar un trabajo de verano detrás de una barra no fue precisamente algo que le entusiasmara. La única razón por la que lo permitió fue porque me había decidido por el Shackleton, un local frecuentado por la mafia.

Le prometí que estaría atento y le informaría de cualquier hallazgo interesante. Estoy seguro de que se imagina que mi trabajo es muy diferente de lo que es en realidad. Me imagina a mí haciendo tratos, llevando cuenta de una lista de objetivos, codo con codo con el primer canalla cualquiera que entre por la puerta. Y en parte eso hago, sí, pero la mayor parte del tiempo no soy más que el fraude como el que me presento con alegría. Soy As, no Aclan. Soy un tío normal, no un Bernardi.

—¡Las chicas nuevas deberían estar al caer! —dice Ed, pescando un cigarrillo de su cajetilla—. ¿Les enseñas cómo funciona todo?

—Lo tengo bajo control —le digo, y así es. He trabajado con suficientes novatos como para saber hasta dónde enseñarles.

La mayoría de las tías que vienen suelen acabar tirando la toalla. No vienen aquí a trabajar, sólo a liarla y a robar algo de ron para sus travesuras de fin de semana.

Es poco probable que las nuevas incorporaciones sean diferente; así que, aunque haré lo que Ed me pida, no me entusiasma perder así mi tiempo.

Tenemos cinco mesas ocupadas. Marcy, nuestra camarera jefa, puede atenderlas con los ojos cerrados. Hay otra chica trabajando este turno con ella, pero que se dedica sobre todo a llenar las botellas de condimentos y limpiar los cubiertos antes de servir las mesas.

Me gusta este trabajo. Es sencillo y satisfactorio. Tengo la oportunidad de conocer gente, completos desconocidos cuyas historias me despejan del futuro próximo que me aguarda. Un futuro que está mucho más cerca de lo que quiero creer.

Me estremezco al recordar la reunión familiar de este domingo. Son un acontecimiento recurrente en nuestra familia, sí, pero la insistencia de mi padre en que yo asista quiere decir que va a aprovechar la ocasión para anunciarme como su sucesor. Un puesto que no quiero. Un puesto al que mi hermano Marco lleva aspirando desde antes de que le cortaran el cordón

umbilical.

Si papá no fuera tan terco e implacable, Marco conseguiría lo que quiere y yo sería un hombre libre.

Por supuesto, aún tengo la opción de huir.

Pero mamá moriría de pena. Maria nunca me lo perdonaría. Todavía me necesita a su lado, y mis hermanos no hacen más que ignorarla. Somos los que menos diferencia de edad nos llevamos, e Isolde está siempre ocupada con Rosie cuando no tiene que preocuparse de las escapadas de Jason fruto de las drogas. Dejaría a todos en un aprieto porque Fred es un puto psicópata y a Marco le falta carácter para llenar los zapatos de papá. Odio que me toque a mí cargar con el muerto. Odio que mi futuro ya se haya decidido por mí. Pero no por ello me he rendido.

—Otra Pilsner para la mesa 3 —dice Marcy acercándose a la barra—. Ya empiezan a meter mano. Va a ser una noche larga.

—Le diré a Ed que vigile los baños hasta que llegue el portero. —Le sirvo la cerveza en una jarra de cristal.

—Bien pensado.

Se aleja, y me tomo un momento para apreciar la gracia con la que camina a la mesa 4.

Marcy está al final de la veintena y es madre de dos hijos, pero nadie lo diría por su forma de vestir y de hablar. Creo sigue estancada en los dieciséis años a nivel emocional, pero la realidad acabará por imponerse. Sólo espero que no haga desaparecer esa chispa suya. Es buena camarera y gana mucho en propinas. El resto ni nos acercamos a su nivel, a menos que esté sirviendo a uno de los míos.

Oigo abrirse y cerrarse la puerta principal, y la campana repica sutilmente.

Cuando giro la cabeza, dejo de respirar.

—Hola... eh... vengo para empezar con mi turno —dice la joven acercándose mí con la confianza de un periquito aterrorizado. Es preciosa. No se parece a nadie que haya visto antes.

El pelo rubio claro le cae en cascada por los hombros en ondas doradas como la miel. Sus ojos color avellana con motas verdes poseen una intensidad que roza lo imposible. Son unos ojos inteligentes. Creo que eso es lo que más me gusta. Lo ansiosos que parecen esos ojos en comparación con los de las otras chicas que han pasado por aquí. Y el libro que lleva en la mano me dice que su entusiasmo está volcado en otras cosas que sobrepasan este bar. Para ella, este trabajo de ser un medio para un fin. Con cosas más importantes aguardándole en el horizonte: esperanzas, sueños, un futuro.

—Soy Kailyn Johnson. Se supone que empiezo hoy —dice.

Me tiende la mano y se la cojo, sorprendido por la suavidad de su piel. Después de una semana trabajando aquí va a necesitar echarse crema hidratante todo el rato, así que le cojo la mano un segundo de más para recordar esta sensación mientras la sangre me va de la cabeza a la entrepierna.

—Yo soy Ace. Ace Bernard. Voy a ser el encargado de enseñártelo todo esta noche. Encantado de tenerte a bordo.

—Ah, sí, Ed te mencionó durante la entrevista el otro día. Me habló muy bien de ti —responde con una sonrisa que derrite el hielo con el que intento recubrir mi corazón.

Tardo una eternidad en pensar en algo que responderle mientras ella me mira, esperando pacientemente, con esa sonrisa preciosa que se niega a desaparecer. Veo que hay algo más detrás de esa sonrisa. Un misterio. Un atisbo de dolor. Odio sentir deseos de darle un puñetazo a la persona que ha provocado ese dolor.

—Bueno, ¿tienes experiencia trabajando en un bar?

—Ninguna en absoluto.

—Empezamos bien, entonces.

Los dos reímos ligeramente y noto cómo se disipa parte de la tensión. Sin embargo, el magnetismo se mantiene a tope y, cuanto más me acerco a ella, mejor percibo su fragancia floral. Es un olor hipnotizante y, como un pervertido, me acerco cada vez más para intentar descubrir qué olor es.

Como era de esperar, Kailyn parece que tenga dos manos izquierdas al principio. Yo hago un esfuerzo decente en centrarme en el trabajo que tenemos por delante a medida que empiezan a llegar más clientes. Sin embargo, Kailyn también parece aprender rápido. Al cabo de una hora, es una maestra sirviendo cañas, con medio centímetro de espuma cremosa incluida.

Marcy y los demás se compadecen de ella y le pasan todos los pedidos de cañas, mientras que yo me encargo del resto de licores y del puñado de cócteles que les gusta tomar a algunas de nuestras clientas.

—Uy, creo que aquí la voy a cagar a lo grande —dice Kailyn cuando se da cuenta de que la cuenta de que el barril de caña está a punto de agotarse—. Tengo que cambiar el barril.

—No te preocupes, yo te enseño cómo se hace. —O eso espero.

Resulta que las dos manos izquierdas de Kailyn vuelven con fuerza cuando llega el momento de realizar una tarea específica por primera vez. Acaba enroscando mal la manguera, empieza a salir espuma y la cala hasta los huesos. Consigo hacerme con una toalla y poner el barril como es debido. Ella me observa en silencio mientras le explico con más detalle mostrándole las crestas de la boquilla.

—Tienes que girar hacia abajo hasta que oigas el clic —le explico con calma—. Enseguida le pillarás el tranquillo.

—¿Cuántas duchas de cerveza voy a necesitar? —pregunta en tono plano.

—Yo diría que unas tres.

Se tapa la boca con una mano cuando rompe en carcajadas. Esa misma risa nos acompaña durante el resto del día y hasta bien entrada la noche. Aunque no soy de rollos sensibleros, me pregunto cómo sería verme enredado con esta chica de una forma totalmente distinta. No sólo entre las sábanas, sino tomando un café o compartiendo una cena, en un museo o en un parque.

Desprende una luz que es difícil de encontrar. Con una sonrisa que parece tener el potencial de iluminar incluso un mundo tan oscuro como el mío.

Cuando llega la medianoche, sólo tenemos unos seis vasos rotos y dos derrames, pero una complicidad que me hace sentir como si la conociera de toda la vida.

—Podría ser mucho peor —le digo cuando intenta cambiar el barril de Guinness y acaba necesitando otro cambio de camiseta—. Tendrías que haberme visto cuando empecé. —Noto a Marcy junto a la caja, mirándonos de reojo y riéndose por lo bajini mientras imprime la cuenta de una de sus mesas—. Y deberías haber visto a Marcy con las especias al principio. En estos suelos se ha barrido el menú completo una y otra vez.

—Del fracaso nace la excelencia —declara Marcy con un fingido acento británico.

A la hora de cerrar, Kailyn ya ha recogido casi todo el bar. Disfruto observando cómo limpia la barra, asegurándose de pulirla bien con cera. Cuida de su entorno, y no puedo evitar apreciar tal nivel de conciencia. La mayoría de las chicas de su edad se preocupan más por las uñas y el pelo y su cantidad de seguidores que por su rendimiento laboral, incluso si acaban de empezar a currar en un bar.

Me dispongo a decirle algo cuando una mano me aprieta el hombro.

—No lo hagas —dice Ed con una firmeza que nunca le había oído. Hace una señal con la cabeza antes de atravesar el bar. Entendiendo la indirecta, le sigo y no me detengo hasta que estamos a una buena distancia de Kailyn.

—Es buena gente —dice él.

Arrugo las cejas.

—No sé a dónde quieres llegar.

—He visto cómo la mirabas. No necesita que la metas en tus movidas.

—No la miraba de ninguna manera.

—Te follas a todas las chicas que pasan por aquí, Ace. Normalmente, no es ni asunto mío ni mi problema. Pero con esta, te advierto que la dejes tranquila.

Siento cómo me late la vena de la cabeza. Soy un tío ecuánime a pesar de los genes exaltados que me vienen de familia. Pero la forma en que Ed me pone sobre advertencia me saca de quicio.

Doy un paso hacia él, pero el cabrón ni se inmuta.

—Tócala y te vas a la calle —me advierte y, sin más, se larga en la otra dirección, con su amenaza aun martilleándome en la puta cabeza.

OCHO

ACLAN

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —Tommy aplaude en cuanto Kailyn entra por la puerta.

Corre hacia ella y casi tropieza con sus propios piececitos, pero su madre lo coge justo a tiempo para estrecharlo entre sus brazos y colmarlo de amor y besos.

Por una fracción de segundo, siento que una punzada de celos me atraviesa el estómago.

—¡Te he echado de menos, mamá!

—¡Ay, cariño, yo también te he echado de menos! —dice, abrazando con fuerza al niño a la vez que se da la vuelta para mirarme—. Pero sabía que estarías en buenas manos mientras yo no estaba. —Mueve los labios para pronunciar un «gracias» y yo asiento sutilmente con la cabeza, aunque a estas alturas apenas puedo respirar—. Siento haberte dejado aquí así, pero mamá tenía que hacer algo importante.

—¿Vamos a casa? —pregunta Tommy.

—Todavía no —digo con suavidad cuando el chico me mira. La veo a ella en sus ojos y la veo aquí mismo, delante de mí. Es una sensación extraña y un doloroso recordatorio de que mis sentimientos por Kailyn han sobrevivido con cabezonería tras tres años de que me dejara colgado —. Vais a quedaros aquí una temporada. Y Lola seguirá viniendo a ayudarte, si la necesitas —añado.

Como si acabara de invocarla, la niñera adolescente que me recomendó mi hermana sale de la cocina con una sonrisa cálida y agradable.

—Hola. Soy Lola...

—Antes cuidaba al hijo de mi hermana y ha estado quedándose con Tommy cuando yo no estaba —explico, pero Kailyn frunce la nariz y apenas establece contacto visual con la chica—. Es de confianza y discreta —añado, citando lo que me había dicho Ise—. Nadie más que mi hermana sabe de ti y Tommy. No tienes que preocuparte por ella.

Lola asiente con la cabeza y pasa junto a nosotros con educación para dirigirse hacia la puerta principal, no sin antes soplarle un beso a Tommy al salir.

—Soy una tumba y mis ingresos se mantienen estables. Ten por seguro que no diré ni una palabra sobre esto —le asegura a Kailyn antes de cerrar la puerta tras de sí.

Una vez que se ha ido, parte de la tensión parece abandonar los hombros de Kailyn.

—Lo siento —dice—. Me aterroriza tanto que Tommy corra peligro últimamente que me cuesta confiar en nadie.

Las ideas que se me pasan por la cabeza me producen escalofríos. Odio pensar en todo por lo que ha pasado. Una parte de mí la culpa porque fue ella la que huyó, pero luego recuerdo quién soy... y no puedo cabrearme tanto con ella. Le mentí y que alguien abuse así de tu confianza no es fácil de superar, sobre todo dada la historia familiar de Kailyn y la mía. Puede que los Bernardi sean más conocidos por sus despiadadas prácticas de negocios en estos días, pero eso no quiere decir que nos vayamos a andar con chiquitas a la hora de hacer desaparecer a alguien si no hay mejores opciones disponibles.

—Kailyn —le digo, haciendo una pausa hasta que me mira a los ojos—. Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? No importa cuánto tiempo haya pasado.

—Ahora mismo no —dice, volviendo a centrarse en Tommy—. Puede que tenga tres años, pero es como una grabadora de casete vivita y coleando.

Los niños son inocentes. No necesitan que nuestra oscuridad perturbe sus mentes. Ya tendrán su dosis propia cuando les llegue la hora. Hasta entonces, entiendo el impulso de Kailyn de proteger al niño.

Nunca me había imaginado siendo padre, pero al pensar en todo el tiempo que me he perdido con él, hay una parte de mí que siempre estará un poco resentida con Kailyn por apartarlo de mí.

Guío a Kailyn al dormitorio de invitados, donde Lola ha tenido la amabilidad de preparar la cama. Aquí tienen todo lo que necesitan, así que tomo asiento en el sillón junto a la ventana y pongo el móvil en silencio mientras veo cómo Kailyn duerme a Tommy.

Le lee un cuento sobre una oruga hambrienta, uno de los tres libros que le metió en la mochila, y yo me deleito con la expresión de asombro en los ojos de él al escucharla. Pronto, su emoción agota sus últimas energías y se queda dormido, acurrucado en sus brazos como una pequeña salamanquesa.

Le besa la frente e inspira su olor antes de depositarle con cuidado en el catre que Lola le ha traído.

El móvil me vibra por enésima vez e intento ignorarlo. Sigo dejando sin contestar las llamadas de Ava Caruso, perdidas en el buzón de voz. Llevo tiempo queriendo hablar con ella de la boda y de los planes que nuestros padres tienen para nosotros, pero aún no sé qué decirle sin iniciar otro conflicto con los Caruso. Ava puede ser vanidosa y testaruda cuando quiere. Y basta una rabieta suya para que David pueda ponerse de mal humor.

Tengo que mantener a salvo a Kailyn y Tommy. También tengo que averiguar qué papel voy a jugar en sus vidas a partir de ahora. Si Kailyn cree que puede desparecer de la faz de la Tierra como antes, va lista. Pero si no desaparece de la faz de la Tierra como antes... bueno... seré yo el que va listo.

—Si se ha quedado frito tan pronto es que va a dormir a pierna suelta hasta mañana —susurra y se dirige a la puerta.

La sigo y cierro con cuidado tras de mí, dedicando un par de segundos más a asegurarme de que el niño está dormido de verdad. Cuando estoy seguro de que sigue en el país de los sueños, le hago señas a Kailyn para que me siga a la cocina, donde Lola ha dejado una tetera al fuego.

Le doy una taza a Kailyn y me cojo una para mí mientras ella toma asiento en la isla. Mira con aire distraído lo que la rodea y sorbe lentamente el té mientras yo la observo atentamente, esperando a que hable.

La tensión en la habitación vuelve a a alcanzar niveles volcánicos. Hay muchas cosas sin decir entre nosotros y el que siga enfadado y con el corazón roto no ayuda.

Hubo un tiempo en que podíamos olvidar nuestros problemas a besos, pero a pesar de los sentimientos que afloran cuando la miro, no es una posibilidad. Ya no. Hay una grieta gigante entre nosotros, y está llena de traumas, miedo y secretos. Y un niño.

—Por mucho que te agradezca que nos cuides, no me siento cómoda pasando la noche aquí —dice tras un largo y pesado silencio.

—Acudiste a mí en busca de ayuda. Deberías haber sabido que no tardarías en sentirte incómoda.

—También debería haber sabido que no me dejarías encargarme de esto bajo mis propios términos.

—Tus propias términos terminarían contigo muerta —digo con brusquedad. Hago una pausa para respirar hondo.

Veo cómo se pone tensa en su taburete. Nunca le gustó que me enfadara, aunque rara vez me vio de mal humor. Siempre me cuidé de no traer nada de las movidas de los Bernardi a nuestra relación.

Cada vez que entraba por la puerta de mi piso de alquiler, siempre que estaba con ella, a todos los efectos, yo era Ace Bernard. Aclan Bernardi no existía.

—Lo creas o no, entiendo por qué no querías tener nada que ver conmigo una vez descubriste la verdad. Lo comprendo. Pero te equivocas en muchas cosas.

Ella me lanza una mirada larga y triste. Por primera vez, veo lo honda que cala esa emoción en ella.

—No fue una decisión fácil, Ace. Hubo momentos en los que pensé que, si te llamaba, vendrías a buscarme y nos daríamos a la fuga los tres juntos o algo así.

No creo que hubiera dudado un par de años atrás. Odiaba mi vida y a mi familia y echaba tanto de menos a Kailyn que me dolía hasta la médula. Si me hubiera llamado, habría contestado e ido corriendo tras ella.

Entra otra llamada de Ava. Apenas miro de reojo la pantalla antes de darle la vuelta al teléfono.

—Las cosas son como son, y no hay nada que podamos hacer para cambiar el pasado —digo —. El futuro, sin embargo...

—Ace —me interrumpe, negando con la cabeza—. No voy a permitir que vuelvas a mi vida.

No quiero tener nada que ver contigo ni con tu familia.

La forma en que le tiembla la voz al pronunciar esas palabras me arranca una risita seca de la garganta.

—Tiene narices que me digas eso después de dejar a mi hijo en mi puerta con solo una puta nota, Kailyn.

—Te estoy muy agradecida por la forma en que acogiste a Tommy sin dudarlo. Y te estoy aún más agradecida por lo empeñado que estás en protegerlo. Pero, en lo que a mí respeta, soy perfectamente...

—¿Capaz? —Me burlo—. Si fueras capaz de cuidar de ti misma y de nuestro hijo, no estarías aquí. No volvamos a discutir por eso cuando los dos sabemos cómo son las cosas en realidad —respondo con frialdad—. Te fuiste, Kailyn. Te fuiste sin despedirte. Diste a luz a mi hijo. ¡A mi hijo! ¡Sangre de mi sangre! Y nunca dijiste una palabra. Hice todo lo que pude para seguir con mi vida, para dejarte atrás. ¡Te… te busqué por todas partes! ¡Me volví loco tratando de encontrarte! Así que no, Kailyn, no puedes dictar los términos de mi participación, ya no.

—¡Mi hijo no puede criarse como parte de tu familia! —responde ella, apretando los puños sobre la encimera hasta que los nudillos se le ponen blancos—. Por eso me fui, Ace. Los Bernardi mataron a mi padre, y ni de coña iba a tener un hijo con uno de ellos...

—Te equivocas en muchas cosas —ladro, porque realmente no tiene ni puta idea de las acusaciones que lanza con tanta ligereza.

—Eso ya no importa. He dicho todo lo que tenía para decirte al respecto. Mi hijo, nuestro hijo... nunca será un Bernardi.

Sacudo la cabeza con consternación.

—¿Ves?, ahí es donde te equivocas. *Es* un Bernardi y vas lista si crees que voy a permitir que vuelvas a poner a mi hijo en peligro. Eddie García te encontrará dondequiera que vayas. Tu piso en Melrose Park ya no es una opción segura. Esa habitación tuya de motel tampoco. Y no nos olvidemos de lo fácil que me fue para encontrarte en ese puto puticlub. Mientras Eddie recuerde tu nombre, el único lugar seguro para ti está aquí conmigo. Lo mismo pasa con Tommy. Me odies o no, soy tu única puta opción.

Me levanto para irme, poniendo fin a este lío. No quiero gritarle, pero siento que no tengo elección. Siento que se lo *merece*. Eso es lo que me dice la ira que tengo dentro... que le dé un escarmiento. Pero también hay una parte de mí que no es así. Una parte que sabe que tenía buenas razones para irse. Ninguna madre en su sano juicio aleja a un niño de su padre y se las ve con la muerte para llegar a fin de mes sin una razón. Esa es la parte de mí que me dice que le dé espacio. Que me dé espacio a mí mismo.

Cuando ya casi he desaparecido de su campo de visión, doy media vuelta. Esta noche acabará en pelea, pero también puede acabar con un poco de paz.

—Pagaré tu deuda con Eddie García en su totalidad —declaro.

—¡Ni de coña vas a pagarle tú a Eddie! —sisea, se pone en pie de un salto—. Deberle nada a

un Bernardi es lo último que quiero.

Cruzo la habitación, con la rabia guiando mis pasos fuertes y pesados por el suelo de linóleo. No me detengo hasta que estoy frente a ella, con la frente pegada a la suya y los ojos encendidos.

—No soy tu puto enemigo. Pero sigue con esta actitud de mierda y verás cómo soy cuando me convierten en enemigo —le siseo y me estremezco cuando una lágrima le recorre la cara.

Sé que no debería tocarla. Sé que no tengo derecho a tocarla. Pero mi mano tiene mente propia y, antes de poder darme cuenta, le estoy borrando las lágrimas de la mejilla y acercándola a mí.

Le envuelvo la cara con las manos.

—No soy tu enemigo. —Esta vez se lo susurro. Levanto una mano y le acaricio el pelo, sin poder evitar acercarla aún más—. No soy tu enemigo —vuelvo a decir con un tono incluso más suave.

El corazón le palpita contra el pecho, la respiración le sale en hipidos. No puedo ni hacer balance de lo que eso me provoca. El pánico que me invade.

En aquel entonces, habría hecho todo lo posible para mantenerla feliz. Después de todo lo que ha hecho, quizá no merezca volver a ver ese lado de mí. Pero tampoco estoy seguro de que necesite ver el lado que acabo de mostrarle.

Antes de darme cuenta, la estoy estrechando aún más entre mis brazos, acunándole la cara y mirándola a los ojos. Me invade un recuerdo tras otro y, tonto de mí, me dejo llevar por ellos. Lo siguiente que recuerdo son mis labios sobre los suyos, mi lengua bailando con la suya y el corazón latiéndome a un ritmo que debería ser letal.

Durante un minuto, el presente se ve arrasado por el pasado; todos esos viejos sentimientos luchan por salir a la superficie. Kaitlyn es la primera en darse cuenta del error que es esto. Sus pequeñas manos me empujan por el pecho y me cuesta respirar cuando nuestros labios se separan.

—No vuelvas a hacer eso —dice en apenas un susurro.

Los labios le brillan, más carnosos y rojos que antes. Está temblando como una hoja, batallando contra muchas emociones a la vez.

Ella me siente como yo la siento a ella, y eso sólo me inunda de más valor ante cualquier adversidad que pueda aproximarse hacia nosotros.

—Es increíble con qué fiereza te aferras a tu orgullo en momentos en que bien podría ser tu perdición —respondo con una sonrisa fría—. No pasa nada, Kailyn. La próxima vez que nos besemos, será cosa tuya. Ya verás.

NUEVE

KAILYN - CUATRO AÑOS ANTES

Un rechazo tras otro. En eso se ha convertido mi vida. Creía que ya me habría acostumbrado, pero con el sobre aún en las manos, no puedo negar la existencia de los nudos que se me forman en la boca del estómago.

Esta es la última universidad de la lista de aquellas en las que he solicitado plaza. Si las cosas no salen bien, tendré que empezar de cero. Replantearme mis opciones. Replantearme si está en mis cartas que yo vaya a la universidad. Pero he superado tantos obstáculos que no me cabe en la cabeza que eso pueda ser una posibilidad.

Cuando pienso en mamá, en lo poco que le quedaba después de la muerte de papá, en lo imposible que le resultó conseguir un trabajo bien pagado, en cómo recurrió a las drogas para matar el dolor.... Esa no es la vida que quiero para mí. Esa no es la vida que me permitiré llevar.

Giro el sobre entre los dedos, retrasando el momento. Aún no me atrevo a abrirlo.

Mis notas son buenas. Mi carta de presentación era de primera. Me lo merezco porque he trabajado duro para conseguirlo.

—Oye, ¿qué haces? —me pregunta Ace.

Me sobresalto al oír su voz, pero él no parece darse cuenta.

—Sólo... pensaba —respondo, limpiando distraídamente la encimera del bar con un paño ligeramente encerado.

Ace se acerca, ojeando el sobre en cuanto pone un pie en el bar.

—¿En qué?

—En si debería abrirlo o tirarlo directamente. —Suspiro, bajando la mirada.

—¿Es de North Central?

—Sí.

—¡Deberías abrirlo! —dice, acudiendo a mi lado. Su colonia me invita a respirar hondo para que pueda absorberla toda, para que pueda perderme en su poderosa presencia. Huele muy bien, aunque huele mejor a primera hora de la mañana, cuando nos despertamos y hacemos el amor de forma dulce, hambrienta y perezosa—. Podrían ser buenas noticias.

Le dedico una mirada larga, preguntándome cómo tengo tanta suerte de estar con un tío

como él. Es mucho más listo de lo que la mayoría se cree. Es agudo y rápido, seguro de sí mismo y decidido.

Me alimento de su fuerza cada vez que siento que el mundo se me viene encima. Me aferro a él cada vez que siento que el nivel del agua sube hasta el punto de que corro riesgo de ahogarme. Ace ha sido mi ancla desde el primer día que nos conocimos, hace un par de meses.

Sus ojos verdes inspeccionan mi cara, aunque estoy segura de que a veces puede ver hasta mi alma.

No hay nadie por aquí a estas horas. El bar suele abrir a las 8 de la mañana con un menú de desayuno especial, y tenemos la máquina de café lista para prepararles un capuchino exquisito a nuestros clientes, pero los martes son especialmente tranquilos, por lo general. Me supongo que antes del mediodía vendrá alguien a tomar el brunch*. Hasta entonces, tengo que terminar de montar el bar y abrir una carta de aceptación o rechazo. Si es lo último... no creo que pueda con otro.*

Esperaba que la universidad fuera mi carta de salida de casa y lejos de mamá para poder centrarme en mi futuro y mi carrera. Me encanta el trabajo en el bar y lo de preparar cócteles. Los sabores, la elaboración y la tradición que hay detrás de cada bebida son fascinantes.

Unos meses atrás, todavía me preguntaba qué iba a hacer con mi vida. La pasión de Ace por este oficio también me atrajo. La forma en que habla de la conservación del whisky, o cómo cuenta las historias que hay detrás de algunos de los clásicos que servimos aquí... A menudo me da rabia que no hagamos más en términos de elaboración, pero la idea de regentar mi propio bar algún día me llevó a solicitar plaza en administración y dirección de empresas y descartar mi plan original de estudiar ciencias sociales.

—Kay —me dice.

—Sigo aquí, perdona...

—Marcy tiene que estar al caer —responde—. Abre ya la carta para que podamos volver al trabajo.

—Estoy nerviosa...

Me gira suavemente para que quedemos frente a frente y me besa con delicadeza en los labios. Su sabor es peligrosamente adictivo y me provoca todo tipo de fuegos en la boca del estómago.

Exhalo con brusquedad cuando vuelvo a quedarme sola, físicamente lejos de él, cuando coge un trapo limpio y empieza a limpiar la parte delantera del local. A veces es así. Me prende fuego para luego seguir a lo suyo como si nada.

—No hay por qué ponerse nerviosa —dice Ace—. En el peor de los casos, te han rechazado. Puedes volver a presentarte el año que viene, y también podemos mirar otras universidades.

—Sí, pero sólo quedan un par de semanas para que empiece el semestre —respondo, con los hombros caídos por la decepción—. Es mi última oportunidad para empezar en octubre. Si no consigo plaza, estaré atrapada en casa de mi madre aún más tiempo.

—También puedes pasar este próximo año trabajando aquí y acumulando experiencia. Hay cursos de coctelería que ofrecen certificaciones y todo lo que necesitas para enviar un currículum aún más convincente el año que viene —insiste.

—Me encanta cómo siempre le buscas el lado bueno a todo.

Sonríe. Su mirada se posa en mi cara.

—Tú eres mi lado bueno, Kay. Sólo que aún no lo ves. Venga, ábrelo. Me lo agradecerás más tarde, estoy segurísimo.

—Mmm...

Está seguro de muchas cosas, en general, y suele tener razón.

—Vamos, tengo fe en ti. No pensé que pudieras encargarte tú sola de este bar en tan poco tiempo, pero aquí estamos.

—A veces desearía tenerme la fe que tú me tienes. Pero llevas razón. No puedo dejarlo sin abrir. Nunca lo sabré si no lo averiguo, ¿verdad?

—Exacto.

Su media sonrisa me hace pensar que ya sabe lo que pone esta carta, pero así es Ace. Es tan optimista que parece casi mágico.

Con dedos temblorosos, rompo el sobre y voy directa a la primera línea de la carta.

—Estimada señorita Johnson, nos complace informarle de que... —Hago una pausa y aspiro, las lágrimas llenan rápidamente mis ojos—. Me han aceptado. No me lo puedo creer. Me han aceptado en North Central.

—¡Ja! ¡Te lo dije! —Se ríe y vuelve a rodear la barra para envolver en sus brazos.

Me río y lloro mientras me aprieta contra él y me llena de besos. Se vuelve más tierno, decadente y hambriento con cada caricia. Menos mal que nadie puede ver cómo sus manos recorren mi cuerpo de arriba abajo, colando los dedos en la falda para tocarme el culo. Es suficiente para que mis sentidos chisporroteen en todos los sentidos; el calor se acumula y burbujea entre mis piernas.

—Eres mi amuleto de la buena suerte —le digo entre picos frenéticos.

Me lame los labios despacio, la mirada se le oscurece hasta que las pupilas se le convierten en algo aterciopelado y casi negro mientras me mira. Sus ojos están tan cerca que casi puedo ver dentro de su corazón. Hay tanto por leer, una sombra lo bastante grande como para tragarme entera algún día.

Es difícil de explicar, pero a veces siento que hay algo que no me está contando. Como si se estuviera conteniendo. Apenas sé nada de Ace y, sin embargo, se ha convertido en un esencial para mi bienestar. A veces me asusta.

—Sabía que entrarías. Las otras universidades no saben lo que se pierden, Kay. Son ellos los que han perdido al rechazarte. Llegará el día en que North Central te incluya con orgullo entre sus antiguos alumnos —me asegura.

—Tu buen rollo es todo lo que necesito. —Suelto una risita y lo beso en profundidad.

—Pasa a mi despacho, entonces —responde con una risita y nos cuela a los dos en el almacén, con cuidado de cerrar la puerta tras de sí—. Ven aquí, cariño...

Ace me acerca a él y me besa con hambre, lamiéndome el lateral del cuello antes de empezar a mordisquearme el lóbulo de la oreja. Su lengua juguetea con mi pendiente en forma de fresa.

Gimo con dureza cuando me levanta sobre la mesa, presionándome la espalda contra cajas de cartón de botellas de cerveza. Cuando Ace me abre las piernas y desliza hábilmente una mano por debajo de la falda vaquera y por encima de mis bragas ya empapadas, estoy a punto de perder el control.

—Podría entrar alguien —susurro.

Una sonrisa se le dibuja en la comisura.

—Entonces será mejor que nos aseguremos de que les guste lo que vean. —Sus dedos empiezan a penetrarme, con un pulgar sobre el clítoris mientras el índice y el corazón se deslizan dentro de mí. Me estremezco cuando atrapa mi boca en otro beso y un tercer dedo entra en mí hasta el punto en que me rindo totalmente a él, subiendo la escalera al cielo.

—Oh, Ace...

—Te lo mereces —me dice, mordisqueándome la clavícula mientras me folla con los dedos hasta hacerme olvidar.

Es así todo el tiempo. No podemos desperdiciar ni una de las oportunidades que se nos presentan.

—Te mereces todo lo bueno que te pase, cariño. —Sus palabras van acompañadas de un orgasmo alucinante a medida que aprieto las caderas contra su mano. Las olas de placer me recorren y me humedezco más y más bajo sus caricias.

—Marcy llegará pronto —me las apaño para decir al oír cómo se baja la cremallera de los vaqueros.

Me acerca al borde de la mesa.

Apenas tengo un instante para respirar antes de que me atraviese con toda su longitud. Es tan grande y tan duro que me estira y llena hasta el límite.

—Me encanta sentir —murmuro.

—Eres perfecta para mí, Kay.

Sí, tal parece que la naturaleza nos diseñara para encajar juntos. No se puede negar esta verdad cuando cada empujón suyo me acerca a la felicidad más pura.

Le rodeo la cintura con las piernas, contenta de haberme puesto falda hoy. Me embiste con más fuerza y profundidad, mientras las cervezas tintinean en sus cajas. Aquí también se aplican las leyes de la física, pero nada de eso importa cuando intensifica ritmo se y clavo los ojos en los de Ace.

Me agarro con fuerza cuando sus dedos me aprietan las caderas, mi carne suave y cálida como si no fuera más que masilla entre sus manos.

—Dámelo todo —digo, lamiendo su labio inferior.

Y eso es exactamente lo que hace.

Con las manos firmes alrededor de mis caderas, se sumerge en mí. Las uñas se hunden en mi carne mientras hace chocar nuestros cuerpos. Una y otra vez. Más fuerte. Más rápido. Otro orgasmo casi me destroza. Y eso es todo lo que Ace necesita para dejarse ir dentro de mí. La polla le palpita de placer y, a pesar de lo saciada que estoy, no le suelto todavía. Lo mantengo dentro de mí todo el tiempo que haga falta, con el sexo en carne viva y desesperado por más. Por suerte, tenemos esta noche para nosotros solos, en su piso. Hasta entonces, este ratito de hacer el amor es todo lo que tenemos.

Volvemos a besarnos, esta vez sonriendo como dos diablos mientras me ayuda a bajar de la mesa y me alisa la falda.

Es difícil para los dos alcanzar la máxima productividad, teniendo en cuenta que ambos resplandecemos por nuestro clímax, pero Marcy llegará pronto y no tenemos otra opción. Esta noche, tendremos su cama y la luz de la luna colándose por la ventana. Esta noche, él me tendrá toda para él, una y otra vez, hasta que ambos estemos cubiertos de sudor y emocionados, exhaustos y todavía suspirando por más.

Por ahora, tenemos que trabajar.

—Maria va a North Central —me dice Ace, recordándome dónde estamos mientras me pasa algunos vasos del lavavajillas para que los remate pasándoles una toalla limpia—. Y dice que le gusta.

—¿Maria? —inquiero.

Ace me lanza una breve mirada de reojo, pero puedo ver el tic nervioso en su mandíbula.

—Mi hermana pequeña. Es su tercer año. Dudo que os crucéis.

—¿Tienes una hermana? —respondo, sintiendo cómo mis cejas se arquean hacia arriba por la sorpresa—. No lo sabía. Bueno, hay muchas cosas que no sé de ti, ahora que lo pienso.

—Sí... es culpa mía. No vengo de una... digamos que mi familia no es exactamente... normal.

—Ninguna familia es normal. —Me río. Yo lo sé mejor que nadie.

La puerta del pub se abre y ambos vemos entrar a dos señores italoamericanos altos, ambos con trajes grises oscuros, camisas blancas y corbatas de colores. El más delgado lleva un estampado de Bart Simpson en la corbata, una forma sutil de rebelarse contra los rígidos límites sartoriales de su traje, mientras que el más corpulento lleva una sencilla corbata negra con un pin dorado. Pero no es la corbata lo que me da escalofríos, sino su sonrisa. Fría. Controlada.

Me resultan familiares, aunque no sé por qué. Puede que sean clientes habituales. Shackleton tiene muchos clientes fieles, pero no los conozco ni los he visto a todos. Los camareros pasan más tiempo en torno a las mesas, mientras que Ace y yo nos ocupamos de la barra, excepto a primera hora de la mañana, cuando viene algún aficionado a desayunar. Sin embargo, sí conocen a Ace.

—¡Ace, campeón! ¿Cómo te va? —dice el de la corbata graciosa, con las dos manos extendidas sobre la barra del bar. Veo el anillo dorado en su meñique con la letra B grabada

con elegancia en la parte superior—. ¿Cómo te trata Ed?

—Va todo bien —responde este sin rodeos.

—No vamos a incordiarte mucho rato —dice el otro tío—. Sólo queremos un par de cafés y ese reservado de la esquina de ahí para disfrutar de algo de intimidad.

—Pues adelante. Poneos cómodos y ahora os traigo los cafés —responde Ace, que apenas les dedica una mirada mientras centra la mayor parte de su atención en mí con ojos ligeramente sonrientes.

—Entonces, ¿qué, campeón? ¿Vas a dedicarte atender el bar por el resto de tus días? —Se ríe el primero con una voz que rezuma desprecio. No me cae bien.

—Marco, compórtate —responde el hombre de corbata negra, indicándole que le acompañe mientras se dirige al reservado más alejado del comedor.

Ace no responde a sus bromas y se va a la máquina de café. Marco le echa una última mirada, frunce los labios y se sienta junto a su amigo, sin dejar de mirarnos.

Me siento inquieta, pero no es la primera ni la última vez que experimentaré tales sensaciones. Reconozco la B de sus anillos. Son de la familia mafiosa Bernardi. Estoy bastante segura de que su jefe o padre, o lo que coño sea Silvio Bernardi para ellos, ordenó el asesinato de mi padre hace muchos años.

Juré que no dejaría que mis problemas personales se interpusieran en mi trabajo. El Shackleton es el lugar preferido de muchos mafiosos de Chicago. Ya lo sabía cuando empecé. Lo único que puedo hacer es fingir que sigo ocupada con mi trabajo mientras Ace les prepara sus cafés.

Mi pasado ya no puede influir en mi presente y, desde luego, tampoco puede liarme el futuro. Tengo a Ace a mi lado. Él es todo lo que necesito, de veras que sí, y no parece que tenga intención de irse a ninguna parte, de todos modos.

—Date prisa con ese café, ¿quieres? —Marco se ríe desde el reservado de la esquina.

—Gilipollas —murmuro sobre todo para mí.

—No te preocupes por él. Perro ladrador, poco mordedor —responde Ace. La comisura de sus labios intenta sonreír mientras coloca las tazas de porcelana sobre sus platitos a juego y yo pongo los dispensadores de azúcar y nata en la bandeja—. Con los callados es con los que hay que andarse con más cuidado.

—¿Como el otro tío?

—Fred. Sí.

—O sea que los conoces. —Se me revuelve el estómago.

—A veces vienen por aquí. Se portan bien. No tienes que preocuparte por ellos. Por ninguno de ellos, en realidad. No mientras esté yo cerca.

Ese pensamiento me reconforta. Ace conoce mi pasado con los Bernardi. También ha leído los periódicos. Le he contado lo suficiente para que entienda que prefiero comer piedras a tener que volver a tratar con uno de esos cabrones asesinos.

Dicho esto, también se ha asegurado de mantenerme centrada en lo que realmente importa: principalmente, mi rendimiento aquí como barman. La aprobación de Ed es lo que necesito, para contar con sus referencias en mi currículum algún día. Eso es todo. Concéntrate, Kay. Concéntrate.

North Central no es lo que esperaba, es mejor. Se necesita mucha disciplina y un horario apretado para no sentir que la situación me supera, pero Ace desemplea un trabajo fenomenal apoyándome en esta misión. Llevo cinco meses aquí y ya me siento una persona totalmente distinta. Ace y yo llevamos juntos casi un año, y lo que hay entre nosotros cada vez es más intenso; se ha convertido en una extensión de mí en muchos sentidos. A veces creo que puede leerme el pensamiento, por lo rápido que se me adelanta en ciertas situaciones.

Cuanto más tiempo paso con él, más feliz me siento y más esperanzas tengo en el futuro. Paso la mayor parte de las noches en su casa en el centro. Cada vez veo menos a mamá. Me duele admitirlo, pero soy más feliz cuando no estoy cerca de ella. Respiro mejor y puedo ser yo misma.

Aún no conozco a nadie de la familia de Ace, cosa que me mosquea un poco. Es una de las pocas cosas de las que no he podido hablar con él. Creo que su familia está tan jodida como la mía o más. Es un tema delicado para Ace y, por lo general, evade el tema con pericia antes de que yo pueda siquiera darme cuenta de lo que está pasando. Pero esta noche eso se va a acabar.

Llevo una prueba en el bolsillo de mi abrigo que dice que estoy embarazada. Desde luego, no es una gran sorpresa, teniendo en cuenta que nos hemos portado como conejos desde el momento en que nos conocimos, pero sigue siendo una sorpresa enorme y un cambio total de tablero. Tengo que hablarlo con él. Quiero que ambos decidamos qué vamos a hacer a continuación, aunque francamente... sólo veo un camino por delante, y es uno con el que he soñado desde que tengo uso de razón.

Una familia propia.

Podría tomarme un descanso de la uni cuando nazca el bebé. Podría volver cuando esté preparada. Ace estará para ayudar en todo lo que pueda. Y tal vez sea esto lo que mamá necesita para dejar las drogas, también. Es una mera ilusión, supongo, pero por algún sitio hay que empezar. Por ahora, me concentro en preparar la cena en el piso de Ace. Él guarda una llave debajo del felpudo, que uso siempre que necesito dejar algo o tiene cosas para la lavandería de abajo. No somos ricos, nos alejamos bastante de hecho, pero nos las arreglamos. Nos hemos labrado nuestro propio pedacito de cielo en este lugar agradable, seguro y cálido. Me encanta.

Ace hoy trabaja hasta las cuatro de la tarde. Yo he reducido mis turnos a la mitad, con lo que Ed no ha tenido más remedio que contratar a otro barman a tiempo parcial, pero comprendió que no puedo perder esta beca en North Central. Es una beca completa e incluye una habitación en el campus, aunque rara vez estoy allí. No puedo perder una buena universidad ni la oportunidad de labrarme un futuro mejor. Lo hago sobre todo por mí, pero

también por papá. Sé que estaría orgulloso. Así que, esta noche, voy a preparar una buena cena de bistec y patatas fritas, junto con una tarta de manzana al horno. Incluso he comprado una botella de whisky para que Ace la disfrute. Deberíamos brindar los dos, pero dado el inesperado pasajero en mi vientre, tengo que cuidarme.

Empiezo con las patatas, limpiándolas y echándolas en un cuenco lleno de agua helada antes de echar la ternera para la sartén. Me aseguré de comprar su mantequilla de hierbas favorita en la tienda de la esquina. Todo esta noche está pensado para que sonría y se sienta estupendo antes de que le diga que tiene la oportunidad de ser padre antes de lo esperado. He pensado en todas las posibilidades y, aunque no estoy segura de lo que haría de estar sola, sé que la opinión de Ace dictará lo que vaya a pasar. En cualquier caso, quiero que seamos felices y estables juntos.

Al rebuscar en los cajones en busca de unas tijeras, me encuentro un par de sobres de North Central abandonados bajo un bloc amarillo. Normalmente no husmearía tanto, pero no recordaba dónde había visto las tijeras por última vez.

—Pero qué... —Me oigo murmurar al coger uno de los sobres. Pero no va dirigido a mí, su destinatario es...—. ¿Aclan Bernardi? ¿Quién...? Ah.

Basta un nombre completo para que mi mente haga cortocircuito de inmediato, saque el móvil e inicie una búsqueda en internet para averiguar quién es este tío. No hay fotos de él en ningún sitio, pero aparece como uno de los hijos de Silvio Bernardi. El mismo Silvio Bernardi que sé que ordenó el asesinato de mi padre. El mafioso. Aclan Bernardi. Esto no tiene ningún sentido, así que abro la carta, convenciéndome de que tendré una explicación perfectamente buena en caso de que tenga que contárselo a Ace. Ace. Aclan.

—Estimado Sr. Bernardi, le agradecemos su reciente pago en nombre de Kailyn Elizabeth Johnson con respecto a su matrícula... —Se me corta la voz al darme cuenta de qué va esto.

De cuál es la verdad.

Oh, Dios...

Leo el resto de la carta y abro la otra, una confirmación de que se ha pagado la matrícula completa y de que North Central agradece la cuantiosa donación que Aclan Bernardi le ha hecho a su conservatorio. Creo que voy a vomitar, y no por cosa del embarazo. Aclan Bernardi. El nombre es como una puñalada directa al corazón cuando comprendo lo fácil que fue para Ace Bernard llegar a existir en la mente de este hombre. En los labios de este hombre. En los labios mentirosos de este hombre.

—Ace Bernardi —susurro, con el horror inundándome y dejándome helada.

Incapaz de pensar con claridad, voy al dormitorio y rebusco en todos los cajones que me encuentro. Tardo un rato, ya que mi búsqueda me lleva a vagar por su armario, pero al final la encuentro: una caja de zapatos en el fondo, donde guarda su verdadera identidad. Su pasaporte, una tonelada de dinero en efectivo en tres divisas diferentes, una pistola y un par de documentos legales con su nombre, su verdadero nombre, por todas partes. La cara que me mira desde su

foto de pasaporte sólo sirve para confirmar algo que ya me ha sacudido con tanta violencia que tiemblo como una hoja mojada en la boca de un tornado.

Ace Bernard es Aclan Bernardi, el hijo menor de Silvio Bernardi. El viejo mantiene a sus retoños a salvo y alejados de la prensa. Creo que una de sus hijas tiene lazos con los periódicos o algo así. Dios, ahora todo tiene mucho más sentido. Por qué Ace ha mantenido su vida personal tan privada. Por qué pone esa cara tan seria cada vez que un Bernardi o un socio de Bernardi entra en el Shackleton.

—Le conocen —jadeo, repasando mis recuerdos de anteriores encuentros con esa gente—. Le conocen, saben que trabaja allí, pero a nadie se le mueve ni una puta pestaña. Nadie mencionó que es un Bernardi. Todos se limitan a... fingir que es un simple empleado de Shackleton, ni más ni menos... Ay, Dios...

Ahora estoy llorando a mares cuando salgo del dormitorio y me esfuerzo por averiguar qué hacer a continuación.

A la mierda la cena. A la mierda la carne y las patatas. A la mierda el whisky y todo lo demás que había planeado. Ace me ha mentido descaradamente, y no sé qué hacer al respecto. Cómo sentir algo más que... rabia y miedo. Es un Bernardi. Los Bernardi mataron a mi padre. Y un Bernardi me ha pagado la universidad—. A la mierda eso también...

No puedo quedarme aquí. Este bebé que crece dentro de mí... Ace no puede enterarse.

Tengo que irme. Tengo que alejarme lo más posible de esta gente. Es horrible, lo rápido que todo puede desmoronarse, pero ¿qué otra opción me queda? Mataron a mi padre. Destruyeron a mi familia y no se lo pensaron dos veces antes de hacerlo. Son todos unos asesinos y ladrones, unos corruptos de mierda que tienen en su bolsillo a demasiados políticos. Son parte de todo lo que está mal en este país, y no puedo aceptar con la conciencia tranquila nada que me dé un Bernardi.

Ni su dinero, ni esta beca de North Central.

Ni su atención, ni su... amor. ¿Es esto amor? ¿O solo soy un rollo para él? Podría hablarlo con él. Podría enfrentarme a él. Pero la mera idea de hacerlo hace que mis instintos se enciendan. No puedo. No puedo volver a verlo. Si se entera de que estoy embarazada, cabe la posibilidad de que su padre intervenga.

No puedo dejar que se lleven a mi hijo. Dios, siento que el ardor me sube por la garganta y me apresuro hacia el baño.

Estoy jodida.

Tengo que desaparecer. Joder, estoy tan cagada de miedo que ni siquiera puedo soy consciente de mi propio corazón roto ni de las lágrimas que ahora caen libremente por las mejillas. Este es nuestro final. Ya no puedo quedarme aquí ni un segundo más.

DIEZ

KAILYN

Abro los ojos con parsimonia y una repentina sensación de impotencia y soledad me envuelve y me oprime la garganta cuando me esfuerzo por respirar hondo.

En cuanto siento a Tommy, suave y calentito en mis brazos, recuerdo que ya no estoy sola. Nunca estoy sola del todo, no con mi hombrecito ocupando tanto espacio en mi corazón y en mi vida.

—Buenos días, conejito —ronroneo suavemente cuando Tommy abre los ojos y sonríe al verme. Ha descansado bien, salta a la vista. Tiene los párpados entornadas, la respiración constante y uniforme y sus mejillas sonrosadas se hinchan con cada sonrisa—. Hoy va a ser un buen día, ¿verdad que sí?

—Sí —responde.

Nos lleva un rato prepararnos. Mi pequeño necesita un baño caliente antes de que lo vista y lo lleve a la cocina a desayunar. Podemos oler lo que se está cocinando desde el otro extremo del pasillo y el estómago me ruge. Anoche me salté la cena, así que no me sorprende.

El fantasma de los labios de Ace sobre los míos aún perdura, haciendo que mi cuerpo sienta un cosquilleo en lugares en los que no creía que volvería a experimentar tales sensaciones. No se me escapa lo malo que es eso.

Intento que mi cerebro coopere en desterrar los sentimientos que amenazan con asfixiarme... y matarme de hambre. Porque después de lo que pasó anoche, después de cómo me hizo sentir ese beso, cómo demonios voy a entrar en ese cuarto, sentarme a la mesa frente a Ace y comer juntos.

Tres años, y todavía surte este maldito efecto en mí. Sigue teniendo la capacidad de enfadarme más que Hades y yo sigo teniendo la habilidad de tocarle las narices. Y, sin embargo, cuando estamos juntos, los fuegos artificiales se disparan en todas direcciones.

Suspirando profundamente, beso a Tommy en la frente, le pongo sus zapatitos azules y lo cojo en brazos. Es hora de ponerme los pantalones de niña grande y afrontar la realidad. Se acabaron las evasivas.

—Tengo hambre, mami —dice Tommy.

—Y yo, colega.

Inspiro hondo y, con la armadura puesta y Tommy como escudo, entro en la cocina.

Nada más abrir la puerta, nos recibe una Lola sonriente que acaba de servir una fuente de tortitas calientes recién salidas del horno.

—¡Buenos días, Tommy! Buenos días, Sra. Johnson.

—Es señorita —la corrige Ace con sequedad. Le pasa a Lola el sirope de arce.

—Perdone, señorita Johnson —dice la chica, y luego pasa a rociar el néctar dulce y dorado por toda la bandeja de tortitas.

Ace vacía una sartén de beicon crujiente en un plato grande. Al mismo tiempo, un par de rebanadas de pan marrón saltan de la tostadora con un ruido metálico.

—Tiene todo una pinta estupenda —respondo, ignorando el percance del título.

A Lola se le ilumina la cara de emoción.

—Las tortitas son mi especialidad.

Es más fácil centrarse en ella que en Ace. Cada mirada que le robo es otra en que siento como si me clavara un piñal en el pecho. Puede que me hubiese besado como el hombre que sabía que era, pero la ira en sus ojos y la tensión en su mandíbula parecían cómodas en su cara. Mucho más de lo que habrían tenido lugar en el hombre que yo quería.

Engullo las tortitas y beicon en mi plato, y sólo desvío la mirada para ayudar a Tommy a cortar las suyas en trozos más pequeños. La tensión en la habitación es más densa que la comida que estoy cortando. Tanto que parece que esté contendiendo la respiración mientras mastico.

La mirada de Ace se aparta de lo que ocurre en la mesa del comedor para encontrarse con Lola en la cocina.

—Le preparemos una fiambrera con algo saludable —dice.

—O sea que nada de tortitas para el pequeño, entendido. —Su tono es más alegre, todo lo contrario al Grinch sentado frente a mí.

—¿Fiambrera? —pregunto.

Me mira de la cabeza a los pies y se percata de que llevo la ropa de trabajo de ayer.

—Para la guardería —dice con naturalidad.

—¿Guardería? —Le dirijo una mirada cargada de confusión.

—¿Te pasa algo en el oído, Kailyn? Podemos parar en el médico de camino para que te lo revise.

Siento la ira burbujeando en mis entrañas. Es gracias al chiquillo que tengo al lado que me reprimo y respondo con el tono más dulce que puedo.

—No tengo problemas de oído. Es tu cordura la que necesita una revisión.

La mirada que me lanza es suficiente para que me pregunte si sus próximas palabras serán gruñidos en lugar de sonidos humanos.

—Lo de hacerte la peleona no te sienta bien.

—Igual que a ti el malhumor, pero eso no es lo importante aquí. A Tommy no pueden verlo en público y lo sabes.

Ace cruza las manos delante de él y echa los hombros hacia atrás.

—Es una guardería privada. Tienen seguridad propia y el director sabe que debe mantener la boca cerrada. Lo he inscrito con el apellido de soltera de tu madre. Thomas Marx. He tomado las precauciones necesarias.

—Sigo pensando que no es una buena idea.

—No te he pedido tu opinión —responde sin dejar de mirarme—. El niño necesita de una rutina tanto como estar rodeado de otros niños. O preferirías que nos acompañe a intentar resolver este puto lío con García.

—No se dicen tacos —dice Tommy, con las cejas fruncidas y mirando a su padre.

—Es verdad, no se dicen tacos. —Me muestro de acuerdo—. Por eso papá no va a volver a decirlo, ¿verdad, papá? —Le sonrío a Ace, y a mi lado sádico le flipa lo mucho que le cuesta esbozar una sonrisa.

—Así es —asiente. Casi me parece una victoria. Casi. Dios sabe que en cuanto Tommy salga de la habitación nos echaremos los trastos a la cabeza.

Miro a Tommy.

—¿Qué dices, cariño? ¿Quieres ir a la guardería y jugar con otros niños?

—¡Sí, sí, sí! —exclama, levantando sus puñitos como si acabara de ganar un campeonato.

—Supongo que estoy en minoría. El pequeño va a ir a la guardería —concedo y continúo comiéndome el resto del desayuno, sin dejar de mirar a Ace de reojo.

Está observando a Tommy con ojos intensos mientras se empapa de su imagen. Es como si intentara recuperar todo el tiempo que les robé.

Arranca un trozo de beicon y lo moja en el sirope de arce del plato de Tommy, jugando al avioncito cuando se lo lleva a la boca.

Tommy se ríe a carcajadas cuando muerde el trozo de beicon que le tiende Ace. Se me hincha el corazón como nunca y la cara de Ace se ilumina con una luz que nunca antes le había visto. Un padre necesita a su hijo. Quizá tanto como un hijo necesita a su padre. Puede que incluso más.

—Le gustas mucho —le digo a Ace.

—Podría haberle gustado antes —me dice Ace, recordándome que nunca dejará de reprocharme mi decisión de separarlos.

Lola comprueba su reloj, ansiosa y quizá un poco molesta por el terrible estado de ánimo que entre Ace y yo.

—Tenemos que irnos —dice, con voz compungida.

Le sonrío, dándole el visto bueno. Por dentro, estoy aterrorizada. Después de todas las veces en que no confié en Ace, este es un gran salto, el confiar en él cuando me dice que Tommy estará a buen recaudo en un lugar del que ni siquiera conozco el nombre. ¿Pero qué otra opción tengo? Es eso o arrastrarlo conmigo mientras intento salir de la tumba que me he cavado yo solita.

Lola se levanta y se lleva a Tommy al pasillo para cogerle la chaqueta y la mochila. Los sigo

y lo estrecho entre mis brazos.

—Pórtate bien, cariño, haz caso a tus profesores y mantén la calma.

—¡Quédate tranquila, mamá!

—El chófer espera abajo —nos corta Ace—. Ya conoces el procedimiento.

—Sí, señor —responde Lola. Comprueba el móvil última vez, cuando le salta una notificación—. Isolde me dice que no te olvides las flores para el cumpleaños de tu prometida mañana. Ya sabes cómo se pone Ava cuando...

Ace se tensa y Lola parece que se volvería a meter todas sus palabras en la boca si pudiera. Una punzada de celos me atraviesa. Con todas mis fuerzas, intento mantener una cara seria.

—¿Prometida? Felicidades.

—Lo siento, no quería. Yo... —La voz de Lola se desvanece en un silencio incómodo.

—No hay nada de qué disculparse, Lola —dice Ace—. La Srta. Johnson es la madre de mi hijo, nada más.

Tiene razón. Eso es todo lo que soy, la madre de su hijo. Si olvidamos el hecho de que me besó anoche. Si olvidamos la *forma en que me besó anoche*. No es asunto mío. En todo caso, debería estar agradecida por la bala que he esquivado. Una bala de la que ya hui, debo añadir.

Espero en silencio hasta que oigo cerrarse la puerta detrás de Lola y Tommy antes de volver a mirar a Ace, solo para descubrir que él ya me está observando.

Cojo los platos vacíos que quedan sobre la mesa y los llevo hasta el fregadero, decidiendo centrarme en lavar los platos para evitar una discusión. No tengo derecho a estar celosa, independientemente de lo que pasara anoche, y necesito controlar estos sentimientos antes de que se desborden y hagan más daño que bien. Dejé a Ace hace años. Ya no hay hueco para mí en su vida. Y ciertamente no hay hueco para él en la mía. Ya es bastante malo tener que pensar en cómo afrontar su deseo de formar parte de la vida de Tommy después de haber solventado todo el asunto de Caruso y Eddie García. No puedo volver a desaparecer como antes. Pero tampoco tengo interés en seguir viéndolo después de esto.

Sacudo la cabeza, intentando liberarla de los pensamientos que siguen pululando como abejas en busca de su reina.

Siento sus ojos clavados en mi nuca. Me obligan a echar un vistazo por encima del hombro. Me gusta que aparte la mirada, pero también odio que aparte la mirada.

—¿Quién es Ava? —la pregunta se me escapa antes de que pueda contenerme.

—Ava Caruso.

Esto mejora por momentos.

—¿Ava Caruso? ¿En plan de que es hija de David Caruso? —Aprieto el plato que tengo en manos.

—Es un matrimonio concertado, parte de un pacto entre mi familia y la suya para mantener la paz —dice con naturalidad.

—Ah, bueno. Eso lo arregla todo.

—Tu tono pasivo-agresivo no me pasa por alto.

—No. No. No es pasivo-agresivo, solo agresivo —respondo, dándome la vuelta para mirarle.

—No me digas que estás celosa —dice, con un destello de diversión en sus profundos ojos verdes.

—No estoy celosa —resuello—. Es sólo que, no sé, no me entra en la puta cabeza. Pero tampoco se puede esperar nada mejor de ti —.

Se acerca, con el peligro danzando en sus preciosos ojos.

—Después de todo, Dios los cría y ellos follan juntos —Odio el tono que utiliza al decirlo. Es demasiado informal, demasiado relajado. Y no entiendo por qué cree que este es el momento de vacilarme.

—Menudo matrimonio os espera. Me supongo que tendrás un arma, igual te conviene acostumbrarte a dormir con ella bajo la almohada.

Se levanta la camisa para que pueda ver la pistola que lleva.

Cuando trago salivo, siento como si toda la lengua intentara bajar por mi garganta.

—¿Es una amenaza? —tartamudeo.

—Tú has preguntado y yo he respondido. ¿Asustada ya o todavía estás ocupada con esa cabronceta llamada envidia?

—Envidia —resoplo, negándole con la cabeza—. Prefiero chupar...

Me agarra antes de que pueda pronunciar el resto, inmovilizándome con su cuerpo y su mirada.

—Suéltame —siseo.

—¿O si no?

El corazón me late a mil por hora en el pecho. ¿O qué? Es una buena pregunta. Y para la que no tengo respuesta. No porque me preocupe la pistola que lleva en la cintura, aunque tal vez debería. No obstante, su mirada y el calor que me recorre me preocupan mucho más en este momento.

Intento apartar la mirada. Intento mirar a cualquier otra cosa menos a él. Pero su cabeza se aprieta contra la mía. Si me muevo, nuestros labios se rozarán. Si cierro los ojos, podría pensar que es lo que quiero.

—Necesito que te alejes de mí —le suplico, pero la voz me sale débil, entremezclada con sentimientos que no quiero sentir.

—Y yo que admitas cómo te sientes realmente. Aunque no es que no pueda captar todas las pistas que da tu cuerpo.

Retrocede apenas un centímetro, lo suficiente para deslizar sus manos entre nosotros. Cuando toca mi muslo, encontrando el punto que sabe que me vuelve loca, casi pierdo los papeles. Casi. Por la gracia de algo sagrado, consigo contener mi reacción injustificada ante él. Una sonrisa se dibuja en sus labios mientras desliza la misma mano por mi cuerpo.

Con los dientes apretados, intento contener todo lo que siento. Hacía siglos que no me

tocaban así. Y, aunque mi cabeza sabe que no lo deseo, a mi cuerpo le cuesta horrores aceptar el memorándum.

La mano de Ace sigue subiendo hasta finalmente posarse en mi pecho. Pero no consigue arrancarme la reacción que busca. El hilo de compostura al que me había aferrado se rompe en dos cuando cruza el límite impuesto mi ropa, baja la cabeza y exhala su aliento perverso contra mi pezón.

El gemido que se me escapa es el mayor traidor de todos los traidores. La vergüenza me pinta las mejillas, tiñéndolas de un profundo tono carmesí.

Ace echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Cabrón —siseo. Volviendo a ponerme la ropa en su sitio. Empujo contra pecho, poniendo toda la distancia que puedo entre nosotros.

—Y yo que pensaba que no quedaba ningún sentimiento entre nosotros. Pero como siempre, tu cuerpo te ha traicionado, Kailyn.

—Tal y como tus acciones traicionan a tu mujer —escupo—. Claro que nunca has sido un hombre de palabra. Recuerdo todo lo que decías sobre no seguir los pasos de tu padre, aunque en aquel entonces no tenía ni idea de quién era tu padre. Siempre has sabido cómo esquivar la verdad.

Su mirada se ensombrece.

—No mentía cuando dije que no tenía intención de seguir sus pasos —

—¿Qué pasó, entonces?

—Que te fuiste.

ONCE

KAILYN

A veces parece que el tiempo avance a la velocidad de un cohete. Otras es como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa sin intención de soltarlo.

—Me dejaste.

Las palabras de Ace flotan en el aire, cada sílaba pronunciada con tanta claridad que no puede malinterpretarse. La expresión de su cara tampoco puede malinterpretarse. Hay rabia, dolor, odio.

Pasa un segundo en el que me lanza dagas con los ojos antes de levantarse. La rabia le ronda todo su cuerpo. Demasiada para poder controlarla. Su mano sale disparada hacia delante, estrellando la silla en la que estaba sentado contra la mesa de cristal del comedor. Sólo la suerte hace que me ponga en pie antes de que todo se haga añicos, los cristales salgan volando por los aires y las tortitas a medio comer se ven apuñalados por dichos fragmentos al acercarse a un descenso imprevisto.

—No soy responsable de tus decisiones —le digo con toda la calma que puedo. Con toda la claridad que puedo.

—¡Pero sí eres responsable de hacerme daño! —Hay tanta realidad en sus palabras. Tanta vulnerabilidad. Se pasa las manos por la cara, puede que intentando borrar la frustración—. Necesitaba algo con lo que ahogar el dolor. Trabajar en el Shackleton me traía demasiados recuerdos tuyos. No podía seguir allí, así que al final opté por trabajar con mi padre. No era la peor opción que tenía sobre la mesa en ese momento, pero si te hubieras quedado...

No soy la mala de esta historia y lo sé. Pero, entonces, ¿por qué siento que debería sentirlo? ¿Por qué ahora, con él mirándome como lo hace, pongo en duda el modo en que me fui?

Ace da otro paso adelante, lo que me lleva a mí a retroceder. No sirve de nada, estoy entre la espada y la pared. No tengo adónde ir. Ningún lugar al que correr, atrapada bajo la intensidad de su mirada.

—Prometí que no volvería a besarte —susurra.

—Y no deberías. Estás prometido.

—Ese compromiso no significa nada.

—Quizás no para ti, pero para mí...

No consigo terminar la frase. Los labios de Ace sobre los míos me roban el resto de las palabras. Lo empujo, luchando contra mi moral que suplica que la deje a un lado.

—Ace... no...

—Ambos sabemos que quedan cosas sin resolver entre nosotros. Ambos sabemos que nunca hemos superado lo nuestro. Nuestra relación no tenía ningún pero.

—Me mentiste...

—Te mentí para evitar que me odiaras por defecto. Mentí porque te quería demasiado como para romperte el corazón con la verdad. Mentí porque necesitaba ser alguien diferente. Mentí porque necesitaba que me quisieras.

Se dobla de nuevo hacia delante, atrapando mi labio inferior entre sus dientes.

—Bésame, Kailyn.

Me suelta el labio, pero no se aparta. Su aliento baila con el mío y me cuesta no cerrar el espacio que nos separa, apretar mis labios contra los suyos y confiar en que de verdad es el mismo hombre de hace tantos años. Que arreglará todas las piezas rotas con las que cargo por dentro.

Mi resistencia es mansa y patética cuando me desabrocha los vaqueros y cuela la mano en mis bragas. Gime con dureza cuando se da cuenta de lo mojada que estoy, y me siento impotente cuando me estimula con frenesí. Sus dedos conocen bien el terreno y rápidamente atrapan mi clítoris con una serie de movimientos circulares.

Gimo contra él, dándole la bienvenida a su boca cuando cubre la mía, dejando que su lengua explore, gire y juegue a sus anchas.

La presión se acumula en mi vientre cuando me acaricia el clítoris con más fuerza y se desliza entre mis pliegues, follándome con los dedos hasta volverme loca.

—Ace, para...

—Es demasiado tarde —susurra, añadiendo un tercer dedo.

Me quedo sin aliento, jadeando y gimiendo al borde del abismo mientras me besa. El orgasmo me estremece el alma y me deshago en sus brazos, aferrándome a él como si de ello dependiera mi vida. Se deleita con mi clímax, acariciándome el sexo y exprimiendo hasta la última gota de mi éxtasis mientras yo me estremezco y mi orgasmo sale despedido como un sol que explota.

A esto le sigue el silencio, con sólo nuestras respiraciones desiguales ocupando el espacio de mi conciencia. Ya no sé dónde estoy, pero sé que no quiero que esto pare. Le he echado mucho de menos.

Ningún otro hombre me había hecho sentir así antes.

A decir verdad, no ha habido ningún hombre desde Ace. Fue el último en mi vida y en mi cama.

Ace se toma su tiempo para olisquearme el pelo, respirarme, y sé que podríamos ir más lejos. Pero cuando la perspectiva de un futuro entre los Bernardi vuelve a ocupar el primer plano de mi

existencia, encuentro la fuerza que necesito para apartarlo y salir de mi vulnerable posición.

—Basta —digo, con la cara acalorada.

Sin embargo, apenas puedo usar las manos mientras me arreglo los vaqueros y me pongo la camisa en su sitio. Ace se apoya en la nevera y me observa divertido.

—¿Siempre te corrías tan fácilmente? —dice, con la voz baja y cargada de brasas ardientes.

—Estás prometido con la hija de otro jefe de la mafia. El mismo mafioso que intenta hacerme daño. ¿No te das cuenta de la locura que es todo esto? —respondo, tratando de reunir la suficiente indignación para desviar nuestra atención de lo que acaba de ocurrir entre nosotros. Me dirijo a la cocina, cojo un recogedor y una escoba y empiezo a limpiar el desastre que ha provocado al partir la mesa del comedor.

—Nada de eso importa —dice Ace—. Puede que seas capaz de mentirme, de fingir que tienes una moral superior, pero tu cuerpo ya te ha traicionado, Kailyn.

Intento ignorarlo. Resulta que ni barrer los cristales ni tirarlos a la papelera es suficiente para dejar de hacerle caso.

—¿Qué se siente al tener que mentirte a ti mismo día tras día? —añade.

—No importa que esté celosa —escupo—. Lo que importa es...

Me coge la mano, me quita la escoba y la empuja hacia un rincón.

—O sea que lo admites.

—¿No tenemos otras cosas de las que ocuparnos hoy? ¿Cosas que se supone que me sacarán del marrón con Caruso en la que fui tan tonta como para meterme?

—Guau, una doble admisión. Primero, que estás celosa. y segundo, que fuiste una tonta. No habrá una tercera, ¿verdad?

—¿Hincharía tu ego que admitiera que necesito tu ayuda?

—Y ahí está, la tercera. Necesitas ayuda.

Le dirijo una mirada larga y dura, esperando que deje esa chulería y vuelva a ser el exnovio melancólico pero servicial y resentido. No puedo pensar en lo que siento por él ahora ni en ningún momento de hoy cuando tengo un hijo al que proteger y una vida a la que volver.

Ace se aclara la garganta y asiente con sutileza.

—Vale, vale —dice—. Ya retomaremos esta conversación más tarde.

—No vamos a retomar nada más tarde.

—Tú sigue diciéndote eso —responde, y comprueba su teléfono—. Pero sí, tienes razón. Tenemos trabajo por hacer y el día ya ha empezado. Nadie sabe que Tommy y tú estáis aquí, así que no debemos llamar la atención. Pero vamos a sacarte de este lío, Kailyn. Te he hecho una promesa y pienso cumplirla.

Nos miramos durante un rato, tal vez un minuto. Quedan muchas palabras sin decir entre nosotros, anhelos abandonados a la implacable decadencia del tiempo, recuerdos empapados de amargura y de mucho amor.

Lo tuvimos todo durante un tiempo, pero la ignorancia no fue suficiente para mantenerme a

su lado. Debería haberme dicho la verdad, y yo debería al menos haberle plantado cara antes de huir. Ahora estamos rotos, y puede que sea irreparable. Pero a nuestro hijo aún le queda toda la vida por delante.

Se merece más de nosotros dos.

DOCE

KAILYN - TRES AÑOS ANTES

Se me empieza a notar la barriguita, pero aún puedo disimularlo con ponerme camisas más grandes para el bar. Echo de menos el Shackleton, pero Ed tuvo la amabilidad de enviarme un correo electrónico con su carta de recomendación. También prometió no decirle a nadie que me había puesto en contacto con él. Nunca podré agradecérselo lo suficiente, a pesar de que lo dejé tan abruptamente y básicamente dejé que Ace solo a cargo de la barra.

Hay días en los que siento la tentación de llamarle hasta que recuerdo quién es en realidad y lo terribles de sus mentiras. Es el hijo del hombre que ordenó el asesinato de mi padre y en ningún momento se le ocurrió mencionarlo.

¿Me habría quedado si me lo hubiera contado? Me hago esa pregunta más a menudo de lo que quisiera, pero sin dar nunca con una respuesta sincera. De todos modos, eso ya no importa. Tomé una decisión y ahora... tengo que vivir con sus consecuencias.

También echo de menos ir a clase. North Central era mi sueño y, como tantas otras cosas, también me lo han arrebatado. No importa. No me he derrumbado del todo. En lugar de tirar la toalla y darlo todo por perdido, me he matriculado en la universidad pública al final de la calle. Asisto a clase por la mañana durante la semana, mientras que las tardes y los fines de semana me los reparto entre tres bares diferentes.

Estoy ganando una cantidad constante de dinero, pero sigo sin poder ahorrar nada para comprarme una casa propia. Y mi madre también necesita dinero para mantener esta casa, por lo que mi estancia aquí también resulta beneficioso para ella. ¿Pero por cuánto tiempo será así? No hay forma de saberlo. El embarazo empieza a pasarme factura. Estoy cansada más a menudo, más lenta que antes, e incluso olvidadiza.

Hay muchas cosas sobre el embarazo que sólo aprendes cuando ya tienes el bollo cociéndose en el horno. Como la cantidad de deudas que acumularé antes de que dar siquiera a luz a este bebé. Las revisiones, el parto, las citas con el pediatra...

Me encuentro en la cocina a primera hora de la mañana, revolviendo unos huevos y unos trozos de beicon en una vieja sartén. El olor me llena los pulmones y me activa las papilas gustativas. No ignoro que he frito casi un paquete de beicon. Los antojos pueden ser divertidos a veces. La otra noche, volví del del curro y me zambullí de lleno en un tarro de mermelada de

frambuesa y otro de pepinillos en vinagre. Mamá había salido con un tío, así que me deleité en acabar con ambos frascos sin el menor remordimiento. Así que sí, tomarme los huevos y el beicon que normalmente me comería en un año entero me parece bastante normal en comparación.

Estoy sumida en mis pensamientos, preguntándome si debería subir a despertar a mi madre. Volvió a casa tarde, pasada la medianoche, así que no estoy segura de cómo se encuentra. Puede soltar comentarios de lo más hirientes cuando está sobria, así que quizá debería seguir a lo mío, prepararme el desayuno, dejarle algo para ella y largarme antes de que baje a decirme lo gorda que me está poniendo este bebé.

Perder a papá afectó como nada a la todopoderosa Geena Marx-Johnson. Los pocos amigos de la familia que nos quedan apenas la reconocen. La mayoría ya ni se pasa de visita. No los culpo, pero eso no impide que me sienta mal por mamá. No siempre fue de este modo.

La puerta de la cocina se abre de golpe y me sobresalto. Me doy la vuelta, ya mentalmente preparada para lidiar con una arpía gruñona, pero mi miedo aumenta rápidamente al no reconocer al hombre que se dirige directamente a la cafetera. Va semidesnudo, pavoneándose en sus pantalones caquis y sin ninguna camiseta. El tiempo no ha sido benévolo con él, igual que tampoco lo fue el tatuador le cubrió la mayor parte del pecho y los brazos en prisión. Lleva el pelo castaño claro corto, pero no lo suficiente como para ocultar las entradas. Sus ojos azules centellean con una especie de... hambre repugnante cuando me mira.

—Tú debes de ser Kailyn —dice.

—¿Y tú eres?

—Shane. El novio principal de tu madre, y el único, a decir verdad. Lo oficializamos anoche.

Se me hunde el estómago.

—¿Que lo oficializasteis?

—¡Eh, Geena! —grita, mirando más allá de la puerta de la cocina—. ¡Baja y enséñale a tu chica lo que te compré, nena! —Me mira, tomándose un momento para medirme de pies a cabeza—. No te pareces mucho a tu madre, pero eso es algo bueno. Odiaría tener que follarte por detrás todo el tiempo.

—¿Cómo has dicho? —suelto, casi dejando caer la sartén antes de poder pasar los huevos y el beicon a un plato grande.

Tengo toda la intención de cantarle las cuarenta, pero entonces llega mamá y lo último que montar un drama con el asqueroso de su novio. Ya es bastante malo que todavía me culpe por la muerte de mi padre. No puedo soportar nada más en este momento. Prometí que criaría mi bebé un entorno seguro y sano, por eso aún conservo las esperanzas de poder encontrar un lugar mejor para vivir cuando se termine mi baja por maternidad. Al menos uno de los bares con los que trabajo ha pensado en contratarme a tiempo completo, pero ninguno se ha comprometido aún por escrito.

—Buenos días a todos —dice mamá con una sonrisa de oreja a oreja. Tiene un aspecto

horrible: está mucho más delgada que antes y tiene unas ojeras persistentes. Tiene el pelo pajizo y revuelto y la piel más hinchada que de costumbre, probablemente porque anoche se pasó con la bebida. Su cuerpo le suplica que pare, pero me preocupa que no lo vaya a hacer hasta que la mate—. ¡Qué bien huele! —exclama, entusiasmándose al ver mis huevos con beicon—. ¡Espero que hayas hecho suficiente para tres!

—Pues no porque no sabía que tenías compañía, pero no pasa nada, ya me pillaré algo de camino a clases —respondo, intentando mantener un tono neutro y agradable.

—¡Mira eso, cariño, tenemos el desayuno servido! —le dice Mamá a su nuevo chico—. Por cierto, Kailyn, este es Shane. Va a vivir aquí a partir de ahora, así que tienes que mudarte al ático.

Pero, ¿qué mierda propia de la de la madrastra malvada de Cenicienta está pasando aquí?

—¿Me tomas el pelo? —consigo decir, notando la garganta seca ahora qye las náuseas amenazan con quitarme el apetito por completo. Estaba contemplando la idea de comerme un bocadillo de albóndigas en el restaurante que hay junto al centro comunitario, pero algo me dice que no podré tragar nada después de esta conversación—. ¿El ático?

—Sí, donde tenía tu padre montado el gimnasio —dice—. Shane trasladará hoy la cama ahí arriba. Necesita tu cuarto para instalar su equipo de hacer ejercicio.

La miro a ella y luego a Shane, asqueada al instante por la sonrisa victoriosa que ahora le resquebraja la cara.

—¿Por qué no puede quedarse Shane con el ático, entonces? Las cosas de gimnasia de papá aún están ahí arriba y podría usarlas.

—No, necesito que estén cerca del dormitorio. Me pongo cachondo después de mis entrenamientos y quiero poder llegar a tiempo hasta tu madre —responde este.

Lanzo a mi madre otra mirada de incredulidad.

—¿Esto va en serio?

—No tendrás que mover nada tú sola, Shane sabe que estás en estado —dice.

—Trasladaré tus cosas hoy. Para cuando vuelvas del trabajo esta noche, lo tendrás todo listo y esperándote en el ático. Incluso moveré la cómoda y volveré a poner tus bragas en sus cajones correspondientes, te lo prometo —añade él con una risita soez.

Creo que voy a vomitar. No es que pueda protestar mucho ahora. No con él salivando encima de mí mientras mi madre se aferra a cada cosa que sale por su boca como si fuera a dejar de respirar si él la deja. Y entonces la veo, la pulsera de perlas en su muñeca huesuda. Parece vintage y cara, no es la clase de joya que ni ella ni un exconvicto como Shane pueden permitirse.

Mamá sigue mi mirada y sonríe.

—¿Te gusta? Shane me la ha regalado.

—¿De dónde la has sacado? —le pregunto.

—Es una reliquia familiar.

Es una mentira descarada, pero, como he dicho ... no puedo enfrentarme a él. No voy a hacerlo. No. Necesito quedarme aquí hasta que nazca el bebé. La mudanza de Shane tiene su parte positiva. Es un hombre adulto, lo que significa que debería la palabra facturas deberían formar parte de su vocabulario. Luz, comida, la adicción de mi madre... cubrir los gastos ya no dependerá sólo de mí.

—Es bonita —digo, metiendo ya el móvil y la cartera en el bolso, junto con un par de blocs de notas y uno de mis libros de texto. Los ojos de mamá siguen la cartera como un halcón a su presa—. Me voy a clase, entonces. Disfrutad del desayuno, nos vemos luego.

—Tengo que pagar hoy la factura de internet. Está atrasada —dice mamá.

Me la quedo mirando durante un acalorado segundo, notando la repugnante sonrisa de Shane a su lado. Evito por completo el contacto visual cuando saco la cartera del bolso y le doy a mamá unos cuantos billetes para cubrir los gastos. Me hace un leve gesto con la cabeza.

—Súmale unos veinte más, cariño, mamá necesita cigarrillos —dice.

La sonrisa de Shane se ensancha mientras procede a llenarse el plato con más de la mitad de lo que cociné. Algo me dice que este tío es una sanguijuela de cuidado. Mis esperanzas iniciales de que me quitara de encima parte de la carga se convierten en cenizas cuando me doy cuenta de que... a partir de ahora la cosa sólo va a ir a peor.

Como cada vez que siento que el estrés del mundo es demasiado para poder enfrentarme a él yo sola, me vienen a la mente imágenes de Ace. De lo fáciles que solían ser las cosas cuando éramos sólo él y yo contra el mundo. De lo mucho que me arruinó la vida al mentirme. A veces me pregunto si huir fue en realidad la decisión correcta, pero entonces mi mano va a parar a mi vientre y sé que no tenía otra opción. La pobreza es mucho mejor que el peligro y eso es todo lo que la mafia trae consigo... peligro.

Añado un billete de 20 dólares al pequeño montón que ya descansa en la mano de mi madre. Papá habría buscado un tercer trabajo y hasta un cuarto antes de aceptar dinero de su propia hija. Pero papá ya no está aquí.

—Tengo que pagar algunas facturas la semana que viene —añado de camino a la puerta—. Quizá podrías coger un turno extra en la cafetería mientras tanto si necesitas más dinero.

—O quizá podrías gastar menos en esas vitaminas prenatales. ¡No sirven para nada,! —grita desde la cocina—. ¡Yo no necesité ninguna vitamina cuando te llevaba en mi vientre, zorrita desagradecida!

—Sí, esos médicos te harán comprar todo tipo de chorradas para de sus amigotes se llenen los bolsillos de más dinero. ¡Los farmacéuticos son todos unos cabrones! —Oigo comentar a Shane.

Pongo los ojos en blanco al salir.

Se avecinan tiempos difíciles y, a juzgar por la dinámica que ya he observado entre ella y este tío, la cosa solo va a empeorar. Tengo que empezar a esconderle el dinero a mi madre. Jamás me imaginé que me vería obligada a hacer semejante cosa. Jamás. Maldita sea esta vida

y la mierda de cartas que me han tocado. Malditos sean los Bernardis por lo que le hicieron a mi familia. Papá puede estar muerto y enterrado, pero yo sigo pagando esa factura...

TRECE

ACLAN

Es difícil concentrarse estando tan cerca de ella.

Pero no tengo elección. Con todo lo que está pasando, tengo que ser capaz de resolver su situación lo más rápido y sin problemas posible. Y tengo que hacerlo sin que mi padre se entere de lo que está pasando. No sabe nada de Kailyn y no puede enterarse nunca.

Voy a reconocerle a Isolde el mérito que se merece, ha mantenido la boca cerrada durante tres años, y seguirá haciéndolo. También hay que ocuparse de lo de Russo, y luego está mi compromiso con Ava; no creo que vaya a funcionar, pero aún no he encontrado el argumento adecuado para convencer a papá. Sigue pensando que casarme con ella es la única forma de consolidar una paz duradera entre nuestras familias y de mantener a los federales alejados de nosotros para siempre.

Volvemos al complejo de apartamentos de Kailyn en Melrose Park. No puedo decir que sea fan de la zona, ya que en su mayor parte linda con un terreno de Caruso, pero parece limpia y bastante decente. Supongo que esa es en parte la razón por la que eligió vivir aquí: está en la otra punta de la ciudad del Shackleton y los lugares que frecuentan los Bernardi. El edificio tiene cuatro plantas, una terraza en la azotea, con unas plantas que desbordan por todas partes y arbustos descuidados que no reciben muchos cuidados. Mi chófer aparca más adelante, por precaución, mientras yo sigo a Kailyn al interior del edificio.

Vive en el primer piso, al final del pasillo oscuro, estrecho y con olor a moho. Mis oídos captan todos y cada uno de los sonidos y las voces apagadas de los distintos pisos: una televisión aquí, una pareja discutiendo allá, una batidora en la puerta de al lado. Y entonces se hace el silencio cuando llegamos a su puerta y ella se saca las llaves del bolso.

—Estoy deseando quitarme esta ropa —murmura.

—No hay tiempo para eso. Coge lo que necesites y ya te cambiarás en casa —respondo sin dejar de inspeccionarlo todo. No quiero ser paranoico, pero no puedo sacudirme esa sensación de que nos vigilan—. Acordamos que tardarías un minuto.

—Tienes razón —acepta.

Justo cuando está a punto de meter la llave en la cerradura superior, se abre la puerta del vecino y aparece un tío alto y larguirucho con el pelo rubio desgreñado y los ojos inyectados en

sangre. En cuanto ve a Kailyn, se le ilumina la cara como si el mismísimo Dios acabara de aparecer en la puerta.

—¡Kay, cielo! ¿Dónde diablos has estado? He estado muy preocupado.

Está a punto de acercarse y abrazarla, pero levanto el brazo para separarlos.

—¿Quién coño eres? —exijo saber, ya tenso y preparado para los problemas que puedan echársenos encima.

Echársenos. Ahí voy, pensando por dos otra vez. No hace ni un día desde que ha vuelto, y yo ya estoy programado para funcionar como la mitad de un todo una vez maravilloso.

—Ace, no, no pasa nada —interviene Kailyn, aunque no hace ademán de abrazarle. Aunque sí se muestra particularmente afectuosa y receptiva a sus muestras de afecto—. Perdóname, Danny, de verdad, pero han surgido algunas cosas y he tenido que ausentarme un tiempo.

—¿Estás bien? —pregunta, mirándome de reojo con desconfianza.

Podría darle un puñetazo. No me gusta cómo la mira. Y pensar que antes me burlé de ella por sus celos hacia Ava. La sartén y el cazo hacen una buena pareja.

—Está bien —le respondo yo.

—Y Tommy también. Estamos a salvo, es todo lo que puedo decirte ahora mismo —añade Kailyn—. Perdóname de nuevo, Danny, no quería asustarte ni nada.

—Así que tú eres Danny, el vecino de confianza.

Éste me mira, pero su expresión no me dice gran cosa. No me gusta la gente cuyas intenciones no puedo leer de inmediato. Son sospechosas. Él parece sospechoso. O puede que solo esté completamente colocado, a juzgar por el hedor a hierba que sale de su apartamento.

—Soy Danny, sí. Y soy amigo íntimo de Kailyn. ¿Quién eres tú?

—Nadie de quien tengas que preocuparte —respondo tajante—. Que tengas un buen día.

—Espera, espera. —Kailyn me empuja cuando intento quitarle las llaves de la mano—. Danny, ¿cómo has estado? ¿Te va todo bien?

Exhala bruscamente y se le hunden los hombros caídos con lo que sólo puedo suponer que es decepción consigo mismo.

—Cabreé a mi corredor de apuestas el otro día, así que ahora tengo que coger un turno extra en la fábrica la semana que viene, pero aparte de eso... sigo tan en la mierda como cuando te fuiste. Oye, ¿puedo cuidar de Tommy un día de estos? Ese dinero extra me vendría estupendo.

—Siento oír eso —responde Kailyn, realmente preocupada por su bienestar. Eso sólo me irrita más, pero no voy a involucrarme a menos que lo considere una amenaza. Por ahora, no es más que un jugador de apuesta necesitado con una adicción a la marihuana. No es la clase de persona que querría cerca de mi hijo—. Tommy tiene ya una niñera por ahora... Me gustaría poder ayudar, pero como sabes, yo también ando corta de efectivo, de lo contrario te ayudaría con gusto. Tú me has sacado de muchos apuros antes...

—No te preocupes por nada, cielo, para eso están los amigos. A veces podemos ayudar, y a veces sólo podemos ofrecer una palabra de consuelo. —Danny suspira y una sonrisa triste tira de

sus labios escamosos—. Hablando de eso... Se ha estado pasando por aquí mucho ese tío. El grandullón con el tatuaje de la lágrima en la mejilla.

Kailyn me lanza una mirada aterrorizada.

—Eddie.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —le pregunto a Danny.

Se rasca la nuca, tratando de hacer memoria.

—Anoche... cuando volvía de hacer la compra me encontré con él en las escaleras. Parecía enfadado.

Sí, eso seguro.

—Venga, vamos dentro —le indico a Kailyn. Esta vez, no se resiste.

—Kay, ¿seguro que estás bien? —insiste Danny mientras abre la puerta de su piso.

—Estoy bien, de verdad. Ya no tienes que preocuparte por mí —le asegura.

Le dirijo otra mirada, que es suficiente para que lo deje estar.

—Vale, bueno... estoy aquí si me necesitas, cielo. Recuerda que estoy sólo a una llamada de distancia.

—Tomo nota —replico yo.

Me hace un tímido gesto con la cabeza y desaparece dentro de su apartamento, mientras que yo vuelvo a centrarme en Kailyn. Ella abre la puerta y enciende las luces del pasillo. En cuanto entramos, noto que hay algo raro flotando en el aire, algo oscuro y traicionero. Aunque a primera vista no se ve nada sospechoso. El piso parece limpio y acogedor, con papel pintado de color beige y alfombras desparejadas en tonos grises y azules.

—Aquí estamos —dice Kailyn—. Esta es mi humilde morada.

—No está mal.

Pasamos al salón y ahí es donde encuentro la fuente de mi malestar, sentado en el sofá con las piernas cruzadas, zapatillas lacadas y el tipo de sonrisa burlona que me eriza la piel.

Kailyn suelta un grito al verlo. Eddie García. Ha estado esperándola. Cuando Danny lo vio, no llegó a abandonar el edificio. Mierda, cambio de planes. Voy a tener que usar la fuerza y, de alguna manera, voy a tener que encontrar la manera de evitar que todo este lío llegue a oídos de mi padre. No descarto liquidar a Eddie en este momento.

—Deberíais ver lo bonito que está esto con el cielo despejado. Toda esa luz rosa entra por estas ventanas. —Se ríe Eddie mientras nos mira, pero en cuanto sus ojos encuentran con los míos, noto un atisbo de reconocimiento y su sonrisa se desvanece. Casi puedo ver las gotas de sudor brotando de su frente. Ahora sabe a quién se enfrenta y le preocupa—. Ace Bernardi... Desde luego, no esperaba verte hoy por aquí... Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

Kailyn está petrificada, incapaz de moverse. Pero no pasa nada, para eso estoy yo aquí.

—Tus asuntos con Kailyn se han terminado —Me saco un sobre abultado del bolsillo de la chaqueta y se lo arrojo. Lo coge con ambas manos, pero no me quita la vista de encima—. Es todo el dinero que te debe, más intereses y una bonificación por tu consideración. Sé que te dejó

tirado, pero no sabía qué más hacer. Yo sí.

—¿Desde cuándo te relacionas con los Bernardi, corazón? —le pregunta a Kailyn, pero alcanzo a oír el temblor en su voz. Intenta salvar su reputación sin ponerme a mí en su cotntra. Supongo que ya se ha corrido la voz de que seré el próximo padre de los Bernardi—. Creía que te habías mantenido alejado de ellos.

—Con quién se relacione ya no es asunto tuyo, Eddie —interrumpí—. Coge tu dinero y vete. Olvídate de que existe. Olvida su número. Olvida esta dirección. De lo contrario, tú y yo mantendremos una conversación diferente y mucho menos agradable la próxima vez que nos veamos.

Eddie se levanta del sofá con cuidado de guardar el dinero en el bolsillo trasero de sus vaqueros holgados y se pone la camiseta de hockey para tapar el bulto. Me dedica una leve sonrisa, probablemente envalentonado por su relación con los Caruso. Tendré que jugar mis cartas con cautela si quiero mantenerlo alejado de Kailyn en el futuro. Sé que David Caruso tiene planes para ella, de lo contrario no habría enviado a Eddie a cobrar antes de tiempo y a hacerle la vida aún más miserable.

—Gracias por el pago —dice—. Eso resuelve este asunto.

—Bien —respondo.

—Pero al jefe no le va a gustar.

—No es mi puto problema.

Kailyn me mira con los ojos muy abiertos, pero yo no pierdo de vista a Eddie, que rodea tranquilamente la mesita y se acerca a nosotros. Ya tengo los músculos tensos y cargados, y las manos se me cierran lentamente en puños.

—Te has entrometido, Ace. Es una falta de respeto y no estará contento —continúa Eddie, captando la tensión. Se da cuenta de que quiero proceder con discreción. Lo admito, no es tan tonto como parece. Pero tengo que mantenerme firme y asegurarme de que Kailyn esté a salvo —. En especial dado que estás a punto de casarte con su hija. ¿Qué va a decir cuando se entere de que has pagado la fianza de esta señorita, eh?

—Oh, no, no hay nada entre Ace y yo... —intenta decir Kailyn pero mi puño ya ha salido de paseo.

Le asesto a Eddie un puñetazo en la mandíbula con fuerza suficiente para lanzarlo hacia atrás. La cabeza se le balancea con el efecto de un latigazo. Cae de espaldas con un fuerte golpe y grita de dolor. Casi al instante, la mandíbula se le pone roja. La sangre le gotea por la comisura de los labios. Oí el crujido. Tiene que tener al menos un diente roto.

—Hijo de... —se detiene antes de meter a mi madre en la conversación.

Todo hombre que se precie en esta ciudad sabe que no debe cruzar esa línea. Él mismo lo aprendió por las malas hace años, cuando se cruzó con mi hermano Fred y casi paga con su vida tal transgresión. Se sacude el polvo al ponerse en pie, asegurándose de que el sobre sigue en su bolsillo trasero.

—Como he dicho, olvida que Kailyn existe, y no terminaré lo que Fred empezó —respondo.

Eddie resopla y se marcha. En cuanto la puerta se cierra tras él, el aire se diluye y siento que puedo volver a respirar. Esto llegará a oídos de mi padre, y necesitaré una buena historia para cubrir mi conexión con Kailyn. Lo menos que puedo hacer es protegerla hasta que dé con la forma de conservarlos a ella y a Tommy en mi vida sin provocar una guerra total con los Caruso.

Kailyn deja escapar un pesado suspiro y se vuelve hacia mí, con la furia ardiendo al rojo vivo en sus ojos color avellana.

—¡¿Has perdido la puta cabeza?!

—No volverá a acercarse a ti, créeme.

—Ya has oído lo que ha dicho. Se lo va a contar a Caruso.

Doy un paso adelante, acortando la distancia que nos separa tan rápidamente que no tiene espacio ni tiempo para alejarse de mí.

—Y también has oído lo que yo he dicho, ¿verdad? —pregunto.

—Sí... —Su voz es apenas un susurro.

—Entonces, ¿qué más hay que discutir?

Kailyn frunce el ceño.

—Es demasiado dinero, Ace. No puedo dejar que te hagas cargo de esta deuda. No me siento cómoda debiéndote dinero.

—Piensa en ello como la manutención por los tres primeros años de vida de Tommy —respondo—. Dicho esto, este lugar sigue sin ser seguro todavía. Eddie no ha terminado contigo. Intentará algo más. Conozco a Caruso, no le gustará que yo haya intervenido. Aunque no podrá emprender ninguna acción contra mí, sin duda buscará una oportunidad para pagarlas contigo.

Contempla lo que la rodea con tristeza en los ojos.

—Me gusta este sitio, no quiero irme. Me va a costar encontrar otro piso.

—Te pagaré el alquiler de este mes —respondo—. Solo hasta que las cosas se calmen con los Caruso. Te dará un poco de espacio para respirar y tampoco refleja ninguna obligación sobre ti. Considéralo un regalo.

—Y mientras tanto, ¿esperas que Tommy y yo sigamos viviendo en tu casa? —Frunce la nariz cuando me mira—. Ace, esto es demasiado. No puedo aceptarlo.

—Tampoco es que tengas ni voz ni voto —respondo.

—¿Es así como operan los Bernardis? ¿Me plantáis un «hecho consumado» delante de la cara y ya está?

—No, así es como actúo *yo*, sobre todo ahora que sé exactamente con quién estoy tratando —digo, haciéndole un gesto apreciativo con la cabeza—. ¿Alguien te ha dicho que estás especialmente deslumbrante cuando te avergüenzas?

Kailyn sacude la cabeza, con la respiración agitada cuando me acerco más.

—Sabes que nada de esto está bien.

—Nunca nada lo está, y sin embargo perseveramos.

Le paso un mechón de pelo rubio por detrás de la oreja y rozo su piel cálida con los dedos. Se estremece bajo mi caricia, y sé que surto un efecto devastador en ella, muy parecido al que ella surte en mí.

—Ace, no podemos...

—Ni siquiera tú te crees las palabras que salen de tu boca.

Y ahí está, ese brillo de concesión en sus ojos color avellana cuando se encuentran con los míos. Es todo lo que necesito. Su rendición. La beso, despacio al principio, solo para saborearla, para reencontrarme con la dulzura de su boca. Mi lengua juguetea y baila con la de Kailyn. Ella me corresponde, ansiosa por profundizar el beso, con los labios muy abiertos para dejarme paso.

Su delicado gemido me enciende mientras le paso las manos por el pelo y la estrecho contra mí. Esta vez no la dejaré escapar y ella lo sabe.

No tardo en quitarle la camiseta, dejando al descubierto sus tetas, apretadas contra las copas del sujetador de encaje negro. Las tiene más grandes, cortesía de la maternidad, lo que hace que la sangre me hierva rápidamente. Jadea cuando el sujetador cae al suelo y sus pezones rosados y turgentes quedan al aire, pero yo me ocupo de cada uno de ellos, besándolos y chupándolos mientras ella arquea la espalda para darme más.

Nos acerco a la puerta del dormitorio, sin dejar de besar y acariciar cada centímetro de piel desnuda y nacarada que he dejado al descubierto hasta ahora. El embarazo ha añadido un poco de redondez a sus curvas, pero solo sirve para que todo su cuerpo resulte aún más delicioso.

—Joder, te he echado de menos —gruño mientras la empujo hacia atrás y aterriza en la cama.

—Ace...

—Espera, deja que me explique —le digo y le arranco los vaqueros junto con sus bragas desparejadas. Solía combinar su ropa interior siempre que estábamos juntos, muy consciente de que echaríamos un polvo entre las sábanas o en la trastienda del Shackleton. Era uno de los pequeños detalles que más me gustaban de ella, ese cuidado que ponía en deleitarme. Kailyn se relaja cuando le abro las piernas, pero eso enseguida deja de ser así cuando empiezo a devorar su sexo extraordinariamente húmedo.

—Es tan perfecto como lo recordaba —le digo.

Nos miramos un instante, justo cuando paso la lengua entre sus pliegues calientes y resbaladizos. Ella gime con agonía y éxtasis a partes iguales mientras yo me pongo manos a la obra, lamiendo, besando y chupando, alimentando su fuego conforme la siento acercarse al borde del precipicio. Estoy tan empalmado que podría explotar, pero no sin antes hacerla volar por los aires. Esta es mi mujer, mía y solo mía, y ahora que la he recuperado, no tengo ninguna intención de volver a perderla, aunque eso signifique tener que mentir una y otra vez para mantenerla a ella y a nuestro hijo cerca.

—Oh, Ace...

—No voy a parar hasta que los dos estemos saciados —respondo.

La follo con los dedos a un ritmo cada vez más rápido y le succiono el clítoris cada vez más

fuerte, sintiendo cómo se hincha en mi boca. El calor se acrecienta a medida que el sol se cuela por la ventana, tiñéndola de un resplandor dorado cuando los rayos se mezclan con los suaves tonos rubios de su pelo. Dios, está estupenda ahí desnuda y tumbada en la cama, toda mía. Toda mía.

Siento cómo se contrae en torno a mis dedos cuando la penetro más hondo, estirándola y preparándola para una erección absolutamente monstruosa. Siempre he estado por encima de la media, pero Kailyn tiene algo que me lleva a alcanzar mi punto álgido cada puñetera vez.

—Justo ahí —se las arregla para decir cuando mis dedos se enroscan dentro de ella—. Justo así.

No tiene que decírmelo dos veces. Insisto con la acción hasta que sus músculos me aprietan los dedos.

—Déjate ir, nena, te tengo —le digo. Ella se deshace em pedazos mientras yo la lamo hasta la pura locura—. Eso es, sí...

La siento.

La siento en formas que casi me había obligado a olvidar a lo largo de los años. Me alegro de no haberlo conseguido. ¿Por qué querría vivir sin esta sensación de recibir su entrega completa?

En el pasado, tenía la idea de casarme con ella, hacerla mi mujer y mantenerla a salvo y feliz durante el resto de nuestras complicadas vidas.

—Ace —dice, extendiendo las manos hacia mí.

No puedo evitar sonreír cuando me subo encima de ella. Levanta las rodillas y me rodea la cintura con las piernas mientras me deslizo dentro de ella. Es como un paraíso de terciopelo, húmedo y salvaje, y es todo para mí cuando se estira alrededor de mi polla.

—No deberías haberme dejado como lo hiciste, Kay. Estaba como un pez fuera del agua. Me moría sin ti.

Gime cuando me hundo más dentro de ella y la cama gime bajo la presión. El viejo armazón de madera no está en absoluto acostumbrado a la paliza salvaje que estoy deseando propinarle.

Tiro de su pelo y la obligo a echar la cabeza hacia atrás mientras reparto besos húmedos por el lateral de su cuello. Le muerdo el hombro y me hundo aún más, embriagado por su aliento, su aroma a azahar y sus temblores de excitación. Dejo una mano en su pelo y le chupo cada pezón con fuerza hasta que la delicada piel se le enrojece, mientras mi otra mano se desliza entre los dos para acariciarle el clítoris.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la sentí llegar al orgasmo conmigo follándola en profundidad.

Kailyn se contrae con fuerza, a punto de venirse abajo. Yo también estoy a punto. Siento que la presión aumenta hasta el punto de causar dolor, pero no quiero precipitarnos. Quiero estar dentro de ella todo el tiempo que pueda, todo el tiempo que me deje. El miedo a perderla me apremia y me abalanzo sobre ella, que tiene el sexo sensible y palpitante cuando se corre de nuevo. Las ondas me lanzan por la borda y cada pulsación desata nuevas fuerzas dentro de mí.

—Kay... —grito mientras la lleno hasta el límite y mi semilla sale disparada.

El orgasmo me parece que dura para siempre. Una especie de éxtasis eterno a medida que me derrumbo sobre ella, mientras lamo el sudor de sus labios y sus sienes y la siento retorcerse debajo de mí... eso es. Mi cielo ha vuelto a mí. ¿Pero por cuánto tiempo?

Me sacudo ese pensamiento.

Por ahora disfrutaré de lo que me ha dado.

CATORCE

KAILYN

Hacer el amor con Ace...

Hacer el amor con Aclan ha desterrado muchos recuerdos que me había esforzado por enterrar en un intento desesperado por olvidarle, pero me he dado cuenta de que nunca he dejado de echarle de menos. Llevo noches y días sintiendo un vacío en el corazón y en el cuerpo. Es increíble lo mucho que pueden recordar los átomos que me componen. Cada roce, cada beso, cada caricia... todo me remite a esa sensación de dulce felicidad que ha estado ausente de mi vida.

Nada importa ahora mismo.

Ni los Caruso, ni los Bernardi, ni Eddie García ni mi pésima puntuación de crédito. Ni mi madre drogadicta ni su novio el camello de mala muerte, ni el hecho de que me haya sentido terriblemente sola sin Ace.

Tardo una eternidad en moverme y, aun así, apenas logro desplazarme un centímetro antes de que Ace vuelva a besarme. Llevamos así más de una hora. No estamos ni cerca de dar esto por terminado.

Todas estas emociones reprimidas, el anhelo, la rabia, la ausencia del otro, también han hecho mella en la carne. Sabe ligeramente a café y sirope de arce, a sueños olvidados y palabras no dichas. Le acaricio el labio inferior, trazando un leve contorno con la punta de la lengua, antes de que me suelte para que pueda bajar por su cuerpo.

—Echaba de menos tu apetito —dice con voz grave y mirada ardiente mientras me observa.

Succiono con suavidad, escucho el áspero patrón de su respiración y me deslizo más abajo, siguiendo la depresión central entre los músculos de sus abdominales y dibujando un círculo resbaladizo alrededor de su ombligo antes de meterme su enorme polla en la boca.

El sabor a líquido preseminal se asienta en mi lengua mientras él respira hondo.

—Y yo he echado de menos esto —le digo, sonriendo cuando me la meto entera, con la mandíbula casi desencajada para poder ofrecerle la experiencia completa que recuerdo que tanto le gustaba. Lo siento en el fondo de mi garganta mientras me mira con ojos encapuchados, con el fuego ardiendo en lo más profundo de esos estanques verdes y salvajes.

—Ninguna otra mujer puede hacerlo como tú —dice, estirando los labios en una sonrisa

perezosa.

Lo chupo con fuerza, lamiendo toda su longitud en un ciclo constante mientras uso una mano para masajearle los huevos. Siento cómo se hincha cada vena a medida que lo devoro, disfrutando de su anchura mientras pone a prueba mi reflejo nauseoso. Dios, esto es increíble, y los sonidos que salen de su garganta me dejan claro que lo estoy haciendo bien.

—Sube, te necesito —dice, y me doy cuenta de que está a punto de correrse, que es lo último que cualquiera de los dos quiere porque nos acercaría al final de... lo que sea que esté pasando entre nosotros.

Me subo encima de él, abriéndome de par en par para que me penetre. La combinación perfecta. Da tanto gusto como duele cuando está así, con mi clítoris apretado contra sus músculos inguinales duros como piedras, ejerciendo la presión ideal para que otra bola de relámpagos empiece a desplegarse en mi interior.

En cuestión de minutos, lo estoy cabalgando con fuerza, desesperada por todo lo que tiene para ofrecerme, mientras sus dedos se clavan en mis muslos y suben. Gruñe con dureza y clava los talones en el colchón, sujetándome con fuerza para que no me mueve mientras me folla como si no hubiera un mañana. Cada embestida me acerca más a la tan necesaria liberación, y me pellizco los pezones, estrujándome mis propios pechos mientras recibo sus embistes.

Me aprieto a su alrededor, y eso le lleva a intensificar su ritmo hasta que mi aliento se evapora. Me corro con fuerza y rapidez, estremeciéndome en sus garras mientras mis jugos fluyen hacia abajo, haciendo que este polvo resulte caliente y espontáneo, que el sonido de piel sobre piel y de la pura decadencia nos haga volver a nuestro yo más primitivo.

—Tócate hasta correrte —me ordena Ace. A continuación, arremete contra mí y me tumba boca arriba, dejándome la cabeza colgando sobre el borde de la cama.

Cuelo la mano entre los dos, ansiosa por terminar lo que empezó conmigo montándolo a él, acariciándome el clítoris con los dedos mientras me folla más hondo, más fuerte y más rápido.

—Ah, cariño, sí...

—Joder, qué preciosa estás conmigo dentro de ti...

Me siento preciosa. Me siento perfecta. Siento el hilo del que tira para acabar desintegrándome mientras me penetra salvajemente, rodeándome la garganta con una mano y haciendo que mi suministro de aire disminuya muy ligeramente. Me encanta su lado bruto, la forma en que me empuja a la sumisión, a suplicarle que abandone toda restricción hasta romperme en pedacitos diminutos que él pueda reconstruir más tarde.

Se deja llevar y me embiste con frenesí. Grito su nombre cuando llega al orgasmo, con la polla palpitándole como un faro en medio de un mar tempestuoso.

El sudor le gotea por las sienes y cae sobre mis labios. Lamo cada gota mientras me acaricio hasta un último orgasmo, una última explosión que culmina con un breve pero ardiente chorro.

PASA otra hora en la que reponemos fuerzas abrazados. Estamos agotados, pero conscientes de que probablemente esto sea sólo el principio de una cuesta arriba muy empinada. Nunca estamos lo bastante lejos de la implacable realidad de nuestros apellidos y nuestra herencia.

La culpa me envuelve como una mordaza. Ace parece darse cuenta de la tensión y me hace girar entre sus brazos. Su mirada se clava en la mía y un suspiro sale de sus labios.

—Voy a poner el compromiso en pausa hasta que pueda averiguar cómo detenerlo por completo —dice—. No te irás de mi lado pronto, Kailyn. Quítate eso de la cabeza.

—Que vayas resolviendo las cosas sobre la marcha es lo que nos ha llevado a este momento —le digo mientras me levanto. Necesito poner distancia física entre nosotros si quiero pensar con claridad—. Supongo que también te dijiste a ti mismo que encontrarías sobre la marcha la forma de decirme la verdad cuando nos conocimos. Cuando me diste un nombre falso y fingiste ser alguien que no eres.

Se sienta para observar mejor como recojo las bragas y el sujetador del suelo. Pasé muchas noches sola en este dormitorio, pensando en él mientras me tocaba, imaginando que era su mano la que me llevaba al orgasmo antes de romper a llorar. Ni siquiera podía satisfacer mi necesidad más física de él sin romper en ríos de lágrimas mientras luchaba por encontrar una nueva vida sin él.

—Creí que habías entendido por qué no podía decírtelo, por qué no me atrevía a decírtelo —dice—. Sabía lo que pensabas de los Bernardi y te quería más que a nada en este mundo, Kailyn. Lo hice lo mejor que pude... lo mejor que supe hacerlo en ese momento.

—Y rompiste mi confianza. Me mentiste, Aclan, y lo que acaba de pasar entre nosotros no va a servir para hacer borrón y cuenta nueva.

—Sé que no. Sé que necesitas mucho más para reconstruir cualquier tipo de confianza entre nosotros.

—Si es que se puede reconstruir —digo, dejando que tres años de tristeza y desdicha hablen en mi nombre. Ni siquiera puedo controlar esta parte de mí después de los años que me he pasado repitiéndome que Ace no es mejor que nadie de su familia. Me costó mucho trabajo incluso poner un pie fuera de casa sin mirar constantemente por encima del hombro, sin llevar todo un nudo de dolor en la boca del estómago—. ¿Tienes idea de lo dura que ha sido mi vida? ¿De cuánto daño me hicieron tus mentiras?

Sacude la cabeza despacio y finalmente se viste mientras yo me abrocho los vaqueros.

—Sólo puedo imaginarlo, y no sé qué hacer para arreglarlo.

—No hay nada que puedas hacer. —Quizá sea mentira, pero estoy demasiado enfadada para pensar en ello. Hay tantas cosas que nunca llegué a decirle porque hui. Sí, estuvo mal, pero no borra ninguna de sus propias transgresiones—. Ace, no puedo confiar en ti.

—Acabo de salvarte el culo —suelta mientras vuelve a ponerse la camisa gris claro—. No puedes decirme que no puedes confiar en mí mientras te mantengo a ti y a nuestro hijo a salvo de los marrones que tú misma te has buscado.

—Eso no es justo —respondo, sintiendo que la sangre me sube a los oídos—. ¿Cómo te atreves? No tienes ni idea de lo putas que lo hemos pasado Tommy y yo...

—No tenía por qué ser así. Fuiste tú la que te fuiste, Kailyn.

—¡Me diste una buena razón para marcharme!

El silencio que sigue es imposible de destruir. Permanece entre nosotros como un bloque de hielo negro, inmóvil e inflexible mientras nos ponemos el resto de la ropa.

Una vez más, estamos separados; nuestros cuerpos aún resuenan de deseo y felicidad mientras nuestros corazones sangran. Ya no puedo ni mirarle, y sé que debería ser más suave con él, pero su ego se interpone en el peor momento. No puedo culparle, y él tampoco debería culparme a mí.

—Vamos a empaquetar algunas cosas para ti y el niño —dice al cabo de un rato, intentando que nos centremos en la tarea que tenemos entre manos. Tiene razón sobre Caruso y su mascota, Eddie García. Seguramente intentarán encontrar otra forma de hacerme daño. Es hora de que Ace nos ayude de verdad—. ¿Dónde guardas las maletas?

—Por ahí —digo, abriendo primero la cómoda. En el cajón de arriba guardo todos los papeles médicos de Tommy. Los necesita a mano para futuras visitas al médico, sobre todo porque tenemos que ver a su pediatra el mes que viene.

No va a ser fácil.

Pero tengo que admitir que me reconforta saber que no tengo que hacerlo sola. Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Tal vez pueda seguir adelante con mi vida sin tener que volver a separarme de él por completo. Ace se merece poder ver a su hijo y, aunque me mata pensar que podría acabar casándose con otra mujer, también tengo que tener en consideración el peor de los casos. He pasado por cosas horribles las suficientes veces como para ser consciente de que la vida no siempre nos da lo que queremos.

Pero es una mierda aún mayor cuando ni siquiera sabes lo que necesitas.

Pero a lo mejor sí sé lo que necesito. Sólo que no estoy preparada para admitirlo porque tiene que ver con Ace. Por desgracia, Ace todavía trae consigo el peor bagaje posible: su familia aniquiló a la mía. No es un obstáculo que podamos saltar como si nada...

QUINCE

ACLAN

Pasan un par de semanas en relativo silencio.

He conseguido esquivar la mayoría de las llamadas de Ava Caruso asegurando que estoy excepcionalmente ocupado con el Grupo Russo, pero también he estado esquivando esa responsabilidad, dejando que mi hermana Isolde redactara los contratos preliminares para la compra de los muelles. Con lo que he estado excepcionalmente ocupado es en mantener a salvo a Kailyn y Tommy, la verdad sea dicha. Tenerlo matriculado en una guardería privada ayuda muchísimo mientras que mi chófer lleva y trae a Kailyn del trabajo. Pasamos las noches juntos. A pesar de nuestras escaramuzas, siempre se derrite cuando la beso, cuando la toco, cuando la *reclamo*.

Esta mujer sueña conmigo, sólo para despertarse ya mojada y con mi mano entre sus piernas. Es increíble lo receptivo que es su cuerpo, incluso cuando su prudencia le dice que guarde una distancia razonable. Ninguno de los dos sabe todavía adónde nos llevará esto, pero cada vez estoy más convencido de que ya no puedo imaginarme una vida sin ella y el niño.

Tommy es un encanto. Es bueno y cariñoso, pero también curioso y charlatán. Ahora mi casa está llena de vida y de risas. Mi rutina incluye al pequeño, y mi existencia está adquiriendo un ritmo nuevo y diferente. Todos los días me despierto con Kailyn en brazos, pero el miedo a perderla de nuevo se mantiene nítido y fresco al fondo de mi cabeza.

Poco a poco, me digo a menudo. Es lo único que puedo hacer hasta que consiga lo que quiero, aunque empiezo a pensar que tendré que derramar sangre para cerrar este desgraciado capítulo. Papá nunca me lo perdonará, por eso también estoy manteniendo a Kailyn y Tommy fuera de su radar.

—Tienes que arreglar este puto lío —me regaña Isolde mientras nos instalamos en su despacho a orillas del río para repasar una vez más los borradores de compra—. Ava no para de llamarme, quiere saber qué estás haciendo ya que no dejas de darle largas. No para de hablar de la prueba del vestido. Mientras tanto, papá y Marco no paran de atosigarme para que asistas a otra reunión en relación con el Grupo Russo, pero los estás esquivando a ellos. Tío, ¡no puedo cubrirte para siempre!

—Lo sé, Ise, y lo siento. Te lo compensaré, lo prometo.

Su ayudante viene a traernos un par de panecillos y cafés recién hechos. Es guapa y rellenita. También es nueva. Supongo que no durará mucho si Jason se le acerca. Me siento fatal por Isolde, pero tengo que reconocerle el empeño que le pone a mantener su familia unida. Aunque no estoy seguro de cuánto tiempo más pueda seguir así. Le está pasando factura, sobre todo porque Jason no parece estar poniendo ni el más mínimo esfuerzo. Se ha vuelto demasiado cómodo, y me preocupa que no entienda el problema al que se expone si alguno de los Bernardi acaba hasta las narices de sus movidas de mujeriego drogadicto.

—Gracias —le digo a la chica, que sonríe amablemente y se marcha, teniendo cuidado de cerrar la puerta del despacho tras de sí. Isolde espera un par de segundos más antes de volver a centrarse en mí, con una ceja levantada—. Te juro que te compensaré...

—Ace, la única forma de que me compenses es que encuentres la forma de mantener a Kailyn y a mi sobrino a salvo y felices. Pero ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sé algunos de los pasos que debo tomar, pero aún no he tomado ninguna decisión sobre Caruso.

Suspira y se reclina en la silla.

—¿Cómo está yendo eso hasta ahora?

—Tengo mis antenas apuntando.

—¿Tus espías dentro de la mansión Caruso? —Sonríe.

Asiento una vez.

—Por lo visto está deseando encontrar a Kailyn, sobre todo ahora que yo me he metido en medio. Pero es interesante observar que nadie haya dicho una sola palabra sobre mi implicación a ninguno de los nuestros.

—Por supuesto. Sería como rascarse una costra seca. Ya es bastante malo que sigamos teniendo que enfrentarse a esos viejos rumores sobre el padre de Kailyn. Lo último que Caruso quiere es hacer peligrar nuestro tratado de paz.

—Eso podría beneficiarme a largo plazo —respondo.

El café es agradable y está caliente, una mezcla suave con el amargor justo para hacerme bombear la sangre. Isolde lo toma con leche y azúcar, y siempre disfruto observando su rutina. Nunca se salta un paso, desde el orden correcto en que vierte cada uno en su taza. Casi puedo oír cómo giran los engranajes en su cabeza mientras piensa en otras cosas a la vez que realiza una tarea sencilla pero reconfortante.

Lleva el pelo castaño recogido en un moño apretado y sólo un poco de sombra de ojos y rímel para resaltar sus penetrantes ojos marrones. Jason ha tenido suerte, demasiada para el hombre que es, pero yo intento no meterme en los asuntos de mi hermana si no me pide ayuda, que es sólo cuestión de tiempo. Cualquier día, la cosa estallará. Sólo espero ser yo quien esté cerca para recoger los pedazos y no Marco o Fred. Marco sería un completo inútil, para empezar. Probablemente culparía a Isolde por dejar que las cosas llegaran a ese punto. Y Fred se lazaría directo a la yugular de Jason con un cuchillo para la mantequilla.

—¿Qué vas a hacer, Ace? —me pregunta de nuevo—. No puedes mantener a Kailyn y Tommy escondidos para siempre. —Una sonrisa se dibuja en su hermoso rostro—. Ava no estará contenta, eso fijo. Está claro que Kailyn y tú volvéis a ser algo más que amigos...

—¿Cómo puedes saberlo?

—Pues por la forma en que te animas con sólo mencionar su nombre, para empezar. O la forma en que te planteas si matar a David Caruso y acabar de una vez con todo, porque sé que te lo estás planteando.

—A veces, eres demasiado lista para tu propio bien.

Ella asiente.

—Créeme, lo sé bien, pero aun así eso nunca me ha detenido, Ace. La verdad es que... no puedes matar a ese viejo cabrón, aunque eso resolvería el 90% de nuestros problemas con los Caruso. El tío está constantemente protegido y a prueba de balas. Es intocable. ¿Recuerdas la última vez que alguien intentó dispararle? ¿En Buford Hill?

—Sí, la cosa se puse bien fea. —Suspiro, recordando la carnicería que cayó sobre el tonto que intentó meterle una bala entre ceja y ceja de la gruesa cabeza de Caruso—. Clausuraron el estadio antes de que llegara la policía y sacaron al mamón en menos de seis minutos. Desapareció.

—Y entonces empezaron a aparecer partes de él por toda la ciudad. Un cubo de basura por aquí, un buzón por allá. —Se estremece al recordar las noticias que solíamos leer durante el desayuno cuando éramos niños. Papá leía los titulares y los detalles escabrosos en voz alta y en contra de los deseos expresos de nuestra madre para enseñarnos una valiosa lección sobre pensar en ir tras grandes tiburones como Caruso. Pero la lección se nos quedó grabada—. No se pude conseguir, Ace.

—No lo descarto del todo, pero estoy considerando unas opciones más pacíficas. Podría encontrarle a Ava un chico del que enamorarse. ¿Qué tal el primo Charlie? Es joven, guapo y un Bernardi. Estaríamos respetando los términos de nuestro tratado de paz.

—¿En ningún momento se te ha pasado por la cabeza que el primo Charlie es gay?

—¿Alguien le ha informado a él de que es gay? ¿O sigue trayendo a tapaderas a casa para conocer a la tía Laura? —Suelto una risita seca, provocando que Isolde también se ría—. Quitarme a Ava de encima me parece la forma más sencilla de mover las piezas del tablero —.

—Buena suerte con eso. Está obsesionada contigo.

—Pero no me quiere. Dudo que yo le guste siquiera.

Ella sonríe.

—Le gustas a todo el mundo, Ace. —Dicha sonrisa se desvanece de repente—. Hasta que te conozcan mejor. —Se le ilumina la cara como si se le acabara de pasar por la cabeza la mejor idea del mundo—. ¡Ya sé! Invita a Ava a un par de citas. Deja que te conozca mejor. Que te conozca de verdad.

Volvemos a reír, pero la oscuridad de nuestra realidad nunca está demasiado lejos. La verdad

es que... Mis opciones son sombrías y limitadas, sobre todo porque nadie sabe que tengo un hijo. Caruso ni pestañeará. Hará todo lo posible por lastimarme si le hago fruncir el ceño a su preciosa hija. Le he visto hacer cosas peores por menos, y sé que yo haría todo lo que esté en mi mano para mantener a mi hijo a salvo. Mataré a cualquiera que lo mire mal. Me imagino lo que Caruso me haría si hiciera llorar a Ava.

También entiendo las reservas de Isolde. Tenemos un exceso de problemas a tener en cuenta en cualquier decisión que vaya a tomar. De una forma u otra, alguien saldrá herido para que Kailyn y Tommy estén a salvo y sean felices. Tal vez debería ponerlos bajo la protección de toda la familia. Son sangre de mi sangre, una parte integral de mi vida. Cuando terminen de cantarme las cuarenta, no se detendrán ante nada para protegerlos. Nuestra manada es grande y feroz. Es lo que ha mantenido a los Bernardi fuertes durante más de un siglo. Es lo que nos mantuvo a la mayoría fuera de prisión durante más tiempo que a las otras familias.

—Aunque ya sabes por qué Caruso quiere hacer daño a Kailyn —dice mi hermana mientras repaso los contratos de los Russo—. Incluso ahora, le sigue molestando todo el tema de Johnson. Su padre se acercó demasiado a él. Demasiado. Es como si quisiera que Kailyn pagara por sus pecados.

—Acabaré con todo el clan Caruso si tengo que hacerlo.

—Y sabes que no tendremos más remedio que apoyarte... pero nos destruirá. Sacudirá la ciudad hasta su núcleo. Lo arruinará *todo*. Mi hija, los hijos de Marco, los de Fred... nadie estará a salvo. Será una guerra total con sólo perdedores —dice Isolde—. Por tu culpa.

No quiero cargar con tal cosa sobre mi conciencia, obviamente. Haré lo que sea, pero el precio es demasiado alto. Me aniquilaré en el proceso, y ni Kailyn ni Tommy tendrán paz. Isolde tiene razón. La agresión directa resulta primitiva e ineficiente. La cabeza de la bestia debe ser cercenada, pero los términos de su muerte deben ser calculados con precisión para que sean imposibles de rastrear hasta mí.

—Todavía sigue en pie la cena familiar de esta noche, ¿verdad? —pregunto.

—Sí. Mamá va a preparar su lasaña.

—Estupendo. Hablaré con papá y Marco entonces sobre el acuerdo con Russo. Gracias una vez más por ayudarme con el papeleo. Compartiré todo el crédito contigo en este caso.

—Más te vale. Me estoy perdiendo un trabajo importante por protegerte a ti.

—Tus próximas vacaciones en México corren de mi cuenta, entonces. Llévate también a Rosie y piensa en dejarte aquí a Jason —respondo con una sonrisa fría.

Isolde me arquea una ceja.

—No me lo digas dos veces. Puede que hasta salga de casa una hora antes esa mañana.

Nuestra familia es complicada, pero la conexión clave entre nosotros sigue siendo el amor y la lealtad. Una vez que te unes a nuestra manada, una vez que te dejamos entrar, eres uno de los nuestros. Sangraremos y mataremos por ti, aunque no nos gustes demasiado. Incluso cuando eres un mierdas como Jason… A decir verdad, está más seguro con nosotros que en cualquier otro

lugar.

Quizá Kailyn y Tommy también estén más seguros si les doy la bienvenida oficial a la familia.

Siempre que sobrevivamos al cristo que seguirá a su presentación.

DIECISÉIS

ACLAN

La cena en la mansión de los Bernardi siempre empieza de forma muy ruidosa, muy parecida a la de una familia con una vida normal. Niños corriendo, juguetes esparcidos por todas las habitaciones, partidas de escondite después de engullir todo lo que pueden en el menor tiempo posible. Para cuando llegan las ocho, ya no pueden con el culo. Sin oponer apenas resistencia, dejan que las niñeras se los lleven para meterlos en cama. Sólo entonces se calma el ambiente.

Marco y su mujer, Julianna, se sientan a mi izquierda, mientras que Isolde y Jason flanquean mi lado derecho. Fred y Anita están sentados frente a mí, y Maria y Leonard ocupan los asientos contiguos. Yo soy el que más cerca está de nuestro padre, que reina en la cabecera de la mesa, con mamá a su lado. La reunión de esta noche es menos numerosa de lo habitual, pero se debe sobre todo a que vamos a discutir ciertos asuntos de negocios que no requieren el visto bueno de nuestros tíos, que tienen diversas participaciones en varias de nuestras empresas más grandes.

Volver a casa para estas cenas suele sobrecargarme de recuerdos de la infancia. A excepción de varias renovaciones y alguna que otra nueva capa de pintura para las paredes y los muebles de la cocina, la mayor parte de la mansión ha conservado su encanto original y su belleza vintage. Fue construida a principios de la década de 1920 por un acaudalado propietario de una planta siderúrgica que erigió parte de la zona más septentrional de Chicago, y estaba pensada para él, su mujer y sus seis hijos, así contábamos con muchas habitaciones espaciosas por las que deambular en nuestra infancia. La arquitectura refleja la época victoriana, y mamá pasó incontables horas con numerosos restauradores a principios de los 90 para asegurarse de que la fachada conservara todo su aspecto original posible.

En el interior predomina el mármol y los suelos de madera, con papel pintado y molduras de corona, una danza equilibrada entre lo clásico y lo moderno.

Era un verdadero hogar, y tuve en él todo el amor que quise. Nuestra madre es devota y cariñosa, leal e increíblemente paciente, teniendo en cuenta todas las tonterías que solía hacer Fred. Marco se llevó la peor parte en cuanto a disciplina por ser el primogénito de la familia, mientras que Isolde cargó con el peso de ser la primera hija. Para Maria y para mí las cosas fueron más sencilla, aunque papá nunca se privaba de darnos una buena azotaina si nos pasábamos de la raya.

No éramos niños de trato fácil, pero entendíamos el peso que conllevaba el apellido Bernardi. Sabíamos lo que se esperaba de nosotros y aprendimos a apreciarlo, a desearlo. Bueno, yo... no tanto hasta que Kailyn me rompió el corazón. Fue entonces cuando regresé con mi familia en busca de algo con lo que encontrar desahogo. No me arrepiento, ya que hace tiempo que di con la forma de llevar todos nuestros negocios al territorio de la legalidad total una vez tenga yo el control como nuevo Capo. Pasará un tiempo antes de que llegue ese día, pero llegará. Algún día, limpiaré nuestro nombre. Tal vez incluso consiga que Kailyn se sienta orgullosa de llevarlo, una vez le cuente toda la verdad y dejemos atrás todas las putadas. O pude que solo me esté engañando a mí mismo. Tal vez la sangre de mafioso corra por las venas de forma demasiado honda y espesa para limpiarla jamás. No lo se.

—Espero que nadie se queje de mi lasaña de esta noche —dice mamá asintiendo a los comensales mientras las criadas traen el plato principal en bandejas de porcelana fina. Sólo el olor basta para hacerme babear. Nadie hace una lasaña como Concetta Bernardi. Es un hecho probado—. Me aseguré de que nos trajeran la mejor carne de la carnicería de Enzo —añade, mirando a Marco—. Así que no quiero oír ni una sola palabra.

—Tiene una pinta fantástica —responde Marco mansamente, la mirada se le derrite al mirar la fuente que le han puesto delante, mientras su mujer procede a cortarle una generosa porción—. Gracias, mamá, por prepararnos esto.

—De nada. Últimamente es rara la ocasión en que tengo a todos mis hijos bajo el mismo techo —responde, mirándome con unos ojos tan verdes como los míos.

—Esto está increíble —exclama Leonard al dar el primer bocado, haciendo que Maria suelte una risita de placer—. Tenías razón, cariño, tu madre es la mejor cocinera del mundo.

Eso basta para que toda la mesa se eche a reír, pero mamá se apresura a borrar el mohín de la cara bonita de mi hermanita.

—Maria es la única que se acerca a hacerle justicia. Y teniendo en cuenta que ella se encargará de cocinar la mayoría de las veces mientras tú te haces cargo del negocio de electricidad de tu padre, creo que deberías pensártelo dos veces antes de decir algo malo sobre sus habilidades en la cocina.

—Así es. —Se ríe Fred y Leonard se sonroja—. Hay a tres clases de personas a las que no te interesa cabrear: a la gente que prepara tu comida, la que te sirve las bebidas y la que te limpia la ropa interior.

—¿La que te limpia la ropa interior? —Marco le lanza una mirada de curiosidad.

—Ah, así que te has olvidado de aquella vez que mamá te echó polvos pica-pica en los calzoncillos la noche antes de que te fueras a la universidad —responde Fred.

El buen humor vuelve a estallar en la mesa cuando todos nos reímos, recordando lo furioso y avergonzado que estaba Marco cuando volvió a casa de visita aquella primera semana.

Papá se aclara la garganta hacia la mitad de la cena, no mucho después de que la mayoría de las conversaciones triviales hayan llegado a su fin. Jason y las esposas intentan mantenerse al

margen de la mayoría de nuestras conversaciones, aunque no es algo que nadie les haya pedido. Es difícil seguir el hilo cuando los Bernardi hablan de negocios a la mesa. Mamá hace lo mismo. Se recuesta en la silla, se centra en su plato y escucha en silencio. Maria tiene muchas opiniones, pero Leonard suele recordarle que baje motores antes de que Fred tenga una rabieta; esos dos nunca se han llevado bien. Maria es demasiado testaruda y Fred no tiene paciencia ninguna.

De todos los que se han unido a nuestra familia procedentes del mundo exterior, diría sin temor a equivocarme que Leonard es el más brillante y decente, pero también capta al vuelo nuestra dinámica y jerarquía. Sabe cuándo hablar y cuándo callarse.

Como siempre, papá toma las riendas hasta el final. Esta noche no hace una excepción.

—¿Cómo vamos con el Grupo Russo? —pregunta, entrando de lleno en materia a pesar de que aún nos estamos zampando una generosa ración de lasaña—. ¿Están ya a punto los contratos?

—Sí, señor —le digo, dedicándole a Isolde una cálida sonrisa—. Ise ha tenido la amabilidad de revisarlo todo hoy. Creo que estamos listos para sentarnos ya con los chicos esta semana que viene.

—Bien. Ya estamos perdiendo demasiado tiempo. No quiero que David se haga ilusiones —refunfuña papá, cortando con aire distraído la última porción de lasaña con el tenedor. Últimamente no tiene mucho apetito, debido al empeoramiento de su afección cardíaca—. Es imperativo que le quitemos los muelles antes de que Ava y tú os caséis. Todo es cuestión de dar con el momento justo, hijo, como bien sabes.

Asiento con parsimonia.

—Hablando de la boda —empiezo a decir, pero me detengo cuando mi padre me clava una mirada.

—¿Qué vas a decir? —responde, observándome como un halcón. Tengo que admitir que a veces aún le temo. La intensidad de papá es algo que he heredado, pero resulta distinto cuando soy yo quien la recibe—. No me digas que has cambiado de opinión.

Quiero decir que sí. Quiero confesar toda la verdad sobre Kailyn y Tommy. De verdad que quiero. Pero las miradas que recibo, incluidas las de una Isolde que por lo demás me apoya, me dicen que esteno es el momento adecuado. Por no hablar de que el valor que iba a echarle se estaba viniendo abajo. Me pasa cada vez que vuelvo aquí, me veo reducido a ese niño de doce años que solía temblar ante su papá.

—No es cosa de que yo cambie de opinión, es que las incompatibilidades entre Ava y yo son muchas —digo—. No será feliz a mi lado, eso te lo puedo asegurar ya mismo.

—Pero servirá para conservar la paz entre nuestras familias —dice papá—. Que es por lo que hemos trabajado durante tantos años. Es hora de acabar con estas rencillas y quitarnos a los federales de encima de una vez por todas. Juntos seremos más fuertes.

—Sí, hemos hablado de esto mismo más de una vez —respondo, negando lentamente con la cabeza—. Pero eso no quiere decir que sea lo correcto.

—Mientras nos beneficiemos de este matrimonio, es lo correcto —responde. Me doy cuenta de que se está cabreando porque su acento italiano empieza a salir a paseo. Esta faceta suya solo emerge cuando está enfadado. Pronto nos maldecirá en siciliano antes de encenderse un puro, en contra de la recomendación expresa de su médico, y retirarse a su estudio—. Aclan, se acabaron las guerras y la violencia en las calles. Caruso necesita pasar a la legalidad y sólo podrá hacerlo si traslada algunos de sus activos bajo nuestro paraguas mientras que nosotros trasladaremos los menos apetitosos que tengamos bajo el suyo. Se hundirán con todo lo demás que haya señalado cuando se declare en bancarrota, y entonces le ayudaremos a empezar de cero.

Fred sonríe, cruzándose de brazos y recostándose en su silla, con el plato vacío y la barriga llena.

—Qué monada, papá. ¿De verdad te crees que Caruso va a abandonar el negocio de las drogas? Sólo utilizará nuestras empresas fantasma para ocultar mejor sus huellas después de declararse en bancarrota, eso es todo.

—David puede ser un hombre difícil, pero cumple su palabra —insiste papá.

—Ah, ¿igual que insiste en que ha dejado en paz a la hija de Johnson? —replica Fred.

Miro atónito a mi hermano y, al parecer, no soy el único. Isolde está igual de perpleja.

—¿De qué estás hablando? —pregunta ella.

Fred se encoge de hombros.

—Se rumorea que está a punto de atentar contra Kailyn Johnson. Parece que asesinar a su padre y culparnos a nosotros de todo no fue suficiente.

—¿Dónde has oído eso? —responde papá.

—Yo también tengo curiosidad —digo con voz suave.

—Mis chicos no oyen hablar de otra cosa cada vez que se pasan por el Shackleton. A algunos de los matones de Caruso les gusta pasar allí las noches de los viernes después de la hora feliz —explica Fred—. Han oído hablar miles de veces a esos matones de cuello ancho de cómo necesitan encontrar al hijo de la chica para extorsionarla. Parece que les está costando localizarla. Resulta que ha desaparecido de su piso en Melrose Park.

Se me revuelve el estómago al preguntarme si mis propias fuentes son tan útiles como esperaba. Quizá no les esté pagando lo suficiente. Tal vez sigan siendo leales a los Caruso y me pasen información incompleta. De cualquier manera, esto no solo perjudica mis planes sino que es una puta jodienda. Caruso va ahora a por mi hijo. Ni de coña va a ser capaz de ponerle las manos encima, pero me obliga a plantearme unas opciones mucho menos bonitas para acabar con ese viejo cabrón.

Papá me lanza una mirada larga y curiosa.

—¿Algo te preocupa, hijo?

—No creo que sea buena idea mantener ningún tratado de paz con Caruso si va por ahí persiguiendo a una madre soltera y a su hijo —le digo—. Dejando a un lado mis prejuicios personales y los de Fred con respecto a la familia Caruso, me preocupa de veras nuestra

reputación de cara al futuro. Quizá todo esto haya sido una mala idea desde el principio, si el viejo está intentando hacer este tipo de gilipolleces en los tiempos que corren.

Maria se estremece en su asiento.

—Creo que Leonard y yo nos tomaremos el postre y las bebidas arriba en mi habitación. Esta conversación empieza a pasar de castaño oscuro.

—Ay, cariño, no tienes que irte —dice mamá—. Silvio se guardará la charla de negocios para más tarde, ¿verdad, amore mio?

Papá deja escapar un suspiro pesado y áspero.

—Me temo que todo este asunto con Johnson nos plantea algunos problemas —admite—. Tenemos que abordarlo. —Mira a Maria y a Leonard—. Haré que os suban el postre y el vino a vuestra habitación, chicos, perdonadme.

—No pasa nada, papá, lo entiendo —responde Maria.

—Gracias por esta maravillosa cena, señora Bernardi. De verdad que ha sido la mejor lasaña que he probado nunca —dice Leonard, dedicándole a mi madre una cálida sonrisa. Me cae bien. Sabe cuál es su sitio y aprende rápido. Creo que tendrá una larga vida aquí con nosotros, siempre que Maria no se aburra de él. Francamente, me sorprende que se planteara sentar la cabeza con un espécimen tan soso, teniendo en cuenta que todos sus ex tienen al menos una chupa de cuero y le dan a la droga—. Quizás tengas la amabilidad de compartir la receta conmigo algún día.

—Esa receta se viene conmigo a la tumba —responde mamá, sólo medio en broma—. Os dejaré sobrevivir a base de agujeros de donut y pizza precalentada para cenar.

Nos reímos un poco más, pero me doy cuenta de que el ambiente ha cambiado en la mesa. Poco después de que Maria y Leonard se retiren, las mujeres de Marco y Fred hacen lo mismo. Sólo Jason se queda a tomar el postre, pero me doy cuenta de que también está deseando pirarse. Por la forma en que sus ojos brillantes pasan de su plato al de Isolde, es como si le rogara en voz baja que suba antes de que se entere de lo que tendrán que hacer los Bernardi para evitar que Caruso manche nuestro nombre en el futuro.

Cuando nos quedamos solos Isolde, Jason, mamá, papá, mis hermanos y yo, la tensión en la habitación empieza a cambiar, relajamos poco a poco los hombros mientras que nuestros corazones se tensan, se hacen más difíciles de romper.

—Kailyn Johnson no tiene culpa de nada de esto —decido hablar yo—. Su hijo es sólo un niño pequeño. Tiene tres años. Si Caruso le hace daño a alguno de ellos, seremos nosotros los que tendremos que recoger los pedazos. Tal vez podrías hablar con él al respecto, papá.

—Como si me fuera a escuchar. Se la tiene jurada a los Johnson desde que estalló toda la operación encubierta —responde papá, haciendo una pausa mientras las criadas recogen la mesa y traen los platos y cubiertos de postre—. Estoy de acuerdo en que, si persigue a esta chica Johnson más tiempo, puede poner en peligro tu boda con Ava.

Genial, así que o dejo que Caruso les dé caza a Kailyn y Tommy para acabar con mi compromiso con su hija, o acabo con mi compromiso con su hija y también empiezo una guerra

con él y todo su puto ejército de matones sedientos de sangre para luego evitar que haga daño a Kailyn y Tommy. ¿Por qué mis opciones son tan malas? No me parece justo.

—Espera un segundo —interrumpe Marco, con la nariz arrugada como si acabara de resolver una ecuación hipercompleja—. Kailyn Johnson... ¿No trabajó en el Shackleton durante un año? La rubia sexy de boca inteligente —dice, mirándome—. Estabas loquito por ella, Ace, si no recuerdo mal.

—Sí, es cierto. Erais inseparables —dice Fred, sonriéndome con frialdad.

Odio cuando estos dos se unen en mi contra, aunque nunca sé cuál es su objetivo.

—Trabajábamos juntos.

—Alguien os vio el otro día junto al río —añade Marco, consciente de que nuestro padre me mira ahora con lo que sólo puedo describir como una furia muda—. No sabía que seguíais en contacto. Pensé que se había largado o algo así, que te había dejado para que cargaras tú con los turnos dobles en el bar.

—¿Es eso cierto? —exige saber papá.

—No tenía ni idea de que estuviera involucrada con los Caruso —respondo.

—Venga ya, todos sabíamos que era la hija de Johnson. —Se ríe Fred, sacudiendo la cabeza.

—No me refiero a eso —respondo. —Lo que sea Caruso tenga contra ella ahora mismo... no es asunto mío.

La sonrisa de Marco se convierte en una mueca que pide unos puñetazos a gritos. Hace mucho tiempo que no tengo que ponerle en su sitio, puede que se le haya olvidado la lección.

—¿Cómo sabes cuántos años tiene su hijo? ¿Habéis seguido siendo amigos? Recuerdo que te enfadaste cuando se fue.

—¿Qué es esto, un interrogatorio? —Resoplo, notando que de repente mi silla es de lo más incómoda.

Hasta mamá parece sorprendida. Marco debe de llevar días esperando la cena familiar para joderme. Supongo que tendré que recordarlo y devolvérsela en la próxima oportunidad que tenga. Siempre y cuando papá no me mate primero. Bueno, es hora de hacer control de daños antes de que a Isolde le dé un ataque. Está tan pálida como una hoja de papel, la pobre.

Jason levanta la mano con gesto manso.

—¿Por qué Caruso quiere ver a esta chica muerta, entonces?

—Eso no es asunto tuyo —intenta callarle Isolde, pero Marco se le adelanta.

—Le debía dinero y alguien pagó de más para saldar su deuda —dice—. Eso cabreó a Caruso. No le gusta que se metan terceros en sus transacciones.

—Llamémoslo por su nombre —responde Fred—. Caruso quiere ver a la chica muerta pero no puede apretar el gatillo él mismo, así que meterla en un aprieto financiero era la excusa perfecta, al menos en lo que respecta a su credibilidad. Ahora, si la matan en un callejón, ninguna de las otras familias le echará directamente la culpa a él. Dirán que se lo buscó por traicionar al viejo cabrón.

Papá no me quita los ojos de encima en ningún momento. Estoy a punto de empezar a sudar frío.

—¿Tuviste algo que ver con esto, Ace?

Isolde respira hondo, pero mantiene la boca cerrada, agradecida de ver entrar a las criadas con el postre. El tiramisú es el plato básico de nuestras cenas familiares, y mamá eleva el proceso de preparación a un nivel superior haciendo que le traigan los granos de café crudos para que los tueste. Así es como consigue ese café espresso particular que considera perfecto para su tiramisú.

Yo, en cambio, no tengo tanta suerte como para distraerme con los platos de aspecto delicioso que ahora se exhiben en la mesa. Papá está decidido a llegar al fondo de esto.

—Ace, mírame —me ordena, obligándome a encontrar su mirada incandescente. La furia arde intensamente tras esas llamas azules—. ¿Has pagado la deuda de esa chica? ¿Supongo que os habéis reencontrado y que ella te contó una historia lacrimógena para que cubrieras su deuda?

—No.

—No mientas, hijo.

—No estoy mintiendo. Yo no tuve nada que ver en eso —insisto, consciente de que mamá sabe perfectamente cuándo miento. Ahora es ella la que finge no prestar atención a la conversación y es incapaz de mirarme a los ojos para no delatarse. Papá también la observa. Siempre ha sido una especie de radar involuntario que usa contra mí—. Papá, lo digo en serio. No me involucré. Lo que haya hecho Kailyn, no es asunto mío.

—El niño tiene tres años. Quizá por eso huyó, porque se quedó embarazada —añade Marco, lanzándome otra mirada—. ¿Qué hiciste, chaval?

—Voy a matarlo con mis propias manos —murmura Isolde en voz baja.

—Tienes que dejar de remover el cajón de mierda —señalo a Marco con el dedo—. Veo lo que estás haciendo. Lo sé.

—¿Qué? No estoy haciendo nada más que expresar lo evidente.

—¡Basta! —Mamá da una palmada contra el borde de la mesa—. No permitiré que los hombres de mi familia discutan por una chica que ya tiene suficientes problemas para toda una vida.

—¿El niño es tuyo? —Marco suelta una risita, todavía concentrado en mí.

Papá es el siguiente en dar un manotazo en la mesa, pero su gesto hace que todos se queden paralizados. Estoy bastante seguro de que Marco acaba de cagarse por la pata. A veces desearía que mamá hubiera engañado a papá porque me consuela pensar que Marco no es realmente un Bernardi. No tiene carácter y su egoísmo e imprudencia rivalizan con Jason—. ¡Basta, ahora mismo! —ladra—. Marco, te estás pasando de la raya. Ace, necesito que me tranquilices. ¿Tuviste algo que ver con esa chica? ¿Voy a oír rumores sobre ti y ella?

—No —digo, arrepintiéndome al instante. Pronto me ahogaré con esta soga, pero intento ganar un poco más de tiempo para poder idear una estrategia diferente—. Para nada.

—Lo último que necesitamos es estropear esta relación tuya con Ava —dice papá.

—No tuve nada que ver con Kailyn, y si es necesario, también tendré esta conversación con Ava.

—Bien. Puedes tener esa conversación con ella esta noche. La he invitado —responde papá. Es algo tan inesperado que ni mamá lo sabía... a juzgar por la expresión de su cara.

—¿Perdón? —sisea ella, frunciéndole el ceño.

—He invitado a Ava Caruso a tomar algo con nosotros después de cenar.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —grita mamá, totalmente indignada, mientras se coloca un rizo rebelde detrás de la oreja. Un pendiente de perlas cuelga con delicadeza de su lóbulo rosa.

Papá enarca una ceja.

—Va a ser una Bernardi. Es de buena educación, ¿no? Es de ser respetuoso y cortés, como somos con quien se sienta a la mesa con nosotros.

No puedo creer que esto esté pasando, aunque debería habérmelo visto venir. Ava debió de quejarse de que esquivara sus llamadas, pero papá es demasiado sutil para decirlo en voz alta, sobre todo delante de mamá. Su principal preocupación es siempre preservar el nombre de la familia, el honor familiar. No puede permitir que un hijo suyo cabree a la hija de un aliado, a fin de cuentas.

Como si la hubieran invocado, Ava entra en el comedor, escoltada por una de las criadas.

Casi al instante, me levanto de mi asiento, con las palmas de las manos sudorosas y el corazón latiéndome como loco al darme cuenta de que ahora soy yo el animal acorralado. Llevo demasiado tiempo evitándola. Las gallinas han vuelto al gallinero con una puta venganza, y la sonrisa satisfecha y petulante de Marco no hace más que empeorar las cosas para mi psique. Estoy a punto de sumergirme en agua hirviendo, y necesito encontrar una salida antes de que me hiervan vivo.

—Ava —me las arreglo para decir.

—Ace, cariño... Es una pena que tu padre tenga que invitarme para que estemos juntos de verdad —bromea al acercarse, deseosa de rodearme con sus brazos. Para tener veintitantos años, Ava Caruso es mucho más astuta e intuitiva que la mayoría de la gente. Si hubiera nacido hombre, sé que su padre no habría puesto un pero para entregarle las riendas de su negocio. Es inteligente y despiadada. Lo que arruina su imagen aparentemente perfecta es el detalle de que es una mocosa malcriada que rara vez acepta un no por respuesta.

Estoy seguro de que David Caruso hizo desaparecer a al menos uno de sus antiguos novios. Sin embargo, es una mujer hermosa, con un precioso pelo negro liso que le llega hasta las caderas y unos ojos azules como el hielo. Una versión moderna de Blancanieves, supongo, y está estupenda con su vestido negro ajustado.

—Déjame besar a mi chico —añade, alzando la barbilla para ir al encuentro de mis labios.

No puedo hacerle la cobra. Me besa y yo sonrío con educación.

—Perdóname, he estado muy ocupado —le contesto.

—Bienvenida, Ava, cariño —exclama mamá mientras abre los brazos para darle un abrazo Bernardi como Dios manda.

Esta noche solo va de mal en peor. Marco nos ha mareado la perdiz tanto a Isolde y a mí, aunque dudo que sea consciente de la participación de nuestra hermana. No creo que hubiera abierto la boca de saberlo. Uno no se enemista con la mujer a cargo de la imagen pública de tu padre. Va a pagar por esta mierda. Puede que no haya hecho la promesa en voz alta, pero me las pagará. Acabará llorando como el quejica llorón que es.

No voy a salir vivo de este lío.

No a menos que haga cosas que me juré que nunca tendría que hacer.

DIECISIETE

KAILYN

Quedarme con Ace en su casa habría sido una experiencia mejor si no hubiera un mafioso ahí fuera buscando hacerme daño. Soy como una leona enjaulada, día tras día, aterrorizada de que el gran monstruo malo me encuentre si tan sólo pongo un pie más allá del porche. Tommy está a salvo con un chófer, un guardaespaldas y Lola a su lado, pero yo no tengo tanta suerte.

Después del incidente en el piso con Eddie García, Ace ha hecho dejar el trabajo por el momento. Etienne se mostró decepcionado, pero no le faltaban chicas para ocupar mi puesto.

Mi vida se reduce a las pocas horas que me quedan en Studio 45, un elegante salón de lujo del lado este, y aquí. Ni siquiera puedo ir al supermercado. Tengo que andarme con mucho cuidado incluso si quiero salir al sol un minuto. Es una locura, no puedo vivir así mucho más tiempo.

Sí, es mejor cuando Ace está en casa porque tiene sus formas infalibles de mantenerme distraída. Nos hemos estado poniendo al día cada minuto de cada hora que podemos pasar juntos, dividiendo ese precioso tiempo a la mitad, ya sea solos en el dormitorio o abajo en el salón con Tommy cuando vuelve de la guardería. A pesar de los peligros y la locura, hemos conseguido crear nuestro propio ecosistema. Pero es frágil y demasiado fácil de romper.

Es molesto que me sienta más segura cuando Ace está a mi lado. Ojalá me hubiera sentido así yo sola, pero dudo que llegue a pasarme tal cosa mientras David Caruso siga vivo.

Todavía siento algo por Ace, algo muy profundo.

El tipo de amor que compartimos es eterno, pero también es víctima de nuestras precarias circunstancias. Dudo que alguna vez podamos estar juntos de verdad, así que me esfuerzo por no encariñarme demasiado, una tarea imposible, si he de ser sincera conmigo misma. Anhelo a este hombre, respiro por él... llevé y di a luz a su hijo, maldita sea. Lo que tenemos no es algo que me vea capaz de tener de nuevo en el futuro con nadie más. Sin embargo, nuestra historia está manchada de sangre. La sangre de mi familia. La de mi padre.

—Está entretenido en su parque —dice Lola al salir de la habitación de invitados, donde ha dejado a Tommy jugando un par de horas más antes de acostarlo—. El nuevo juego de construcción que le regaló el Sr. Aclan es todo un éxito. Le encanta mover las piezas de un lado a otro hasta que encajan. Y se le da bastante bien.

—Genial, añádelo a la lista de posibles profesiones. Constructor profesional de Lego —me río suavemente mientras nos sentamos a la mesa de la cocina con una taza de chocolate caliente —. No sabes cuánto te agradezco que hagas esto, Lola. Te lo agradezco mucho.

—No se preocupe, Srta. Johnson —dice—. Es un placer, de verdad.

—¿Lo dices en serio? —pregunto, sin ánimo de deprimirme, pero sin entender cómo puede trabajar para los Bernardi y pasearse con una sonrisa tan brillante como el sol.

Lola las pilla al vuelo, por lo que sabe exactamente de qué estoy hablando. Respira hondo y me dedica una mirada suave.

—Isolde me salvó cuando la gente que debería haberme cuidado me dio la espalda. Puede que no compartamos la misma sangre —me dice—, pero los Bernardi son mi familia.

—Me supongo que sabes a qué se dedican. Quiénes son —digo con tiento.

—Igual que lo sabes tú y sigues aquí, bajo su protección —señala—. Hay muchas cosas que la gente malinterpreta sobre las familias italianas de Chicago, ¿sabes?

—Ah, lo que sé es que los Bernardi mataron a mi padre —resoplo, cruzándome de brazos cuando me abandona el placer de saborear el cacao caliente y los recuerdos vuelven corriendo a atormentarme una vez más—. Supongo que tenemos diferentes experiencias con esta gente.

Lola se lo piensa un momento y yo la dejo con lo que sea que se le esté pasando por la cabeza mientras el teléfono me suena por enésima vez hoy. Ya sé quién es. Mamá lleva todo el día dejándome mensajes de voz, cabreada porque no le haya pasado dinero este mes. Shane no para de mandarme mensajes, ya sea para ponerme a caer de un burro o para pedirme que vaya a verle.

—Johnson... —susurra la chicha, el reconocimiento brilla en sus pupilas cuando me mira—. Johnson... caramba, sabía que ese nombre me sonaba. Tu padre era policía, ¿no?

—Un detective de Vice —digo.

—Kailyn... los Bernardi nunca han traficado con drogas. Es una de las razones por las que a Aclan y Fred no les entusiasmaba que su padre quisiera hacer negocios con los Caruso. Los Caruso trapichean con drogas, todos en el mundillo lo saben. Los Mancini solían distribuir cocaína por todo el estado, pero el Sr. Silvio intervino porque de una forma u otra, los polis siempre volvían a por ellos. Él lo llamaba la desventaja de ser la «familia» más grande de la ciudad. Todo el mundo les culpaba de todo. La ciudad necesitaba un hombre del saco.

Me siento estupefacta por lo que me está contando Lola. Ahora que lo pienso, la ausencia de drogas en la cartera de Bernardi tiene sentido. Galimatías de prensa aparte, Ace nunca tuvo problemas con ninguna sustancia, ni le gustaban los camellos, en general. Más de una vez, tuvimos clientes que intentaron vender su producto en el Shackleton, y Ace siempre los echaba y no volvíamos a verlos.

¿He estado culpando a los mafiosos equivocados por la muerte de mi padre? Si lo que Lola dice es cierto, significa que hui de Ace sin ninguna buena razón. Me equivoqué y arruiné mi vida con él por... rumores. Ay, Dios, creo que voy a vomitar. La cabeza me va a mil mientras repaso

mis recuerdos de los meses después de que encontraran el cuerpo de mi padre. Lo poco que sabía la policía. Lo poco dispuestos que estaban a hablar con nosotros.

No me extraña que acabara creyéndome a los periódicos. Incluso George, el socio de mi padre, estaba convencido de que habían sido los Bernardi. Echando ahora la vista atrás, no tiene sentido. Si Lola, una niñera adolescente, sabía que la familia de Ace no se dedicaba al tráfico de drogas, George también debería haberlo sabido. La duda me llena el estómago y el malestar se hace eco en forma de un dolor sordo.

—Lola, creo que necesito salir un momento.

Tengo que aclararme las ideas. Tengo que encontrar algunas respuestas. Las náuseas se me agolpan en el fondo de la garganta a medida que nuevas preguntas afloran a la superficie de mi conciencia. Si no fue un golpe orquestado por Bernardi, ¿a quién estaba investigando mi padre y por qué los medios de comunicación hicieron un trabajo tan pésimo cubriendo el caso? ¿Por qué la policía estaba tan perpleja?

—Kailyn, el Sr. Aclan ha dicho que no puedes salir de casa —Lola me mira preocupada—. No quiero meterme en problemas con él. Es de los que se muestran tranquilos cuando se enfadan, como el señor Silvio. No me gusta…

—No te preocupes por mí, cariño —respondo con suavidad—. Me arreglaré y pasaré desapercibida. No me es a mí a quien le haces de niñera. Además, tengo una tarea importante para ti.

—Kailyn... —me suplica.

—Alguien tiene que leerle a Tommy sus cuentos por si llego tarde.

Lola está claramente angustiada ante la perspectiva de quedarse aquí sola con mi hijo, pero yo necesito salir de casa. Estoy harta de esconderme detrás de estas paredes. Estoy harta de culpar a la gente equivocada por destruir mi familia y también mi infancia. Hay muchas mentiras, muchas cosas que quedaron mal y que necesitan desesperadamente que las arreglen. Puede que no haya tomado las decisiones más sabias en los últimos años, pero soy plenamente consciente de mis fallos y estoy dispuesta a admitir que me engañaron. Estoy dispuesta a conocer la verdad, si es que puedo dar con ella.

Para poder salir de dudas, necesito hablar con el hombre que una vez confirmó que los Bernardi estaban detrás del golpe. El detective retirado George Feldman, compañero y amigo íntimo de mi padre.

Él debería haber dispuesto de más información.

Debería haberlo sabido.

Nunca debió detenerse hasta saber la verdad.

DIECIOCHO

KAILYN

Llamo a George en cuanto salgo por la puerta. Se sorprende, pero no me dice que no cuando le pido que nos veamos en una cafetería de la zona este. Es un sitio pequeño y agradable en el distrito financiero, un barrio que sé que tiene poca o ninguna relación con las familias italianas.

George llega más tarde de lo acordado, pero dado el tráfico intenso, no puedo reprochárselo. Además, aquí hacen una tarta de nueces que está para chuparse los dedos, así que he tenido con lo que entretenerme mientras esperaba. Las gafas de sol grandes y la gorra que me cubren la cabeza hacen que no se me reconozca tan fácilmente como de costumbre.

Cuando George entra, tengo que saludarle para que me vea.

—Ahí estás —dice, pálido y sudoroso.

Tiene las mejillas enrojecidas y la respiración agitada.

—Gracias por venir a verme con tan poca antelación —respondo con una sutil sonrisa—. ¿Quieres tarta? Tienen de cereza. Seguro que sigue siendo tu favorita.

—Sigue siéndolo, cariño, pero ahora no tengo mucha hambre —dice tomando asiento frente a mí. La camarera se acerca con una jarra de café y él le indica con la cabeza que llene una taza. Espera a que se vaya para volver a centrarse en mí—. Kailyn, ¿qué haces aquí? ¿Te encuentras bien? ¿Y Tommy? ¿y tu madre?

—Tommy está a salvo. Mamá... no sé, sigue viviendo con Shane, y los dos están cabreados porque yo, su preciada gallina de los huevos de oro, los he abandonado. Hablando de eso, échale un vistazo a esto. —Le enseño algunos de los mensajes de texto que recibí de Shane, observando cómo la expresión de George pasa de un leve ceño fruncido a puro asco y mucha rabia—. No es novedad. Me está buscando y me preocupa mi seguridad. ¿Puede hacer algo al respecto?

Iba a dejar este asunto de lado por un tiempo, pero el retraso de George en llegar me ha dado tiempo para pensar un poco más en ello. Me prometió que me cuidaría como a su propia hija, así que por qué no cortar de raíz al menos un asunto antes de que la cosa tome unos derroteros más violentos. Ya bastante tengo con estar en el radar de Caruso.

—Cariño... esto es asqueroso. ¿Qué dice Geena al respecto? —me pregunta. Tiene el pelo un poco revuelto, cargado de gomina y mal peinado para tapar las calvas. Sus arrugas son cada vez más profundas y tiene la espalda un poco más encorvada que la última vez que lo vi. Me

preocuparía más por su estado si no fuera por todo lo que tengo ya encima—. ¿Ha visto estos mensajes?

—No. La única vez que intenté decirle que Shane no era trigo limpio, acabó gritándome y acusándome de intentar robarle a su novio —le contesto—. Mientras él sea su camello, nunca le dejará marchar. Pero él sigue buscándome.

—Veré qué puedo hacer. Todavía conozco a algunos tíos en la comisaría. Les llamaré y veré qué tienen sobre él. Tal vez podamos meterle un susto al cabrón.

—Quizá puedas ir tú mismo a hablar con mamá entonces —le digo. Parece a punto de echarse atrás, de decirme que esto no es asunto suyo. Extiendo la mano sobre la mesa y le aprieto un poco la suya—. George, ¿cuándo fue la última vez que viniste a vernos después de que muriera papá?

Exhala bruscamente.

—Fue hace demasiado tiempo, cariño. Demasiado tiempo.

—Precisamente. Deberías ir a verla. Necesita ayuda y a mí no me escucha.

—La visitaré —dice—. Pero no es por esto por lo que querías quedar. Dijiste otra cosa por teléfono

Ahora me toca a mí respirar hondo y prepararme para la incómoda conversación que vamos a tener. Esto tiene que ocurrir. Más pronto que tarde. Ahora mismo, de hecho.

—Estabas convencido de que los Bernardi ordenaron el atentado contra papá —le digo—. Pero sé de buena tinta que no se dedicaban al tráfico de drogas.

George mira a su alrededor, asegurándose de que no hay nadie que pueda oírle.

—Todas y cada una de esas familias… —empieza a decir, pero le detengo.

—He investigado —le digo—. Incluso he encontrado un foro que profundiza en la estructura de todas las familias italianas del Estado. Desde los primeros Bernardi que llegaron a Chicago a principios del siglo XX hasta el mismísimo Silvio Bernardi, ninguno ha estado implicado en el tráfico de drogas. No sé de dónde sacasteis ni tú ni la prensa la información, pero si papá no los estaba investigando a ellos, ¿quién se la tenía jurada?

George me mira fijamente durante lo que parece el minuto más largo de todos.

—¿Estás segura de esto?

—¿Por qué tú no? —suelto, con amarga diversión—. Eras el compañero de papá. ¿Qué investigabais? ¿A qué familia investigabais? No eran los Bernardi, ¿verdad?

—Dios, Kailyn... he rezado para que no tuviéramos que tener esta conversación —gime con una mezcla de desesperación y frustración mientras se frota la cara con las manos—. No sabes la clase de mierda que estás a punto de destapar si no lo dejas estar.

Se me escapa un grito y le miro con incredulidad.

—¿Has sabido que los Bernardi eran inocentes todo este tiempo?

—¡Los Bernardi son cualquier cosa menos inocentes! —sisea—. ¿Tienes idea de cuántos cadáveres han dejado en el fondo del río? Silvio Bernardi nos dejó diez casos sin resolver él

solito. Fred tiene otros cinco. Y no me tires de la lengua con el viejo, Michele, el padre de Silvio. Kailyn, esta gente ha matado en abundancia y seguirán matando a quien se interponga en su camino.

—Y eso no te lo discuto, pero no mataron a mi padre, ¿verdad?

La forma en que me mira confirma la peor de mis sospechas.

—Confía en mí, Kailyn. No quieres indagar más, de verdad que no.

—Bueno, pues ya es un poco tarde para eso, teniendo en cuenta que me he estado escondiendo de la gente equivocada —respondo tajantemente, y luego miro a mi alrededor con precaución en abundancia—. George, ¿quién ordenó el asesinato de papá?

—Kailyn.

—No, estoy harta de las mentiras. Necesito la verdad. Ya mismo.

—La verdad podría matarte. Ya es bastante malo que tengas a David Caruso buscándote por toda la ciudad —responde—. No creas que no me he enterado. En la calle se escuchan cosas, cariño. Le pediste dinero prestado al hombre equivocado. Te rogué que te alejaras de todas las familias, maldita sea...

—George. ¿Quién ordenó el asesinato de papá? No me iré de aquí hasta que no me digas la verdad.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Kailyn, por el amor de Dios, te lo ruego... Llévate a Tommy y salid de Chicago una temporada —dice sacando la cartera—. Aquí tienes algo de dinero para el trayecto. Conozco un par sitios que no están mal en Iowa, albergues decentes para madres solteras como tú. Iré a verte y también iré a ver cómo está tu madre. Pero, por favor, déjalo estar. Deja descansar a los muertos.

—Lo has sabido todo este tiempo —susurro—. Todo este tiempo, me has estado mintiendo.

—Te he estado *protegiendo* —dice.

Niego con la cabeza.

—Dime quién ordenó el atentado contra mi padre.

—No puedo. Tengo que proteger a mi familia. Esta gente... aprietan gatillos sin pestañear. No importa cuál sea su apellido, son todos de la misma especie. Matan sin una pizca de remordimiento. Tu padre y yo nos acercamos demasiado, eso es todo lo que necesitas saber. Y os matarán a ti y a Tommy en un abrir y cerrar de ojos, a menos que os vayáis de aquí. Yo me eché atrás cuando recibí la primera advertencia, pero Daniel... persistió. Persistió hasta que tu madre tuvo que enterrarlo. Por favor, deja de preguntar.

—Todo este tiempo —digo, enfrentándome por fin a una verdad difícil—, las personas en las que más confiaba me han estado mintiendo.

—No es así. Kailyn, te lo juro, he estado intentando mantenerte a salvo.

—¿Sabe mamá que no fueron los Bernardi? ¿También me ha estado mintiendo?

Sacude la cabeza.

—No. Geena sabe incluso menos que tú. Los detalles nunca le importaron. Lo único que le importaba era que su marido había muerto y que su hija se criaría sin un padre. Dejó de hacer preguntas hace mucho tiempo.

—No puedo creerlo...

—Kailyn, ya tienes suficientes problemas. Deja de pedir más. Investigaré a Shane Smith, como te he prometido. Intentaré quitártelo de encima con la poca influencia que me queda en el departamento, pero, por favor... deja de investigar lo que le pasó a Dan. Por el bien de Tommy, al menos.

—Eso no va a pasar. Esto lo estoy haciendo por Tommy también. Lo he mantenido alejado de su padre por las razones equivocadas... —Me detengo antes de dejar escapar toda la verdad entre mis labios, dándome cuenta de que quizá ya no pueda confiar en George. Sean cuales sean sus razones, me ha estado mintiendo. No puedo evitar preguntarme qué más me ha ocultado a lo largo de los años. En qué más ha mentido.

George fija su mirada en la mía.

—¿De qué estás hablando?

—Nada. No tiene importancia. Pero si tú no vas a decirme la verdad, lo averiguaré de otra manera —respondo y dejo un billete de 20 dólares sobre la mesa antes de levantarme para marcharme.

Intenta detenerme, pero me zafo de su agarre.

—¡Kailyn, no! ¡Espera!

—Buenas noches, George. Gracias por nada —digo saliendo con prisas de la cafetería.

El pulso me late como loco mientras busco refugio en la oscuridad de la noche, manteniéndome alejada de la zona iluminada de la acera y atajando por callejones para volver a la parada del autobús.

DIECINUEVE

ACLAN

Bueno, el viejo me ha engañado como a un chino. Aunque tengo que darle crédito por la encerrona. No me la veía vi venir, ni esperaba tener que tratar con Ava delante de mi familia.

Silvio Bernardi puede estar haciéndose mayor, pero todavía sabe lo que se hace. Si no estuviera tan ocupado navegando por aguas peligrosas y turbias con Kailyn y mi hijo, le dedicaría un tiempo a estudiar toda esta situación como una clase magistral sobre cómo joder a alguien.

Tal vez lo analice en un futuro y tome nota a la hora de hacerle pagar a Marco las gilipolleces de esta noche.

—Siento mucho no haber podido llegar antes —dice Ava mientras le acerco una silla junto a la mía, consciente de lo atentamente que todos observan la dinámica entre nosotros—. Papá no ha mejorado, así que tuve que quedarme hasta que Nicholas volviera de la oficina. No quería dejarlo solo toda la noche.

—No es nada, no te preocupes —responde papá—. Por cierto, ¿cómo les va a tus hermanos?

—Nick se está adaptando muy bien al mundo de los negocios, pero Raul necesitará un periodo de adaptación. Es de la vieja escuela, puede demasiado para la dirección que tenemos planeado tomar en el futuro, pero creo que acabará encontrando su propio hueco en la empresa.

—En el peor de los casos, va a la cárcel el primero a esperar sentado. —Se ríe Fred secamente.

Mamá le da una patada en la espinilla por debajo de la mesa, pero todos oímos el golpe.

—Sé amable con tu futura cuñada.

—No se preocupe, señora Bernardi. —Ríe Ava, echándome una rápida mirada de reojo—. Estoy acostumbrada al humor negro, sobre todo de parte de Fred. —Mira a mi hermano y le ofrece una sonrisa fría—. ¿Sabes?, Raul y tú os parecéis mucho.

—Lo dudo —responde él con brusquedad, pero Ava no se deja intimidar.

No puedo evitar apreciar ese detalle de ella. Se necesita ser dura de pelar para prosperar en familias como la nuestra.

—Pues yo lo tengo clarísimo. Ambos sois psicópatas funcionales, a fin de cuentas. Aunque tú has descendido unos cuantos escaños gracias a estar casado y criar a tus hijos. Mi hermano

tiene mucho que aprender de ti.

Me maravilla cómo es capaz de colar un insulto y un cumplido en el mismo paquete políticamente correcto. Fred no puede echarle nada en cara ni tampoco agradecerle el cumplido, porque entonces Marco y yo se lo recordaríamos hasta el fin de sus días.

—Bien jugado —murmuro y le dirijo a Ava una media sonrisa. No puedo hacer mucho más o se podría pensar que me estoy insinuando. No necesitaría más aliento para echárseme encima y eso es justo lo contrario de lo que quiero conseguir—. Entonces, ¿David ha estado pachucho?

—No debería haberlo mencionado. —Suspira Ava, mientras Marco le sirve una copa de chardonnay y mamá le hace un gesto a Fred para que le sirva una porción de tiramisú, no quiere volver a llamar a las criadas para que estén presentes durante esta parte delicada de la conversación. Tengo espías en casa de los Caruso, y siempre existe la posibilidad de que los Caruso puedan colar un espía en nuestra casa—. Papá no quiere que se sepa que el tratamiento no está funcionando tan bien como debería.

—Lamento mucho oír eso —dice papá, que parece realmente afligido—. ¿Qué pronóstico tiene, teniendo en cuenta este asunto del tratamiento, entonces? La última vez que hablé con David, parecía optimista.

—Sí, eso fue antes de que empezara con la quimio —responde Ava, bajando la mirada un momento. Tiene una relación complicada con su padre, pero, como cualquier hija criada en este mundo, quiere profundamente a David—. El médico dijo que le quedan unos meses, puede que un año si conseguimos ponerle una dieta más adecuada...

—David nunca renunciará a la morcilla —resopla papá.

—Eso mismo dijimos nosotros. —Ava ríe con ligereza, aunque no hay mucho rastro de humor en su tono—. Pero está bien, se mantiene ocupado. Las noches se le hacen más duras. Su cuerpo se cansa, y la última sesión de quimio le dejó sin aliento.

Mamá sonríe.

—David Caruso es uno de los italianos más fuertes de esta ciudad, Ava. Si alguien puede enfrentarse a la mismísima muerte, es ese loco...

—Él dice lo mismo de usted, Sra. Bernardi —responde Ava—. Creo que podríamos organizar otra cena pronto para los tres. Usted, el señor Bernardi y papá tienen mucho con lo que ponerse al día, y si su pronóstico no cambia pronto a mejor, querrá tener a sus amigos cerca...

—¿Qué ha estado haciendo tu padre últimamente? —le pregunto—. Has mencionado que se mantiene ocupado.

—Dale un respiro, Ace, la chica acaba de llegar. —Jason se ríe nervioso—. Al menos dale un minuto para que pruebe este vino sensacional —añade, rellenándole la copa de Ava con manos ligeramente temblorosas—. Me lo trajeron de Montalcino la semana pasada.

—Está absolutamente delicioso. Gracias, Jason —responde ella.

Isolde observa a su marido con un brillo de curiosidad en los ojos.

—¿Te importaría llenarme la mía también?

—Nunca olvidaría a mi mujer amada y perfecta —bromea Jason.

—¿Tiene David algún proyecto nuevo sobre la mesa? —pregunto, prefiriendo ignorar a mi cuñado ya que Ava está soltando información valiosa. Una parte de mí se pregunta qué estarán haciendo Kailyn y Tommy a estas horas. Debe de estar leyéndole un cuento para dormir ahora mismo. Casi puedo verlo dormido en sus brazos. También los veo a los dos en un charco de sangre mientras la desagradable sonrisa de Caruso le parte la cara en dos. Necesito información sobre ese cabrón. Necesito saber cómo coño pillarle desprevenido. Cuando Ava no contesta a mi pregunta, cambio de táctica, hay que dar para recibir, después de todo—. Nosotros hemos estado ocupados con los proyectos de urbanización —le digo.

Ava asiente.

—Lo sé, tengo entendido que estáis intentando conseguir que el Grupo Russo os venda los muelles. A papá no le hizo mucha gracia, pero le convencí de que es lo mejor para nuestro proyecto de futuro. Sólo está atando cabos sueltos, o eso dice. Está muy entusiasmado con la idea de trasladar poco a poco nuestros negocios a territorios más legítimos, pero insiste en que hay algunas cosas que deben morir en el pasado antes de que podamos mirar hacia el futuro.

—¿Eso te ha dicho? —respondo, sintiendo que se me hiela la sangre al comprender las violentas implicaciones.

—Palabra por palabra —dice Ava, aunque dudo que esté enterada del tema. David la mantiene al margen de los aspectos más escabrosos de sus negocios, y ella tampoco cuestiona nunca sus decisiones. De hecho, apenas lee las noticias, preocupada por atar cabos que no le interesa atar—. No me gusta cuando se pone así, pero tampoco puedo pararle. Lo máximo que puedo hacer es conseguir que mis hermanos le vigilen y le aconsejen mejor.

Papá frunce las cejas canosas mientras asimila esta nueva información.

—Entonces espero que le digan las verdades desagradables cuando necesite oírlas. Una vez que Ace y tú os caséis, los Bernardi haremos todo lo que esté en nuestra mano en materia de relaciones públicas, pero tampoco podemos hacer milagro. David debe tener cuidado de cara al futuro. Los días de golpes a sueldo y sangre en las aceras se han terminado. Puede caernos encima todo el peso de la ley si no procedemos con máxima precaución.

—Soy muy consciente de ello —dice Ava—. Yo intento hacer todo el control de daños que puedo, pero, por desgracia, mi padre sigue demasiado pendiente de lo que se dicen en las calles en vez de dejar que Raul maneje las cosas con más discreción.

—No puedo culparle —responde papá—. David tiene aversión al cambio. Es difícil dejar atrás las costumbres de la vieja escuela.

—Se rumorea que va a por la hija de un policía muerto —interrumpe Fred—. Esa tal Johnson. Kailyn.

—He oído su nombre, pero no estoy al tanto de ningún detalle —dice Ava, con expresión de que un fantasma le haya barrido la cara. Fred siempre tan directo.

Creo que sabe más de lo que dice, pero eso es típico de los Caruso. Marco abre la boca para

decir algo y cabrearme aún más, pero consigo adelantarme a él.

—Kailyn trabajaba conmigo en el Shackleton hace algunos años —le hago saber—. La vi el otro día, de pasada, y parecía preocupada. Por eso preguntamos. Lo de los Johnson fue un asunto terrible para nosotros, Ava, y seguimos teniendo que hacer control de daños en los medios de vez en cuando. Si Kailyn sale lastimada, los medios nos harán pagar el pato como cuando murió su padre...

—Lo entiendo —dice Ava—. Y aunque no esté de acuerdo con mi padre, me temo que esto no terminará hasta que Kailyn desaparezca para siempre. Preferiría no discutir los detalles...

—Ace está preocupado, como seguramente comprenderás, ya que pronto me sustituirá —interviene papá, cauto en su tono y enfoque—. Tal vez puedas hacerle saber a David que estamos preocupados por la situación de esta chica, sobre todo teniendo en cuenta su pasado con su padre. La chica no sabe nada, ni se ha pronunciado nunca en contra de las familias. Difícilmente se la puede considerar una amenaza. Además, tiene un niño a su cargo.

Ava asiente lentamente.

—Soy consciente de ello. No puedo hacer mucho más que transmitirle vuestras preocupaciones, señor Bernardi. Mientras tanto —añade, volviéndose para mirarme—, tenemos que hablar de la fecha de la boda y elegir el lugar. Estaba pensando en celebrarla en otoño de este año, a mediados de septiembre quizá. Hay un salón precioso junto al río con unos arces que tendrán el color perfecto en esa época, y quizá podríamos...

—Lo siento, Ava, pero mi padre y yo ya estábamos hablando de ello desde antes de que llegaras —la interrumpo educadamente, consciente de que estoy a punto de cabrear al viejo, pero sería una pena desperdiciar una oportunidad así de ganar un tiempo indiscutible y valioso con Kailyn y Tommy—. Dada la condición de David, podría no ser apropiado celebrar una boda todavía. Conozco a un tío que trabaja en Oncología en el Johns Hopkins, y me gustaría que me dejaras ponerte en contacto con él. Están llevando a cabo todo tipo de tratamientos experimentales que podrían darle a tu padre algo más de tiempo. Tenemos todo el tiempo del mundo para poder casarnos y todo lo demás. La salud de David me parece un asunto más apremiante...

Se me queda mirando, pero es difícil interpretar su expresión. Hay un destello de consternación y mucha rabia contenida, aunque no lo demuestra. Al contrario, deja que su mirada recorra la mesa, probablemente preguntándose si alguien más siente lo mismo.

Papá parece a punto de matarme, pero no dice nada. Mamá está lívida y me mira fijamente. Marco no dice nada, como siempre. Casi puedo oír el canto de los grillos entre sus orejas. Fred reprime una sonrisa, mientras que Jason no deja de mirar el reloj, probablemente ansioso por su siguiente dosis. Isolde apenas puede mirar a Ava a la cara.

—¿Estás insinuando que no estoy siendo una buena hija? —me pregunta Ava con tono plano.

—En absoluto. Sólo quiero que David esté mejor de salud para que pueda llevarte al altar —respondo, preguntándome si debería empezar a dormir con una pistola bajo la almohada.

—Lo que mi hijo quiere decir es que nuestra alianza es fuerte y duradera —añade papá—. No depende de una boda rápida. Nuestra amistad es para toda la vida, y en base a ella estamos construyendo un nuevo futuro. Por lo tanto, no nos importaría prolongar el compromiso hasta el año que viene, sobre todo si eso le da a David la oportunidad de estar en tu boda sin carroñeros al acecho.

—Ay, Silvio, que imagen tan cruda —se queja mamá, poniendo los ojos en blanco.

—Me refería a los carroñeros de las otras familias, buena mujer —exclama él.

Pero es demasiado tarde. Toda la mesa estalla en carcajadas. Ava se nos queda mirando un momento, comprensiblemente confusa e insegura de cuál debería ser su reacción. Al final, se une a nuestras carcajadas. Una dosis de humor negro nunca le hace daño a nadie.

En nuestro caso, papá y mamá han conseguido rebajar la tensión de una conversación especialmente dura. También parece tener un efecto positivo en Ava, que acaba cediendo con una amable sonrisa.

—Podemos dejar estos detalles de la boda para más tarde, Aclan —dice una vez que se calman las risas—. Y mientras tanto me encantaría hablar con tu amigo oncólogo del Johns Hopkins. Sé que mi padre no perdería la oportunidad de estar unos años más con nosotros...

La chica tampoco es que sea la peor persona del mundo.

Esta noche no es un fracaso estrepitoso. Tampoco un éxito rotundo, pero el resultado me parece mejor que mi pronóstico inicial. Aún tengo que encontrar la forma de proteger a Kailyn de David Caruso, pero al menos me he quitado a Ava de encima con el tema de la boda. Es el primer paso para rechazarla más tarde, cuando cancele el compromiso. Necesito una estrategia aparte para eso.

UNA VEZ que la conversación sobre los negocios Bernardi-Caruso llega a su deseable conclusión, acompaño a Ava hasta su coche. Un chófer espera tranquilamente al volante y nos mira a los dos con ojos oscuros y curiosos.

Ava se muestra amable y cortés mientras bajamos la escalinata de la mansión de mi familia con vistas al extenso jardín delantero, con su fuente de mármol blanco y su huerto en miniatura de cerezos y magnolios.

—Me alegro de que nuestras familias trabajen juntas —dice—. Aunque desearía que los dos pasáramos más tiempo juntos. Tenemos que aprovechar al máximo nuestro compromiso si vamos a casarnos. No quiero que un completo desconocido me ponga un anillo en el dedo delante del cura.

—No somos desconocidos. Nos conocemos desde niños —respondo con una sonrisa fría.

—Venga ya. —Se ríe ligeramente—. Los dos sabemos que con eso no basta. —Su humor se desvanece en una mueca de preocupación—. ¿No me encuentras atractiva?

—Santo cielo, ¿qué? —balbuceo—. Ava, eres una de las mujeres más hermosas con las que he tenido el placer de codearme. Esto no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Es sólo que nuestras familias se dirigen cada una por su lado a un callejón sin salida. Nos estamos expandiendo, tú estás reinventándote, nuestros padres tienen problemas de salud... Están pasando muchas cosas, y lo último que queremos hacer es precipitarnos.

—Por un momento, pensé que igual había alguien más.

La hay y la ha habido desde hace unos años, pero no puedo decirle eso precisamente. Una vez termine con esto, Ava será a la que le han dado calabazas a menos que encuentre una manera de hacer que ella salga ganando. Es complicado de cojones, pero cuanto más lo pienso, más claro tengo que no puedo casarme con esta mujer.

Mi corazón le pertenece a Kailyn. No puedo mentirme al respecto, y tampoco puedo seguir mintiéndole a Kailyn. Tiene que saber toda la verdad: sobre David Caruso, sobre mi familia y sobre mis planes de futuro. Los Caruso cuidan de los suyos, y los Bernardi también. Es hora de que salga en defensa de mi hijo y su madre. Puede que Kailyn me haya roto el corazón, pero hay una parte de mí que está segura de que también es la única que puede recomponerlo.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Ava.

—En esta vida tan complicada que nos ha tocado —le digo—. A veces tenemos que tomar decisiones desagradables para proteger a las personas que nos importan. Nos hace parecer los villanos de la historia, pero si no damos un paso al frente... nadie más lo hará.

—Supongo que sí... ¿Qué tal si fijamos una cita para la semana que viene? Tengamos todo un día para nosotros —dice—. Puedo hacernos una reserva en un spa, tal vez ir a un restaurante después, o un parque. ¿Y terminar la noche con un cóctel en tu casa? Ya va tocando.

No me escucha, pero no puedo culparla. Algún día, recordará este momento y verá exactamente lo que he intentado decirle. Quizá hasta lo entienda.

—Podemos hablar de hacer algo juntos —le respondo.

—Estupendo. Hablaré con mi ayudante y le diré que se ponga en contacto con la tuya —bromea, me besa rápidamente en los labios y se sube al asiento trasero.

—¡Nos vemos! —Me despido con la mano mientras el coche sale de nuestra calle y desaparece en la noche.

Respiro hondo y me concedo un momento antes de volver a entrar. El daño ya está hecho y, si no lo controlo ahora, la situación solo irá a peor. Esto no va sólo de una novia a la que podría echar a la calle, con el corazón roto y todo. Se trata de mi hijo. Y aunque Kailyn puede ser de otra opinión cuando digo que un hijo necesita a su padre, soy lo suficientemente hombre para reconocer que también necesita a su madre. Lo que implica que su seguridad, así como la de él, es primordial.

Tendré que hablar con mi padre en privado e inventar la mentira menos catastrófica que se me ocurra, porque Dios sabe que soy demasiado cobarde para decir la verdad. Le diré que Kailyn y yo nos casamos en secreto hace años. Puede que me crea. Se me da bastante bien ocultarles mi

vida personal al resto de la familia.

Conseguiré un certificado de matrimonio falsificado. ¿De qué sirve tener todas estas conexiones clandestinas si no voy a aprovecharlas? El matrimonio le ofrecerá protección a Kailyn porque el matrimonio la hará formar parte de la familia.

David Caruso no se atreverá a ir detrás de una esposa de Bernardi. No habiendo tanto en juego. No podrá hacerlo sin arrastrar a ambas familias al fango, a la sangre y al foco de los medios. También haría que se inmiscuyan a los federales. Tendrá que morderse la lengua. Puede que nuestro pacto se rompa, pero tendrá que renunciar a su empeño contra Kailyn de cualquier manera.

—¿Te preocupa algo, hijo? —pregunta papá, incitándome a darme la vuelta.

Está en lo alto de la escalera, con las manos en los bolsillos, midiéndome de pies a cabeza. Le hago un gesto cortés con la cabeza y le sonrío con timidez.

—Desde el primer momento en que me dijiste que querías que me hiciera cargo, te advertí de que no te lo pondría fácil —le digo—. Tienes que dejarme hacer las cosas a mi manera, papá, de lo contrario, nunca tendré éxito.

—Oh, no dudo de tus habilidades, Ace —responde—. Es tu terquedad lo que me preocupa. Tu egoísmo. Haces más por ti que por la familia, y eso acabará por volver para morderte en el culo. Mira a mi hermano, Enzo.

Enzo pasó de ser el futuro capo Bernardi más prometedor como hermano mayor de papá al paria del que menos se hablaba, la oveja negra de la familia. Le importaba más su paz y su carrera de profesor que hacerse cargo del negocio de mi abuelo. No obstante, está jubilado tras cuarenta años de docencia en North-Western y en compañía de un pequeño ejército de nietos. Está bien y sano, descansado y feliz. Pero para papá y todos los demás, no existe. Dejó de existir el día que le dijo a mi abuelo que no iba a seguir sus pasos. Recuerdo la historia tal y como me la contó mi padre. Quiere profundamente a Enzo, pero no se hablan desde hace cuarenta años.

—Nos vemos la semana que viene, papá —le digo, decidiendo volver a casa en lugar de tener la conversación que sé que necesito tener con él—. Dile a mamá que la quiero.

—¿No te quedas a tomarte un chupito de Limoncello, al menos?

—No, ya he tenido suficiente.

Observa cómo vuelvo al coche. Lance, uno de mis chóferes, me ve llegar, gira la llave en el contacto y el motor vuelve a rugir. Ya he tenido bastante, sí. Basta de que los Caruso y demás personas tomen decisiones que cambiarán mi vida. Me dijeron que tenía que casarme con Ava, no me pidieron que me lo pensara. Necesito labrar mi propio camino lejos de la oscuridad de siglos de mafia.

El camino de vuelta es tranquilo. Vamos por calles secundarias y callejones poco iluminados para evitar que nadie nos siga. Sé que Caruso me vigila siempre que puede, pero últimamente anda con mucho cuidado desde que me traje a Kailyn y a Tommy a casa. Dios, quiero abrazar a mi hijo y olerle el pelo.

Es increíble lo rápido que se ha colado en mi corazón y se ha negado a irse desde entonces. Lo quiero con la fuerza de toda una galaxia, y quemaría el planeta entero para mantenerlo a salvo. Y haré lo mismo por su madre. Sólo espero no tener que llegar a esas.

Sin embargo, en cuanto entro en casa y me doy cuenta de que Kailyn no está, mi mente se precipita ya hacia ese horrible escenario. Encuentro a Lola durmiendo en el sillón junto a la cuna de Tommy en el cuarto de invitados y, al registrar las demás habitaciones, me queda claro que Kailyn se ha ido. Reviso el armario y me cuido de mirar también debajo de la cama. Sus maletas siguen aquí. Lola se despierta por todo el jaleo, con los ojos grandes como platos cuando la miro.

—Dios mío, Sr. Bernardi. Debo haberme quedado dormida. Lo siento mucho...

—No pasa nada, chica; de todas formas, has estado trabajando más de la cuenta —le digo—. ¿Dónde está Kailyn?

—Lleva fuera un par de horas, pero no me quiso decir adónde iba. Intenté detenerla, pero...

—¿Es una cabezota y una imprudente? Lo sé —respondo.

La ira se agolpa rápidamente en mis sienes, haciendo que la tensión se dispare por todo mi cuerpo. De todas las noches en que Kailyn podría haber hecho algo así...

VEINTE

KAILYN

Con cuidado de que no me reconozcan ni me sigan, cambio varias veces de autobús antes de volver a casa de Ace. Es un barrio tranquilo con unas tenues farolas ámbar y muchas cámaras de seguridad instaladas en todas las propiedades.

Vivir con una Bernardi tiene sus ventajas, por mucho que odie admitirlo.

Me detengo primero en el cuarto de invitados, esperando ver a Lola dormida en el sillón mientras Tommy cuenta ovejitas peludas en sus sueños de bebé, pero me quedo paralizada en la puerta cuando veo a Ace sentado en su lugar y mirándome con furia.

—Mierda —susurro—. Puedo explicarlo.

De un vistazo, veo a mi hijo profundamente dormido bajo su mantita y abrazado a su juguete favorito. Al menos él está bien y no es consciente de la que se avecina.

Ace salta de su asiento y cruza la habitación para llegar hasta mí. Apenas tengo tiempo de dar un paso atrás, pero es todo lo que puedo hacer antes de que me coja del brazo y me lleve furioso a su dormitorio.

—¿Has perdido la cabeza? —pregunta con una voz demasiado calmada que contrasta con las emociones que veo arremolinarse tras sus ojos—. ¿Dónde demonios has estado? Y sin llevarte a uno de mis chicos para que te cubra las espaldas.

—¡Lo siento! Es que... Lola dijo algo que tenía demasiado sentido... Y tenía que descubrir a la verdad de alguna manera —le digo.

—¿De qué estás hablando?

—De mi padre. De cómo murió. De quién lo mató —consigo decir, con el labio tembloroso por el nerviosismo.

Y así, la rabia de Ace se desvanece en una calma espeluznante, sus anchos hombros se hunden mientras sus ojos buscan mi cara.

—¿A quién has ido a ver? Supongo que intentaste encararte con alguien.

—Con el antiguo socio de mi padre, George.

Y así como así, la inquietante calma se convierte en pavor helado en su rostro.

—¿Sabe que estás aquí conmigo, Kailyn?

—¿Has sabido la verdad sobre la muerte de mi padre todo este tiempo? —Disparo yo, de

repente consciente—. ¿Sabías que Feldman estaba al tanto? ¿Que me había estado ocultando secretos? ¡¿*Todos* me habéis estado ocultando secretos?!

—No exactamente —dice, rascándose la nuca—. No tenía pruebas suficientes que darte, y sabía que el hecho de que yo sea un Bernardi no ayudaría a que me creyeras. Sabía la verdad porque conozco a mi padre y sus negocios. Nosotros nunca hemos vendido ni venderemos drogas. Eso siempre fue territorio de los Caruso.

—Así que sabías que Caruso ordenó el golpe.

—¿Cómo podía probarlo? Y precisamente a ti.

Soy yo la que se queda sin palabras, y por una buena razón. Ace tiene razón. Dudo que le hubiese creído. Estaba convencida de que los Bernardi estaban detrás del asesinato de mi padre. Los periódicos lo decían. Mi madre lo dijo. George Feldman lo dijo. Creerle a un Bernardi hubiera sido una estupidez en retrospectiva. No puedo culpar a Ace por ocultarme esto. Yo lo hubiera rechazado de plano.

Le miro, con los ojos llenos de lágrimas mientras busco las palabras adecuadas. Él me mira, con una disculpa reflejada en cada centímetro de su rostro.

—Siento que hayamos acabado así —dice.

Sacudo la cabeza. No debería ser él quien se disculpara. Le alejé de su hijo durante tres largos años.

—Si pudiera volver atrás en el tiempo —empiezo a decir.

—Ambos cometimos errores, Kay. Podría haber intentado decírtelo, sin importar las consecuencias. Quizá no me hubieras escuchado, pero debería haber sido sincero contigo desde el principio. Por otra parte, tal vez nunca nos hubiéramos acercado tanto si te hubiera dicho la verdad. Tal vez haya un motivo para que todo resultara así. Tal vez estaba destinado a que pasara así. Lo que importa es lo que hagamos a partir de ahora... —Hace una pausa y frunce ligeramente el ceño—. ¿Te ha seguido alguien?

Sacudo la cabeza.

—Cogí varias líneas de autobús, fui y volví un par de veces. Me moví por callejones y calles laterales y llevaba la capucha puesta. Nadie me ha seguido.

—Bien —dice, sentándose en la cama y ahuecándose la cara con las manos. Parece derrotado, como si toda la vida le hubiera sido succionada de cada miembro y cada parte de mí quiere hacer cuanto pueda para insuflarle vida de nuevo, pero no es responsabilidad mía. Y nunca lo será.

—¿Qué tienes en mente, Ace?

Se pasa las manos por la cara antes de dirigir su mirada a la mía. No me gusta cómo me mira... como si lo sintiera. Es un arrepentimiento que rezuma agotamiento.

—Ava Caruso se ha pasado a tomar unas copas con la familia esta noche —me dice por fin y, aunque para mí es como un puñetazo en el estómago, no es algo por lo que él deba sentir la más mínima culpa. Se van a casar y yo no soy más que el estallido del pasado que apareció con un

hijo secreto.

Me siento a su lado, midiendo mis palabras antes de pronunciarlas.

—¿Le has contado lo nuestro... lo de Tommy? —pregunto, abordando de frente el tema ineludible de la conversación.

La risa que sale de sus labios carece de todo humor.

—No, pero tengo que decírselo. Me está presionando para que fijemos una fecha para la boda. Necesito formar parte de la vida de Tommy. Necesito ser su padre.

No estoy en desacuerdo. No le escupo las palabras que le escupí la primera vez que se enfrentó a mí por el tema de nuestro hijo. Ha demostrado que sabe cómo amar y qué clase de monstruo sería yo si no permitiera que mi hijo supiera lo que se siente al tener un padre al que le importa.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—Cásate conmigo —responde Ace sin perder el ritmo tan de sopetón que no estoy segura de haberle oído bien—. Es la única manera que veo de que esto funcione. Le diré a papá que llevamos casados desde el Shackleton, que diste a luz a mi hijo y que celebramos una ceremonia privada y secreta. Que os he estado escondiendo a los dos desde entonces, inseguro de cómo darles la noticia a mi familia cuando ya estaban discutiendo los términos de la paz con Caruso —dice—. Cabreará a todos, seguro, pero no intervendrán en nuestra relación. Nos conseguiré un certificado y todo. Cuando eso pase, serás intocable para Caruso. No se atreverá a romper nuestro tratado de paz por esto. Y Ava... se mostrará razonable, lo sé. Se parece mucho a su padre, pero no es una asesina despiadada. Puedo hablar con ella.

—Ace... —digo, poniéndome en pie, intentando asimilar todo lo que acaba de decir. Aterrorizada de cada una de sus palabras.

—Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para manteneros a salvo a ti y a nuestro hijo. —Se pone en pie para unirse a mi paseíllo antes de ponerme las manos en los hombros y tranquilizarme.

—Te amaba entonces —dijo—. Y habría estado preparado a casarme contigo en cualquier momento; entiendo que las cosas son diferentes ahora, pero... podría ser sólo un matrimonio en papel. Una locura que hacemos para mantener a Tommy a salvo porque somos sus padres y eso es lo que los padres hacen por sus hijos. No es que todo el mundo se case por tener un bebé. Hay un montón de gente que decide no comprometerse y aun así criar a sus hijos a las mil maravillas. Hay padres solteros y madres solteras que lo hacen muy bien, también. Yo sólo... quiero decir... —Respira hondo. Es el primero respiro desde que empezó a hablar—. Lo que intento decir es no tiene por qué significar nada más que eso a menos que... —Sus palabras ya no son un galimatías, son intencionadas, a pesar de que deja la frase abierta.

—¿A menos que qué? —susurro.

—A menos que tú quieras.

No sé qué decirle. Ni siquiera reacciono. Me quedo de pie, mirando a la nada, con muchos

pensamientos martilleándome la cabeza. A menos que yo quiera. Hay tantas cosas que se han roto entre nosotros que ni siquiera estoy segura de que haya una forma de volver a ser el todo que una vez fuimos. Pero cuando me imagino volver a ser un todo con otro, tampoco puedo verlo.

—Vale —le digo y juro que su cara se ilumina como los fuegos artificiales del cuatro de julio. Y entonces se inclina hacia mí. Cuando me besa esta vez su beso es suave y prometedor, gentil e indulgente. No creo que vaya a borrar los últimos tres años, pero sin duda es un comienzo.

Puede que estemos planeando una boda falsa, pero este beso es muy, muy real.

Le doy la bienvenida a su pasión mientras el hambre aumenta y nuestras lenguas se enredan y luchan vorazmente por llevar la voz cantante. Nuestras ropas vuelan de un lado a otro antes de que acabe en la cama, tumbada boca arriba mientras Ace me quita las bragas de encaje. Me besa poco a poco, como si quisiera grabar cada rincón en su memoria. Pero cuando llega *ahí abajo,* no me cabe duda de que la memoria muscular está jugando a su favor.

Con las manos a ambos lados de mis muslos, me separa las piernas, manteniéndolas a una distancia que no permite interrupciones.

Con nada más que su lengua, separa mis pliegues con suavidad y la desliza hasta mi clítoris. Aprieto tanto los ojos que unos pequeños latidos me bailan tras los párpados. Me siento demasiado bien. Es demasiado perfecto. Es como una respuesta a la pregunta de si queremos o no probar esto del matrimonio de verdad, porque ningún novio podría besarme ahí de la forma en que él lo está haciendo ahora. Ace me estimula de una manera en que estoy segura que sólo un marido podría.

Me desgarra con los dedos y me chupa el clítoris, lamiéndolo y mordisqueándolo hasta que grito su nombre y el orgasmo se apresura a romperme en pedacitos. Me agito como un lago turbado por la caída de una roca, las olas golpean contra la orilla una tras otra mientras me hago pedazos. Sus dedos en mi interior siguen provocándome más allá del frenesí. Casi me duele, pero no quiero que pare. Cada terminación nerviosa me arde cuando me rindo a él.

Sin previo aviso, Ace sube por mi cuerpo hasta posarse en mis labios. Me saboreo en él y eso me excita aún más. Levanto las piernas y las cierro alrededor de su cintura cuando él se abre paso dentro de mí.

Nunca me cansaré de ver lo grande que se le pone, lo grueso, venoso y absolutamente maravilloso que es. Me llena y me estira hasta los confines del placer más crudo, y yo levanto las caderas para recibir cada una de sus embestidas. Me recorre el cuello con besos húmedos antes de centrarse en mis pechos, lamiéndolos y chupándolos hasta que gimo con fuerza y empujo el pecho hacia arriba, pidiéndole que me consuma por completo.

Me sujeta con firmeza, con la boca ocupada en un pecho y levanta una mano para agarrarme del pelo. Tira con fuerza hacia atrás, lo que provoca que un siseo serpenteante se escape de mis labios mientras le clavo las uñas en la espalda. Lo convierto en un ñu mientras embiste

violentamente contra mí, cada vez más fuerte, hasta que me quedo sin aliento.

Aprieto mi núcleo alrededor de su polla mientras llegamos más alto, mientras apuntamos al cielo.

Se convierte en una danza salvaje y sin sentido entre nuestros cuerpos y nuestras almas mientras conectamos en lo más profundo. Ya no hay límites, me embiste con todo su vigor y yo lo recibo sin quejas.

—Nunca te detuve —susurra y eso es todo lo que necesita para deshacerme por completo.

VEINTIUNO

ACLAN

Tardé mucho más de lo previsto en concertar una cita con Frank Russo y su socio, Charlie. O realmente han estado ocupados esquivando citaciones e inspecciones estatales, o simplemente estaban esperando su momento e intentando conseguir una oferta mejor de Caruso. Por fin, mis hermanos y yo hemos pasado por la puerta esta mañana, y una asistente bastante reservada ronda por ahí como una nube sutil para que rellenarnos el café.

Pero yo no toco estas cosas estando a punto de heredar el imperio de mi padre. Los venenos y las neurotoxinas se han vuelto excepcionalmente sofisticados, así que he aprendido a ser muy cauteloso cuando acepto comida o bebida de gente que no está afiliada a nuestra familia.

Hasta que no tengamos la firma de Russo en un contrato de venta, no es de fiar. Además, por las mañanas Kailyn prepara un moca buenísimo, con tanta cafeína como para resucitar a un elefante comatoso. El olor cítrico de su piel perdura en mi mente largo rato después de salir de casa. Podría acostumbrarme a esto. Quiero que sea la norma.

—Gracias por vuestro tiempo —le digo a Frank cuando su ayudante se retira de la mesa. Frederick está ocupado devorando un platito de cruasanes, mientras que Marco sigue mirando a Charlie de forma poco amistosa sin decir palabra. Charlie solía suspirar por la mujer de Marco, si no recuerdo mal. Pero de eso hace casi quince años. Mi hermano sí que sabe guardar rencor—. Nuestras secretarias tardaron una eternidad en conseguirnos una cita con vosotros.

—Tendrás que perdonarnos —dice Frank, pasándose una mano por su escaso pelo gris—. Las cosas han estado moviditas por aquí... El ayuntamiento tiene las garras bien clavadas esta vez.

—¿Es por eso que has estado teniendo problemas para vendernos el muelle? —le pregunto.

Frank y Charlie intercambian una rápida mirada.

—Sí y no —responde el primero—. David Caruso también estaba interesado en los muelles. Su oferta no era ni de lejos tan tentadora como la vuestra, pero quería asegurarme de que tenía toda la información que necesitaba antes de rechazarla. El señalarle que pronto te casarás con su hija hizo que se echara atrás. Charlie fue el de la idea.

—Le dije que no querría disgustar a su futura familia política por un pedazo de tierra —añade su compañero con una sonrisa de suficiencia—. Creo que tiene muchas ganas de que se

celebre esa boda, Ace.

Me río secamente.

—Todo el mundo quiere algo de mí en estos días, ¿eh?

Se desatará el infierno cuando presente a Kailyn como mi mujer, pero hasta entonces debo jugar mi papel con la mayor maestría posible si quiero conseguir que se firme este acuerdo.

Marco, como de costumbre, intenta apartarme de la conversación.

—¿Vamos a firmar los contratos hoy o qué? —me pregunta.

—Todo a su debido tiempo —dice Frank, dedicándole un tono ligeramente más frío al antiguo heredero Bernardi caído en desgracia. Parece que nunca dejarán a Marco que lo olvide —. Ace, ¿cómo van las cosas con tu padre, cómo lo lleva?

—Ah, bueno... Ya sabes cómo acaba uno a partir de cierta edad. Todo te duele. Sientes el más mínimo dolor en el pecho y piensas... demonios, aquí ha llegado ese infarto que me temía, pesulta que sólo son gases de los tacos de gambas de ayer —respondo, provocando la risa franca de Frank y Charlie.

—Conozco la sensación, sí —dice Frank—. Pero, ¿cómo va su salud? Sé que cada vez te carga más responsabilidades a ti.

—Nos estamos preparando para que me tome yo las riendas oficialmente —digo—. El viejo está bien, o todo lo bien que puede estar, pero le reconoceré que sigue estando fuerte como un roble.

—Sí, aún puede darnos una buena azotaina si nos pasamos de la raya. —Sonríe Fred.

Frank me sonríe.

—Entonces esto es todo, ¿eh? Ahora tú diriges el negocio familiar.

—No está solo —apunta Marco.

—Tengo unos zapatos muy grandes que llenar —le digo a Frank, intentando mantener un tono neutral y diplomático durante toda la conversación—. Y tengo que empezar preguntándoos a vosotros, colegas... ¿Estáis listos para vendernos ya ese muelle, o hemos venido hasta aquí sólo por el café y la bollería francesa?

—No, no. No os hemos llamado para nada —responde Charlie asintiendo con la cabeza—. Estamos listos para vender. Tú idea es construir allí un proyecto residencial, ¿verdad?

—Junto con un mega centro comercial y un spa, sí —digo—. Piscinas de agua dulce, salones de masaje, todo el tinglado, ya me entendéis.

Frank lo aprueba mientras nos pasa un contrato por la mesa para que lo leamos.

—Hemos hecho unos pequeños ajustes en los papeles que nos enviaste. Echad un vistazo y decidme qué os parece. Estaremos listos para firmar cuando estéis de acuerdo.

Marco intenta leer el contrato primero, pero Fred le aparta la mano con un golpetazo sutil. No puedo evitar sonreír mientras cojo los papeles y estudio sumariamente cada página, consciente de los cambios en cuanto los detecto.

Al menos, la asistente de Frank tuvo la amabilidad de resaltar cada enmienda antes de

imprimirla. Sin embargo, una vez que escaneo el documento, hago una lectura en profundidad sólo para comprobar y asegurarme de que no hayan colado subcláusulas que no estén marcadas de ninguna manera. Conozco a Frank Russo lo suficiente como para saber con qué facilidad puede joderle la vida a un cliente si no va cuidado.

—¿Cómo pinta la cosa? —me pregunta Fred.

Marco ya no puede ni mirarme. Sigo sintiendo pena por él, pero teniendo en cuenta lo que tuve que hacer para protegerle a él el culo y a la familia, ya no puedo permitir que me consuma ninguna culpa fuera de lugar. Cojo un bolígrafo y firmo cada página, dedicando a Frank y Charlie alguna que otra sonrisa.

—Estamos listos, caballeros. Haré que transfieran el dinero en cuanto firméis —les digo.

Una vez que todos tienen sus John Hancock sobre papel, utilizo la aplicación bancaria para transferir los fondos directamente a la cuenta del Grupo Russo. Queremos que la transacción sea limpia y legal para evitar futuros enfrentamientos con las autoridades. Uno a uno, los grupos mafiosos que solían dirigir las calles de Chicago están empezando a volverse legales; la mayoría de ellos están utilizando acuerdos con los Bernardi para desarrollar rastros de papel inocuos, protegiéndose así de los objetivos de la ley RICO. A mí no me importa en absoluto, estamos comprando terrenos a la mitad de los precios de mercado debido a lo desesperados que están algunos de estos tipos por quitarse de encima a la policía y a los federales.

El negocio ha estado en auge para nosotros, y me alegro de haber tirado de otra alfombra bajo los pies de Caruso. De una forma u otra, tendrá su merecido por lo que le hizo al padre de Kailyn. Ensució la imagen de mi familia con su basura infestada de drogas, y le hizo mucho más difícil a Kailyn confiar en mí y estar conmigo. Yo seré su karma tarde o temprano.

—Está hecho —le digo a Frank—. Los fondos deberían llegar a tu cuenta por la tarde. He enviado un comprobante de pago a tu correo electrónico profesional.

—Fantástico, me aseguraré de que Contabilidad lo reciba —responde.

—Ahora tenéis un departamento de contabilidad, eh —dice Fred, comprensiblemente divertido—. Atrás quedaron los días en que Charlie solía sentarse en la trastienda de ese viejo almacén vuestro, encorvado sobre los libros y arreglando números por si Hacienda tenía algo que decir...

—Pero me gusta la nueva contable —responde éste—. Me recuerda a una chica con la que salía —añade, lanzándole a Marco una larga mirada cargada de intenciones.

Sin embargo, mi hermano no puede decir ni una palabra. El golpe que Fred le dio la mano no fue un gesto juguetón, fue una advertencia, y Marco sabe que no hay que pasarse de la raya cuando le tocas las narices hasta a nuestro hermano el ejecutor. Lo único que puede hacer es sonreír y fingir que está de acuerdo con todo lo que se dice en esta enorme mesa de cristal.

—Bien. Necesitáis gente en la que se pueda confiar —le digo a Frank.

—¿Qué os parece si os hago una vista guiada por el edificio? —responde—. Es la primera vez que estáis en nuestra nueva sede, ¿verdad?

—Estaría bien. ¿Por qué no te llevas primero a Fred y a Marco? Tengo que ponerme al día con Charlie, luego nos reuniremos contigo —digo.

Frank acepta. Acompañado por su ayudante de pechos turgentes, escolta a Fred y Marco fuera de la sala de reuniones. Mis dos hermanos me miran extrañados, pero les respondo con una suave sonrisa para acallar cualquier inquietud que quieran plantearme más tarde. Una vez fuera, miro a Charlie y me reclino en la silla.

—¿Hay micrófonos en la sala?

Sacude la cabeza.

—Peinamos todo el edificio todos los días a las 6 de la mañana.

—Bien. Necesito hablar contigo, y que quede entre nosotros dos.

—Me lo figuré en cuanto echaste al viejo Frankie. ¿Qué pasa?

—Es bastante delicado, así que espero que seas discreto.

Charlie sonríe.

—Lo que sea por Ace Bernardi. Aún te debo la vida, ¿recuerdas?

—Marco era un niño idiota. Lo único que hice fue evitar que te matara en medio de un restaurante lleno de gente.

—Me habría disparado.

—Sí.

—Eso fue hace años, y me costó a la chica de mis sueños... pero nunca olvido una deuda de por vida, Ace, así que sea lo que sea lo que necesites, es tuyo —dice.

En un momento dado, la competencia entre Marco y Charlie por Louise había llegado al punto de ebullición y, aunque Charlie solía ser mucho más brusco de lo que es hoy, mi hermano era infinitamente peor y francamente temerario. Todo desembocó en un enfrentamiento armado en el restaurante Donna's, un establecimiento respaldado por los Bernardi donde la mayoría de las grandes familias italianas disfrutaban de exquisitos platos de marisco y vinos sicilianos poco comunes. Lo último que quería nadie en aquel momento era verse con un baño de sangre por la mano de Louise. Tuve que intervenir y hacer entrar en razón a Marco, que había apuntado a Charlie con una pistola. A veces me pregunto si Louise aceptó casarse con él sólo para quitárselo a Charlie de encima. Aquella noche podría haber acabado en tragedia.

—Gracias, Charlie. —Me inclino sobre la mesa, con los codos apoyados en el borde liso—. Necesito un certificado de matrimonio. Había otro tío al que solía recurrir para este tipo de cosas, pero resulta que... andar con la mafia mexicana te lleva a acabar en una prisión mexicana. Me han dicho que el agua del grifo allí no la tocan ni los perros.

—Siento oír eso. ¿Pero para qué necesitas un certificado de matrimonio falsificado?

—Para mí.

Charlie levanta una ceja.

—Supongo que no es para ti y Ava Caruso.

—No. Estos son los datos que necesito ver en ese certificado —le contesto y le paso una nota

adhesiva por la mesa. Lo comprueba y se lo guarda en el bolsillo del pecho—. Con fecha de hace tres años. Puedes hacerlo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto costará?

—¿Para ti? No seas tonto, Ace. Es gratis. Una deuda de por vida es una deuda de por vida, hermano. Pero dime una cosa... vas a usar este certificado de matrimonio para escabullirte de la boda con la hija de Caruso, ¿verdad?

Asiento una vez.

—Precisamente.

—Eso cabreará mucho al viejo cabrón.

—Cierto. Pero tendrá las manos atadas, y no puede permitirse empezar una guerra con nosotros, no en este momento. Ya tiene al FBI respirándole en la nuca.

Charlie se ríe ligeramente.

—¿La chica existe?

—Y tanto.

—¿La quieres? —No contesto, pero mi cara debe decirlo todo porque Charlie me da una palmada en la espalda—. Caruso va a por ella, te das cuenta de que...

Ni siquiera intento averiguar cómo lo sabe. Charlie no es idiota.

—Por eso estoy aquí, pidiéndote este favor.

—No digas más, Ace. Yo me encargo.

Es cuanto necesitaba oír. Por primera vez en lo que me parece una eternidad, estoy empezando a pensar que podría salir de esta. Quizás... solo quizás... Este certificado de matrimonio será suficiente para mantener a Caruso alejado de Kailyn y mi hijo. Tendré que hacer mucho control de daños una vez que la noticia recorra la ciudad, pero una vez tenga a los Caruso a una distancia segura, todo lo demás será mucho más fácil de resolver.

Sólo queda un poco más, Kay, y el mundo sabrá que eres mía.

VEINTIDÓS

ACLAN

Una vez tengo lista la licencia de matrimonio, paso a la siguiente fase de mi plan llevando a Kailyn y a Tommy a la casa familiar para la cena del domingo. Como es natural, en cuanto ponemos un pie en el comedor, nos bombardean con miradas que varían entre confusas y recelosas.

—Buenas noches a todos. No hay manera fácil de hacer esto, así que voy a ir directo al grano. Estoy seguro de que algunos recordareis a Kailyn del Shackleton. Es mi mujer, y este es nuestro hijo, Thomas.

A Isolde se le cae el vaso sobre la mesa. Por suerte, es agua con gas lo que se derrama cuando maldice en voz baja y se apresura a pasarle una servilleta al fino mantel de lino. Jason no se da cuenta de lo que está pasando. Estoy seguro de que va colocadísimo.

—¿Estás bien, nena? —murmura.

—Para nada —responde secamente, y luego me lanza su legendaria mirada asesina a la que yo respondo con un inocente encogimiento de hombros—. Tienes agallas, pedazo de loco....

—Al menos ya se sabe el secreto —digo.

Mamá es la primera en levantarse de la mesa. Fred y Anita se han quedado mudos. Estoy seguro de que las neuronas de Marco han dejado de funcionar. Menos mal que esta vez su mujer se ha quedado en casa con los niños. Louise se ha ahorrado pasar por tal vergüenza esta noche. Maria y Leonard parecen perplejos y divertidos a partes iguales, aunque ambos sonríen al instante cada vez que Tommy les mira.

Kailyn se ha quedado paralizada a mi lado, pero el tener a nuestro hijo en brazos consigue relajarla un pelín. Casi puedo oír cómo le late el corazón. Pero ya se ha descubierto el pastel. No se me ocurre una forma mejor de darle la noticia. Pero mamá... maldita sea, apenas puedo imaginarme que piensa cuando se nos queda mirando.

—Sé que tendréis muchas preguntas y os prometo que haremos todo lo posible por responderlas —añado, consciente de que la atmósfera se está espesando demasiado como para que nadie lo resista—. Pero os aseguro que... no es ninguna broma. Es un secreto que he estado desde hace tres años, y ya no puedo más.

—¿Qué significa esto? —dice mamá finalmente.

—Conocí a Kay en el Shackleton...

—Sí, todos nos sabemos esa parte ya —suelta Marco—. ¿Qué pasa con el niño?

—Es mi hijo —respondo sin rodeos.

Kailyn ni siquiera puede encontrar su voz, pero no es que pueda culparla. Es un milagro que siga en pie. Sin embargo, hemos ensayado para este momento y sé que no me defraudará en caso de apuro. Acordamos que yo sería el que más hablase durante toda la cena. Papá no me quita los ojos de encima.

—Lo siento de veras —añado—. Kailyn y yo... nos enamoramos. Y cuando se quedó embarazada, decidimos quedarnos con el bebé. Hice de ella una mujer honesta, pero no encontraba la forma de decíroslo. Ambos hemos estado viviendo esta... vida secreta... Pensé que era más seguro para todos si nos lo guardábamos mientras esperábamos a que se aclararan las aguas. Había problemas con los Caruso y las demás familias en aquel entonces también. Era lo mejor para mi mujer y nuestro hijo, pero ya no.

—Aclan... Has aceptado la mano de Ava Caruso en matrimonio —dice mamá—. Lo hiciste *sabiendo que...* ya estabas casado. Figlio mio, ¡¿en qué estabas pensando?!

—Pensaba en seguirle la corriente hasta encontrar el momento adecuado para compartir esta verdad con mi familia —respondo—. Pero surgió un problema tras otro... y aquí estamos.

Fred resopla, sacudiendo la cabeza.

—Así que por eso estabas tan a medio gas con el compromiso con Caruso. Mono de dos caras...

—Las cosas son complicadas, y prometo que lo explicaré todo —digo, mirando de nuevo a papá. Sigue con la mirada fija, probablemente procesando este inesperado giro de los acontecimientos. Soy consciente del aprieto en el que lo he puesto, pero este es el mejor de los peores escenarios posibles con respecto a Kailyn y Tommy. Necesitan la protección de los Bernardi, y no se me ocurre mejor manera de hacerlo—. Quería traerlos esta noche para que todos tuviéramos la oportunidad de sentarnos a la mesa a cenar como una familia completa. Mentir nunca nos ha hecho ningún bien a ninguno, así que mejor hacemos borrón y cuenta nueva.

—¿Borrón y cuenta nueva? —responde mamá, con las cejas fruncidas—. Aclan... Tienes una mujer. Estás casado desde hace tres años. Tienes un hijo. Mi nieto. ¿Cómo has podido mirarme a la cara todo este tiempo y... mentirme?

—Lo siento, mamá, lo juro... lo hice por Tommy. Entiendes perfectamente lo retorcido que puede ser un tipo como Caruso, sobre si Kailyn está involucrada. Ya es bastante malo que destruyera a su familia... No podía dejar que le hiciera lo mismo a ella también. Las cosas simplemente sucedieron así, y las presiones de tomar el lugar de papá me nublaron el juicio. Los dos lo sentimos muchísimo —digo, asintiendo hacia Kailyn con confianza.

—Yo tengo la culpa —comenta ella con voz temblorosa—. Como todos sabéis, mi relación con las Familias de Chicago es... complicada, por no decir otra cosa. Me imaginé que también

estábamos protegiendo a Ace todo este tiempo, y no sólo a Tommy. Pasaré el resto de mi vida ganándome vuestro perdón, si es necesario...

Maria no puede apartar los ojos del niño. Mamá tampoco.

Marco se aclara la garganta.

—Sé que es una opinión poco popular, pero no estoy seguro de que el crío sea tuyo, Ace. Si no, ¿por qué ibas a mantenerlo en secreto? Tener un heredero a la silla de los Bernardi es motivo de orgullo en nuestra familia, no de temor.

—Ay, pero si salta a la vista que es hijo de Aclan. —Mamá suspira cuando se acerca.

Tommy le dedica una tímida sonrisita, con los brazos bien cerrados alrededor del cuello de Kailyn.

—Veo sus ojos —continúa mamá, acercándose poco a poco a medida que su mirada empieza a suavizarse—. No cabe duda de que es un Bernardi. Los ojos, la nariz... —Hace una pausa para mirar con intensidad a Kailyn—. Este angelito ha conseguido sacar lo mejor de los dos. Con suerte, cuando sea mayor más sentido común que vosotros dos juntos.

—Sra. Bernardi, lo siento mucho... —intenta hablar Kailyn, pero mamá levanta una mano para silenciarla educada pero firmemente.

—Para ti soy mamá. O Concetta —responde con la dignidad de una nonna italiana irritada—. No hay forma de que ninguno de los dos podáis reparar los tres años perdidos, pero espero que, a cambio, traigas a menudo de visita a este pequeño tesoro.

No puedo evitar soltar un suspiro de alivio cuando coge con cuidado a Tommy en brazos. A él le encanta que mamá lo tenga en brazos, prueba de ello es cómo se ríe cuando le planta un beso en la mejilla. Es la única forma de derretir a esta mujer, está claro.

—Lo traeremos tan a menudo como quieras —dice Kailyn, sonriendo suavemente al ver cómo nuestro hijo se pone de contento bajo la mirada cariñosa de mi madre.

—Por las estrellas, es perfecto —susurra mamá, mirándole profundamente a los ojos—. Veo partes de ti en él, Aclan. Trozos de ti coloridos, dulces y maravillosos... —Se acerca un poco, pero me pilla desprevenido cuando levanta la mano para darme una colleja. Tommy suelta una risita contagiosa—. ¡Y eso por mantenerlos a él y a tu preciosa mujer alejados de nosotros! Agradece que no soy tan malvada como para echarte laxantes en la comida durante los próximos tres años.

Marco exhala bruscamente.

—Esto no se quedará así. Caruso se pondrá furioso...

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? —dice papá, provocando al instante hace que todo el comedor guarde silencio—. *Planeaste esto*.

Sacudo la cabeza.

—Llevo tres años devanándome los sesos, intentando encontrar la forma de decíroslo.

—El día que te sugerí que te casaras con Ava Caruso podría haber sido un buen momento, ¿no crees, hijo? —responde, con un tono frío y preocupantemente tranquilo.

No me gusta cuando está tan magistralmente compuesto. Hay una rabia silenciosa bajo la superficie y debería estar preparado para lo peor. Dudo que ocurra aquí y ahora: mi padre nunca asustaría a un niño, y menos a su nieto. Es una de las personas más atentas y cuidadosas que conozco, sobre todo cuando se trata de cuidar y proteger a su familia. Es parte de la razón por la que me decidí por el certificado de matrimonio falso en primer lugar.

—¿Es esta tu manera de vengarte de mí por haberte nombrado mi heredero?

—Te juro que no, papá,. Simplemente... pasó. Una decisión tras otra... He intentado armarme de valor para decírtelo, pero a veces eres muy duro —murmuro.

—Has tenido muchas oportunidades para decirme la verdad.

—Lo ideal habría sido antes de hacer ningún trato con Caruso —interrumpe Marco, pero papá le lanza una mirada sombría que basta para que mi hermano se quede manso y callado.

—Ace, necesito ver esa licencia de matrimonio —dice papá.

La saco del bolsillo interior de mi chaqueta vaquera y se la entrego, habiéndome asegurado de envejecerla sutilmente, cosa que se consigue fácilmente frotándola con un paño polvoriento. Incluso he añadido un par de manchas de café para dar a las esquinas exteriores un poco más de color y desgaste.

—Nos casamos poco después de que Kailyn dejara el Shackleton —respondo, comprobando constantemente que ésta sigue el ritmo de la conversación y está preparada para responder a cualquier pregunta que se le plantee—. Empezaba a notársele elambarazo y decidimos mantenerlo en secreto durante un tiempo. Y ese «tiempo» se convirtió en un año... Supongo que nos acostumbramos a escondernos, en cierto modo. Era más fácil...

—Pero pasaste años deprimido después de que Kailyn supuestamente desapareciera —dice Fred, levantando una ceja suspicaz. No es de los que suelen desafiarme, pero tampoco le gustan las sorpresas. Le pone en una situación complicada como ejecutor de la familia, sobre todo si tiene que empezar a movilizar a sus hombres para una posible guerra con los Caruso—. Aquí algo no me cuadra.

—Todo es culpa mía, te lo aseguro —interviene Kailyn—. Yo quería desaparecer pro completo, pero Ace estaba ansioso por presentarme a la familia. Quería oficializar lo nuestro. Yo no podía... simplemente no podía, y él era tan amable, comprensivo y paciente... Cuando por fin nos planteamos la idea de contar la verdad, las discusiones con David Caruso estaban subiendo de tono, así que, cuando surgió la propuesta de Ava, Ace aceptó sin hablarlo conmigo primero. Fue raro e incómodo... todavía lo es, la verdad sea dicha... pero estamos aquí, ahora, y estamos deseando colaborar con todos y cada uno de vosotros para ganarnos vuestro perdón y aceptación.

Papá chasquea los labios, saltaba a la vista que luchando por mantener la calma mientras una vena furiosa le palpita a lo largo de la sien.

—Necesitaré una prueba de ADN para confirmar que el chico es uno de los nuestros —ordena.

—Tiene tus problemas de corazón —le contesto—. Excepto que Tommy se hizo la cirugía

reparadora siendo muy pequeño.

—¿Qué? —respira papá, con los ojos muy abiertos cuando se echa hacia atrás en su asiento.

Kailyn asiente con firmeza.

—Va a estar bien. Los médicos confían en que vivirá más allá de los cincuenta gracias a la intervención temprana.

—Le debías dinero a Caruso —vuelve a intervenir Marco. Louise no está aquí, así que no se horrorizará si agarro al gilipollas por el pelo y lo arrastro a la parte trasera de la casa para darle una buena paliza. Mierda, pero Kailyn no me dejará. A mamá le estallará un fusible. Y ciertamente no quiero asustar a un tipo decente como Leonard para que salga por patas lejos de nuestra familia. Maria merece algo de paz y amor en su vida. Que el resto de nosotros, sus hermanos, llevemos el peso de los Bernardi sobre nuestros hombros—. ¿Por qué?

Es mi turno de intervenir y hablar sin atraer más preguntas. Nuestra historia está cosida con un hilo fino y fácil de rasgar, y lo último que necesito es a Marco haciendo agujeros.

—Eso no es de tu puñetera incumbencia, querido hermano. Dicho préstamo fue devuelto en su totalidad, intereses incluidos, tan pronto como me enteré.

—Es de la incumbencia de los Bernardi si alguien de nuestra familia se acerca a David Caruso —replica papá.

—Estaba desesperada y avergonzada, y no quería que Ace lo supiera —reconoce Kailyn—. Podría habérselo pedido, sí... pero necesitaba el dinero para mi madre. Estaba metida en un problemón y no se me ocurrió otra forma de ayudarla sin meter a Ace en mi drama familiar. Intenté hacer lo correcto, pero hice lo incorrecto...

Por lo que parece, Kailyn está aportando más que yo. No es que me moleste, pero es un tanto divertido, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que he estado trabajando en un escenario creíble que no pusiera demasiada responsabilidad sobre sus hombros. Lo único que papá puede hacer es soltar un fuerte suspiro, todo su cuerpo se estremece cuando levanta una mano y nos hace un gesto para que nos unamos a él alrededor de la mesa.

—Esto es un lío de narices, hijo —dice, devolviéndome la licencia matrimonial. El documento parece haber pasado su inspección, lo que confirma aún más la destreza de Charlie en estos asuntos—. Será mejor que toméis asiento, tomad un poco de sopa y explicad exactamente cómo vas a ganarte el perdón de Ava. Se pondrá que trina.

A pesar del disgusto de Marco y Frederick, Isolde se muestra muy dispuesta a coger a Tommy en brazos durante el primer plato; aunque no consigue arrancárselo de las manos a mamá, se merece un aplauso por intentarlo. Mientras tanto, Maria y Leonard hacen todo lo posible por mantener a Kailyn ocupada con conversaciones sobre la familia y sobre los incómodos momentos que ha vivido Leonard desde que nos conoció.

—Ya te acostumbrarás. —Se ríe Maria con suavidad mientras su cariñoso prometido le sirve otra copa—. Es entretenimiento gratis, si lo piensas. Tienes drama, intriga... si Marco se emborracha con Louise sentada a su lado, también tienes algo de comedia. ¡Y espera a que

vengan todos los sobrinos! Por qué, la última Navidad se armó la gorda. Las criadas, pobres chicas... tuvieron mucho que hacer...

—Es un verdadero placer conoceros a todos —responde Kailyn—. Siento profundamente que nos hayamos estado escondiendo de todo el mundo...

Leonard le sonríe suavemente.

—Entiendo que tuvieras tus razones. La vida con los Bernardi puede ser... complicada a veces.

—¿De qué te quejas? No es que tengas que participar en el negocio familiar —refunfuña Fred mientras se sirve un segundo plato de sopa de coliflor y gorgonzola, con un poco de beicon crujiente por encima.

—¡No seas borde! —dice Anita, entrecerrando sus grandes ojos azules—. Recuerda lo difícil que me resultaba a mí al principio. Yo tampoco formo parte del negocio, y aun así no fue coser y cantar. Todo el mundo tiene su dosis de problemas cuando recibe el apellido Bernardi.

Papá se inclina mientras mamá entretiene a Tommy con la sopa. El niño puede comer muy bien solo, pero está disfrutando de la atención que recibe ahora que mi madre le da de comer.

—Hablo en serio, hijo. Primero una prueba de ADN, luego arreglas las cosas con Ava.

—Por supuesto, papá —le respondo—. Pero necesito encontrar el momento adecuado, así que agradecería una pizca de paciencia.

—¡Debes de tener las pelotas como pianos para pedirme paciencia! —suelta.

Mamá intercepta su reacción con pura elegancia.

—¡Cuida tu lenguaje, Silvio! Hay un niño presente.

—Lo siento, cara mía —murmura papá, procediendo a tomarse otra cucharada de sopa. Le quita un poco de gravedad a mi situación, pero también ayuda a disipar parte de la tensión de la habitación—. A decir verdad, yo tampoco tengo prisa por decírselo a David. Se pondrá como un basilisco, y ya sabes lo irracional que puede llegar a ser cuando se siente menospreciado.

Marco no se rinde.

—¿No va a por ti, Kailyn? Estoy seguro de que Caruso te... —Esta vez, Isolde le pellizca el hombro lo bastante fuerte como para sacarle lágrimas—. ¡AU!

—¿No has oído a mamá? Hay un niño presente. Escuchándonos. ¡¿Recuerdas cuando tus hijos escucharon la palabra que empieza por «j» durante Acción de Gracias?!

—¡Maldita sea, tenéis que dejarme hablar! —replica Marco—. ¡Es un asunto serio! Caruso no se rinde tan fácilmente...

—Lo más probable es que sí se rinda una vez se entere de que Kailyn es una Bernardi —responde Fred.

La mirada que me dirige da a entender que ha entendido perfectamente cuál era mi misión y cómo he decidido afrontarla. Una parte de mí teme que haya averiguado más de lo que yo pretendía, pero no se apresura a decirle nada a papá, así que su silencio me reconforta.

Va a ser una cena larga e incómoda, eso seguro, pero al menos Kailyn y Tommy están bajo la

protección Bernardi. Ninguna familia en Chicago se atreverá a ir tras ellos. Ni siquiera Caruso.

VEINTITRÉS

KAILYN

Esto es muy raro.

Maravilloso y aterrador al mismo tiempo, pero sobre todo raro. He pasado la mayor parte de mi vida adulta aterrorizada por los Bernardi, convencida de que eran los responsables del asesinato de mi padre y del hundimiento de mi familia.

Ojalá Ace me hubiera dicho la verdad antes, pero también entiendo por qué tuvo sus dudas. No habría habido forma de convencerme, no sin conocer más en profundidad el modelo de negocio de Caruso y sin enfrentarme también a George. Más vale tarde que nunca, supongo...

Me aporta una ligera sensación de paz. Tommy y yo estamos bajo la protección Bernardi: lo que Caruso había planeado ya no puede ocurrir, no sin graves repercusiones, y como Ace ya me ha explicado, no puede permitírselo. No en los tiempos que corren. Pero hasta que tenga la oportunidad de sentarse con Ava y su padre y hablarles de nosotros, hemos acordado mantener lo nuestro en privado para el mundo exterior un tiempo más.

Las mujeres Bernardi se apresuraron a darme la bienvenida a la familia. Francamente, anoche disfruté de la cena hasta el último bocado. Concetta se ha ido encariñando de mí, aunque Tommy ha desempeñado un papel fundamental en ese descongelamiento. Maria y Leonard son encantadores, e Isolde ha sido tan fría y amable como antes, pero esta vez ya no le preocupa que sus padres se enteren.

Tardaré un poco en poner a los chicos de mi parte, pero sé que también puedo ablandarlos. Jason parecía bastante simpático, aunque a juzgar por sus pupilas estaba de subidón en la estratosfera. No le caigo bien a Marco. Fred y Anita fueron bastante amables. Tengo mucho trabajo por delante, eso está claro, pero acepto el reto.

Después de mucho llorar y mucho hablar, el aire parece mucho menos pesado. No estoy diciendo que Ace y yo nos vayamos a ser felices y comer perdices. Todavía no. Pero quizá algún día. Se han producido daños, pero el proceso de curación ha comenzado.

Sigo intentando recordarme a mí misma que tengo que ir paso a paso. Pero aquí estoy, despertándome en la cama de Ace, con el corazón latiéndome a mil por hora al sentir el calor de su cuerpo a mi lado y luego debajo de mí. Esto de ir poco a poco no está saliendo como debería.

Aprieto fuerte los ojos. Mañana será otro día. Mañana podremos ir poco a poco. Pero hoy...

ahora mismo... su boca sobre mis partes más delicadas no es algo a lo que vaya a darle la espalda.

VEINTICUATRO

KAILYN

Nunca me he considerado una buena mentirosa, pero la habilidad parece salirme de forma natural cuando se trata de proteger este pequeño pedacito de paz que he conseguido encontrar con Ace. Tal vez la idea de que también estoy protegiendo a Tommy sea la clave de todas las mentiras que he dicho desde que acepté este falso matrimonio.

Funcionó con los Bernardis, o eso espero. Y va a tener que funcionar también con Danny.

Ace y yo sacamos a Tommy dar una vuelta y hacemos una parada en mi antiguo piso. Acordamos que ya no voy a necesitar este sitio, así que ya le he enviado un correo electrónico al propietario para comunicarle que voy a empaquetar mis cosas y a mudarme.

Llegamos al complejo de apartamentos de Melrose Park y espero en la parte de atrás del coche mientras Ace sube las escaleras para asegurarse de que no tendremos sorpresas desagradables como la última vez. En cuanto me manda un mensaje, dejo al chófer al volante. Con Tommy en la cadera, hago el que podría ser mi último viaje por estas escaleras.

—¡Tú, papá y yo! —canturrea Tommy, más entusiasmado con la mudanza de lo que puedo llegar a comprender. Su vida está cambiando mucho y estoy muy agradecida de que lo malo no haya empañado su positividad. Significa que he estado haciendo un trabajo bastante decente manteniendo a raya el miedo.

—¡Así es, conejito, a partir de ahora estaremos los tres juntos! —respondo, casi riendo cuando llegamos a la puerta del apartamento.

—¡Y Lola! —dice.

—Lola también estará ahí. —Me río.

Justo cuando estamos a punto de entrar, Danny sale de su apartamento. Tiene peor aspecto que la última vez que lo vi, con las ojeras son cada vez más pronunciadas y oscuras. Hace días que no se afeita y su barba desaliñada crea sombras en sus mejillas delgadas.

—¡Hola, forastera! —bromea, sonando tenso y agotado a pesar de su intento de parecer alegre y optimista—. ¿Va todo bien? He oído el alboroto y unas voces conocidas, y he tenido que salir...

—Hola, Danny. Siento no haber estado por aquí. Mi vida está siendo una locura últimamente. —Le ofrezco una cálida sonrisa. Tengo a Tommy en brazos, así que no puedo darle a Danny el

abrazo que se merece, pero me aseguro de imprimir suficiente afecto en mi tono para ofrecerle un poco de consuelo—. ¿Cómo has estado? Pareces... cansado.

—Bueno, cielo, ya me conoces... me he metido en problemas innecesarios porque no puedo comprometerme con Jugadores Anónimos más que un par de semanas seguidas. —Se ríe con nerviosismo, rascándose la nuca mientras me mira cuidadosamente de pies a cabeza—. Pero tengo que decir... que estás muy guapa. ¿A qué viene este nuevo estilo?

Ace ha estado cuidando de mí en más de un sentido. Para formar parte de la familia, para encajar de verdad, tenía que dar el pego. La camisa de seda que llevo cae maravillosamente sobre mis curvas, y estos nuevos pantalones de cuero están tan finamente confeccionados que me abrazan en todos los sitios adecuados.

—Bueno... me hacía falta un cambio de imagen con urgencia —bromeo, acomodándome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Eres muy amable, Danny. Te lo agradezco.

—No es por ser amable, nena, sólo digo la verdad. Estás increíble... —Su voz se apaga cuando ve el anillo de boda en mi dedo. Es de oro blanco y legítimo, por más que sea para un matrimonio falso. Como Ace suele decir, el diablo está en los detalles, cosa que con la que yo tiendo a estar de acuerdo—. Espera, ¿estás casada?

—Desde hace tres años —interrumpe Ace, apoyado en el umbral de la que pronto será mi antigua casa. Creo que está disfrutando de este intercambio más de lo que imaginaba.

—Espera, ¿qué? —Danny me mira con confusión. No sé por qué, pero juro que noto un matiz de ira en su voz—. ¿Tres años? Kay, cariño... ¿Qué está pasando aquí?

—Acordamos vivir nuestras vidas por separado por multitud de razones... pero anoche descubrimos el pastel. No estábamos seguros de si su familia me acogería, pero me han recibido con los brazos abiertos, así que... aquí estamos, haciendo por fin lo que deberíamos haber hecho hace años.

—Oh... vaya... esto... no tiene mucho sentido —dice Danny, frunciendo el ceño mientras su mirada se desvía persistentemente de Ace a mí—. Si has estado casada todo este tiempo, ¿cómo es que te viste abandonada a tu suerte tantas veces? Yo... lo siento, Kay, pero...

—Nuestra relación es más compleja de lo que crees —responde Ace con una media sonrisa sin dejar de analizar las reacciones y micro expresiones de Danny. Conozco a mi chico lo suficiente como para reconocer sus estados de ánimo y sus intenciones para con las personas de mi vida. Sé que es cauto y directo, sin dejar nunca lugar a que nadie dude o cuestione nuestra historia. —Digamos que por fin he conseguido arreglar las cosas con mi familia.

—Pero, ¿dónde has estado todos estos años cuando Kailyn no llegaba a fin de...?

—Eso ya no es asunto tuyo —le corta Ace—. Kailyn sabe a qué cosas me enfrentaba, y he hecho todo lo que estaba en mi mano para demostrar que me la merezco.

Danny asiente despacio, aunque estoy bastante segura de que no se cree las patrañas que estamos soltando. No puede acusar al futuro jefe de Bernardi de mentir, por lo que lo único que puede hacer es asentir despacio y obligarse a sonreír.

—Bueno... me alegro por los tres. Lo que sea mejor para Tommy, por mí, estupendo —dice.

—¿Qué tal por aquí últimamente? —le pregunta Ace—. ¿Has visto a ese tal García por aquí?

—¿Te refieres al tío de la última vez que estuvisteis aquí? Ha vuelto pasarse unas cuantas veces, y no venía solo —responde, mirando más allá de los anchos hombros de Ace y hacia el pasillo semioscuro de mi apartamento.

Ace sacude la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que vino?

—Hace unos tres o cuatro días. Pero no son los únicos que han venido buscando a Kailyn. Había otro tío, un viejo verde... No paraba de decir que era el padre de Kay, pero el padre de Kay está muerto, así que tampoco le abrí la puerta.

Se me hiela la sangre. Incluso Tommy nota el cambio en mi comportamiento y se retuerce, ansioso por bajar. Le suelto y sale corriendo hacia el salón. Estoy tentada de entrar tras él, pero oigo uno de sus sonajeros de juguete cuando empieza a sacar sus cosas de los cajones inferiores de la cómoda. Está recogiendo sus cosas, mi dulce, dulce niño.

Ace nota mi incomodidad.

—¿Es el novio de tu madre?

—Shane Smith —me las arreglo para decir—. Seguramente sea él, sí.

—¿Mencionó por qué estaba aquí?

Danny sacude la cabeza una sola vez.

—No, pero daba una mala espina que flipas...

Y tanto que daba mala espina; a mí me seguía dando escalofríos a día de hoy. Y si Shane había sido capaz de encontrar este piso, también encontrará la forma de localizarme. Me plantea un problema adicional que ninguno necesitamos en este momento, así que me vuelvo hacia Ace con una mirada de preocupación en los ojos.

—Tenemos que alejarlo de nosotros. —La voz me tiembla sutilmente—. Solo trae problemas y no acepta un no por respuesta.

—Yo me encargaré de Shane Smith —me promete Ace—. Danny, ¿cuántas veces ha estado ese tío por aquí?

—Eh... ¿creo que unas dos veces?

—¿Cuándo fue la última vez?

—Esta misma mañana, de hecho —responde.

La idea de que Shane no se haya cruzado con nosotros por los pelos me produce escalofríos. Ace protege a sus seres queridos con ferocidad, por eso, al dirigir mi mirada hacia él, me doy cuenta de que es por la seguridad de Shane por quien debo preocuparme. Si Ace se cruza con él, no hay garantía de que Shane salga vivo.

—Sólo tenemos que hacerle entender que tiene que dejarme en paz —digo en voz baja.

Danny respira hondo y da un par de pasos atrás.

—Bueno, eh... estaré por aquí si alguien me necesita. Y, Kay, no te vayas sin despedirte.

—Jamás —le respondo y le veo cerrar la puerta sin apartar los ojos de Ace y de mí.

A Ace le suena el móvil. Frunce el ceño al mirar la pantalla.

—Tengo que cogerlo —dice—. Entra y empieza a hacer las maletas, cariño. Ahora vuelvo.

Me da un beso en los labios, contesta al teléfono y vuelve a bajar, mientras yo entro y me uno a Tommy en su misión de empaquetar todos los juguetes que le quedan. Algunos son viejos y es mejor tirarlos a la basura, pero ya iremos viendo uno por uno. Cualquier cosa con tal de olvidarme de todos esos fantasmas de mi pasado que no paran de volver para atormentarme.

Protege tu paz, solía decirme a mí misma. Ahora tengo a Ace para eso.

PASAN UNOS MINUTOS en los que Tommy y yo llenamos primero una de las cajas de cartón con sus peluches. Acordamos revisar primero los juegos de Lego y ver cuáles merece la pena conservar. Tommy separa rápidamente dos juegos, pero no se apresura a deshacerse de los demás.

Le doy tiempo y... Joba, si le apetece llevárselo todo, no creo que pueda decirle que no. El niño ha pasado por muchos cambios en muy poco tiempo. Lo último que necesita es que yo decida con qué juguetes puede quedarse y de cuáles tiene que desprenderse.

Asiento con la cabeza y le hago un gesto para que eche a la caja el juguete que está mirando.

—Gracias, mamá. —Sonríe, pero entonces su mirada se desvía a un punto detrás de mí, con los ojos desorbitados por la aprensión. No es la misma mirada que le dirige a su padre, así que me veo obligada a girarme.

La sangre se me hiela en las venas cuando veo a Shane cerrar la puerta tras de sí con aire despreocupado. La sonrisa de su cara me revuelve el estómago. Va sin afeitar y despeinado, pero no cabe duda de que es Shane, igual de repugnante y perturbadoramente intenso.

Mi cuerpo se tensa de arriba abajo mientras mi mente vuelve acelerada a Ace.

¿Cómo pudo Shane pasar por su lado?

¿Dónde está Ace?

Un millón de pensamientos se me agolpan y arremolinan en la cabeza mientras me esfuerzo por averiguar qué hacer a continuación. Pase lo que pase, tengo que proteger a mi hijo.

—Eres una mujer difícil de encontrar, Kay, querida —dice, acercándose a mí.

—Aléjate de mí —jadeo.

Tommy empieza a llorar.

—¡Mamá!

—No te preocupes, chico, la tendrás de vuelta de una pieza —murmura Shane.

No encuentro el valor para luchar contra él. La conmoción, o tal vez el miedo, de volver a ver a Shane en mi espacio privado me hiela hasta los huesos. Lo único que puedo hacer es mirar a Tommy para tranquilizarlo mientras Shane me agarra por la muñeca y me arrastra hasta el

dormitorio.

—¡Suéltame! —siseo y me libero.

La mandíbula de Shane se tensa al observarme.

—Te he estado llamando —dice—. Y mandado mensajes de texto también.

—He estado ocupada —le respondo, acercándome poco a poco a la puerta.

—Tu madre ha estado preocupada. Le dije que te traería de vuelta a casa.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Bueno, ahora que me has visto puedes dar fe de que estoy perfectamente. Házselo saber a mamá. Estará contenta de saber que se estaba preocupando por nada.

Shane se acerca un paso más y yo doy otro atrás. Los cojones lo que le haya dicho a mi madre, ¿a qué ha venido aquí? ¿Quién conduce durante horas sólo para... qué exactamente? No tengo ni idea.

Pienso en todos los programas de crímenes reales que he visto. Todas las veces que la persona más improbable era el culpable. Resulta complicado identificar al asesino o violador cuando su implicación no tiene sentido. Sí, he tenido mis problemas con Shane, pero cuando vivía bajo el mismo techo que él. Ha venido hasta aquí, y no es la primera vez.

Su mirada se ensombrece y sé que estoy en apuros. Forcejeo todo lo que puedo, moviendo la cabeza a derecha e izquierda, pero soy incapaz de escapar de su prisión. El horror de lo que va a ocurrir a continuación empieza a invadirme y me cuesta aún más hacer algo. Siento pánico en estado puro y puedo oír a mi hijo llorar en la habitación contigua.

Shane me agarra por el cuello y me lanza contra la pared. Mete su pierna entre mis muslos y me sujeta en el sitio, haciéndome daño por todas partes. Me arde la garganta, la bilis se abre paso hasta la cima.

—Una hija cuida de su madre —escupe—. Pero tú nunca has sido nada más que una zorrita.

Con la mano libre, rebusca en mi bolsillo y saca un chicle y un billete de veinte dólares. Se le dibuja un gesto de enfado en la cara. Seguido de ira. Peligro. Se mete el billete en el bolsillo y aprieta la frente contra la mía con tanta fuerza que parece que quiera romperme el cráneo.

Me he quedado sin súplicas, sé que mis gritos no le obligarán a soltarme, sino que sólo servirán para aterrorizar aún más a Tommy.

Cuando la mano de Shane encuentra mi centro, siento que algo muere dentro de mí. Pero tan pronto está ahí como desaparece. El cuerpo de Shane cae al suelo con un ruido sordo y tardo un minuto en comprender qué demonios está pasando.

—Ace —murmuro, observando cómo se tensan los músculos de su hombro y cómo la ira se extiende por su rostro como un fuego salvaje alimentado con gasolina.

Ace está sobre Shane en un instante. Sus puños descargan golpe tras golpe tras golpe.

—Te has equivocado de puerta —sisea Ace, que ya no está agachado junto a Shane. La postura que adopta, sin embargo, me dice que Shane no corre ahora menos peligro. Justo cuando empuja las palmas de las manos contra el suelo para ponerse en pie, Ace le propina una patada

en las costillas.

Y otra vez. Y otra vez. El siguiente golpe le da a Shane en la boca y la sangre salpica en todas las direcciones. Siento la tentación de dejar que siga y siga hasta que el cabrón ya no pueda respirar, pero los lloros de mi hijo en la otra habitación me incitan a moverme de nuevo.

—Ace, para —grito—. No necesitamos esto. Ya tenemos bastante problemas...

Ace me echa una rápida mirada de reojo y veo que sus orbes verdes se suavizan por un momento antes de fulminar a un Shane que está murmurando entre dientes.

—Levántate y sal de aquí antes de que cuente hasta diez, de lo contrario no saldrás vivo de aquí —dice—. Te has metido con mi mujer y mi hijo. La próxima vez que oiga aunque sea un rumor de que andas por ahí preguntando por Kaylin, te encontraré y terminaré lo que he empezado. ¿Queda claro?

—Te-tendrás cojones —se las arregla para decir Shane.

—No sé qué decirte, tío. Me apellido Bernardi. Tú verás que haces en el futuro con esa información—responde Ace.

Shane palidece, las gotas de sudor se mezclan con la sangre de su cara partida mientras reúne las fuerzas para levantarse del suelo. Va a ser una jodienda limpiar esa alfombra, pero supongo que para eso pagué una fianza.

—Diez, nueve, ocho —empieza a contar Ace—. Siete, seis...

Shane está cargadísimo de miedo y mentiría si dijera que no estoy disfrutando del espectáculo. Sale cojeando de la habitación y sale despedido hacia el salón, casi volando por delante de Tommy. Antes de que Ace llegue a tres, Shane ha salido de mi vida para siempre. Respiro aliviada cuando Ace se vuelve para mirarme, sus ojos escrutan mi cara y luego me miden de pies a cabeza antes de cogerme en brazos y abrazarme lo bastante fuerte como para cortarme la respiración.

—¡Mamá!

Respiro hondo, deseosa de coger a mi hijo en brazos y no soltarlo nunca.

—Estamos bien, cariño. Todo va a estar bien —le susurro al oído.

Vamos a estar bien.

Ahora lo sé.

VEINTICINCO

KAILYN

Mantenemos la calma mientras llevamos a Tommy al parque Humboldt. Nuestro hijo necesita una distracción para superar el incidente con Shane. Puede que solo sea un niño pequeño, pero sé lo fácil que es que un mal recuerdo permanezca en el fondo de una mente impresionable y cómo puede resurgir años después en forma de sueños terribles. No quiero que Tommy tenga que superar ningún trauma infantil con ningún psicólogo. Quiero que tenga un hogar feliz y una buena familia. Quiero que tenga más y algo mejor de lo que yo tuve nunca.

Dos guardaespaldas del servicio de seguridad de Ace permanecen cerca. Uno finge estar leyendo un periódico, vestido con traje negro y corbata, mientras que el otro merodea por la zona del estanque con un café con leche en la mano y gafas de sol negras.

La presencia de Ace es suficiente para que me sienta segura, pero tampoco viene mal que estos dos caballeros anden por aquí. Y pensar que antes huía de la vida de la mafia, sólo para darme cuenta de que esta nueva configuración viene con grandes ventajas que nunca consideré en años anteriores. Ahora mismo, puedo dejar que mi hijo juegue con sus juguetes junto al estanque mientras Lola le vigila de cerca. Me encanta la enorme sonrisa que le ilumina la cara cada vez que los patos se acercan, mirándole con curiosidad a él y a sus camiones de plástico amarillos y rojos. Tommy no intenta acercarse a ellos ni se acerca al agua, pero cuando se siente tentado, Lola está ahí para que vuelva a echarse hacia atrás.

Ahora está en paz y disfrutando, mientras Ace y yo tomamos algo caliente que nos hemos pedido en la cafetería de la calle. Nos sentamos en uno de los bancos de madera y disfrutamos del sol, tomándonos un momento para... estar juntos. Después del incidente previo con Shane, necesitaba esto casi tanto como Tommy. Ace tiene los nudillos ligeramente arañados por los puñetazos que le propinó al novio de mi madre, pero no me deja hacer nada al respecto.

—Ya me pondré hielo esta noche —concede Ace cuando me ve mirando los rasguños por enésima vez, con una sonrisa en la comisura de los labios—. ¿Cómo te sientes, Kay?

—Mucho mejor, gracias —respondo y le doy otro sorbo a mi capuchino. Tiene la medida justa de caliente y dulce para que mis músculos pierdan algo de tensión—. Siempre estoy mejor cuando estoy contigo.

—Te sentirás aún mejor que ahora después de que hable con Ava esta noche.

Se me vuelve a hacer un nudo en el estómago al pensar en Ava y en la desilusión que está a punto de tragarse para cenar.

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo? —pregunto—. No pretendo cuestionarte en absoluto, pero estoy preocupada. Ya es bastante malo que estemos mintiendo a todo el mundo sobre nuestro matrimonio... ¿Cómo vamos a mantener la mentira a largo plazo?

—No tendremos que hacerlo —dice—. Ahora sé lo que tengo que hacer. He pensado en ello incesantemente durante los dos últimos días, Kay. Y me costará algún esfuerzo, pero vale la pena. Tú lo vales. Tommy lo vale, sin duda.

—¿No vas a compartir conmigo al menos algunos de los detalles de tu plan?

Niega lentamente con la cabeza.

—Cuanto menos sepas, mejor. Hemos estado separados demasiado tiempo, Kay. No puedo perderte otra vez. Y está claro que me necesitas en tu vida, de lo contrario las hienas seguirán intentando volver y destrozarte. Te mereces algo mejor, cariño.

—Estoy agradecida de tenerte aquí —le digo.

Ace se inclina y deja caer un cálido beso en mi mejilla.

—Y yo estoy agradecido de volver a despertar en tus brazos cada mañana. —Hace una pausa y se termina el café con un último trago—. Esta noche voy a ver a Ava y a David Caruso —añade—. Es mejor que trate con los dos en una misma conversación. Es probable que Ava tenga una rabieta, pero cuando acabe con su padre, lo entenderá y no tendrá más remedio que aceptar estos cambios en nuestras vidas. Sin embargo, hay una cosa que puedo prometerte sin ánimo de duda...

—¿El qué?

—Después de esta noche, David Caruso no te molestará nunca más. Las otras familias también lo entenderán. Les costará aceptarlo, pero lo aceptarán de todos modos.

No estoy segura de que me guste que hable con acertijos, pero como Ace no quiere decirme nada más, no tiene sentido intentar sonsacarle los detalles. Pronto será el capo de la familia Bernardi. Será uno de los hombres más poderosos de todo Chicago. Y no llegó hasta aquí sólo por su apellido. Siendo el menor de sus hermanos varones, Ace nunca habría sido el elegido para asumir el liderazgo si no fuera por su fuerza de carácter y su ambición titánica. Marco fracasó estrepitosamente, y Fred puede ser demasiado bala perdida en la cima de la cadena alimentaria, así que entiendo perfectamente por qué Silvio decidió que Ace sería más adecuado para ocupar su lugar a la cabeza de la mesa algún día no muy lejano.

Pase lo que pase, confío en que hará todo lo necesario para que sigamos juntos. Quiere a Tommy con locura, y Tommy está mucho mejor con su padre cerca. Yo también estoy mejor. Mucho mejor. Más fuerte y más paciente. Más suave y más relajada a pesar de estos últimos fantasmas que tuvieron el descaro de intentar desenterrar un pasado del que nunca quise ni merecí formar parte. Tengo fe en mi chico. Lo menos que puedo hacer es demostrárselo.

—Decidas lo que decidas hacer, Ace, te apoyaré al cien por cien —le digo.

—¿En las buenas y en las malas? —Se ríe.

—Preferiría que solo hubiera buenas, pero sí —respondo con una risita.

El teléfono le vuelve a sonar. Ha tenido un día muy ajetreado, pero, aun así, ha encontrado la manera de dedicarnos tiempo. Por eso ni siquiera me molesta que me bese rápidamente en los labios y se disculpe para ir a atender la llamada. Observo cómo se aleja por el callejón hasta que no lo oigo; es probable que sea del negocio familiar y a él no le gusta mezclar el trabajo con nuestro pequeño paraíso. En realidad, aprecio eso de él. Sabe lo recelosa que soy con todo lo relacionado con la mafia, y hace todo lo posible por dejarlo en la puerta cada vez que vuelve a casa.

Los guardias no nos quitan ojo y vuelvo a observar a mi hijo. Ahora está jugando alegremente con Lola, y los patos parecen cada vez más atrevidos, acercándose cuando Lola arranca trozos de un panecillo y los lanza al agua cristalina. Me gusta este parque. Desprende paz en abundancia con su exuberante vegetación bajo un cielo azul despejado y rodeado de viejos edificios de piedra rojiza, con suficientes árboles y arbustos para bloquear parte del tráfico de la calle en una tarde ajetreada.

Una mujer nos observa desde el final del callejón de enfrente. No puedo verla muy bien desde este ángulo, pero me doy cuenta de que tiene un precioso pelo negro, largo y liso, que contrasta elegantemente con su abrigo de piel blanca. Su bolso dorado debe de valer una fortuna, al igual que las gafas de sol de diamantes que ocultan sus ojos del mundo. Me pregunto si está mirando o esperando a alguien en particular. Un sutil cosquilleo me recorre la columna durante unos breves instantes antes de que su compañía la alcance: otra mujer con dos niños a cuestas, cada uno más alborotador que el anterior.

Empiezan a hablar y se alejan en otra dirección, por lo que vuelvo a centrarme en Tommy.

—¡Mamá, mira los patitos! —Unos patitos amarillos se le acercan contoneándose. Mi pequeño no cabe en sí de gozo y aplaude mientras Lola arranca otra miga del panecillo y la deja en el suelo. En cuestión de segundos, mamá pato lo coge y salta de nuevo al agua, llamando a sus pequeños.

—¡Qué monada! —exclamo, riendo por lo bajo mientras los polluelos la siguen en fila india por el estanque. Cuando vuelvo a mirar a la mujer de pelo negro, ya ha desaparecido.

VEINTISÉIS

KAILYN

Para que Tommy y yo estemos seguros mientras Ace cena con los Caruso, nos deja en casa de sus padres. Tommy y Rosie, la hija de Isolde, pueden pasar un rato juntos en la antigua habitación de Isolde, bajo la atenta mirada de Lola.

Maria y Leonard están en algún lugar del ala oeste de la mansión, probablemente acurrucados en el sillón de la biblioteca y eligiendo sonetos shakesperianos para leérselos en voz alta el uno al otro.

Marco ha vuelto a su casa con su mujer y sus hijos, por lo que me han dicho. Fred está fuera haciendo un trabajo para la familia. No me atrevo a preguntar en qué consiste ese trabajo. Y Silvio está arriba, en su estudio privado, probablemente fumando un puro y disfrutando de una segunda copa de grappa en contra del consejo de su médico. Así que me quedo en el salón con Concetta e Isolde mientras hablan de los próximos acontecimientos de los Bernardi y de cómo mi repentina entrada en escena lo cambia todo. Es mejor que estar todo el tiempo pendiente de Shane o Eddie, pero aún no me siento todo lo cómoda que me gustaría cerca de ellas. Supongo que parte de la incomodidad tiene que ver con el hecho de que estoy mintiendo a Concetta y a la mayor parte de la familia sobre mi relación con Ace.

—¿Dónde os casasteis? —pregunta Concetta en un momento dado.

Está descansando en uno de los enormes sillones toscanos, sorbe una copa de Chianti y me mira con curiosidad mientras Isolde teclea en su portátil.

—No fue nada especial. Simplemente fuimos a una capilla en Reno después de dejar el Shackleton —le digo a Concetta—. A los dos nos preocupaba mantener todo en secreto, así que no nos importaba mucho el plano ceremonial.

—Entonces, ¿nunca te has puesto un vestido de novia? —responde su madre, levantando una ceja prejuiciosa.

Me cae muy bie. Creo que es porque veo mucho de ella en Ace, sobre todo en sus mejores momentos, cuando no está sobrecargado con los asuntos de su padre. Cuando está relajado y en paz consigo mismo, Ace tiende a ser igual de curioso y a estar igual de decidido a saber más sobre una cosa o una persona. No hay nada que le distraiga de su objetivo, y me temo que está ocurriendo lo mismo con Concetta. Me tiene en el punto de mira y creo que seguirá

taladrándome hasta que le dé una historia completa y digerible. El problema es que, al igual que Ace, a Concetta se le da extraordinariamente bien detectar una mentira, razón por la cual él y yo trabajamos duro en nuestras historias para asegurarnos de que nadie, en especial su madre, pueda notar ninguna incoherencia.

—Desgraciadamente, no —digo, sonriendo con amabilidad.

—¿No tienes fotos? —pregunta.

Puedo sentir la mirada aterrorizada de Isolde rebotando entre su madre y yo.

—En mi viejo portátil —digo, con el ceño fruncido—. Pero la última vez que Eddie García entró en mi piso... —Hago una pausa, dejando que su imaginación rellene el resto de mi mentira y odiándome por ello—. Pero sí tengo unas fotos monísimas de nuestra excursión al parque. ¿Te gustaría verlas?

Estrecha sus ojos verdes salvajes hacia mí.

—Por supuesto. Supongo que Ace ya te habrá añadido a nuestro grupo familiar.

—Sí y me han encantado las fotos de las vacaciones de Fred de principios de año.

—¿Y a Ace? ¿También le han gustado? —pregunta levantando una ceja.

Obviamente, no entiendo la intención de la pregunta y respondo demasiado emocionada.

—Oh, me ha estado incordiando para que le saque el pasaporte a Tommy y así poder irnos nosotros de viaje.

—Cariño, ahora mismo tenemos que asegurarnos de que los Caruso no empiecen otra guerra por tu matrimonio con mi hijo —responde con sequedad—. Yo que tú dejaría las sugerencias navideñas para el año que viene, siempre que sobrevivamos todos hasta entonces.

—Mamá, no seas tan dramática. Ace sabe lo que hace, y hasta ahora no nos ha llevado a ninguno de nosotros por mal camino, ¿verdad? —interviene Isolde.

—Supongo que no —exhala su madre con brusquedad—. Pero ya sabes cómo el amor puede hacer que una persona haga todo tipo de tonterías. Como casarse con una mujer sin presentársela primero a su madre.

—Los dos te debemos una enorme disculpa por eso —respondo—. Si te sirve de algo, he estado encima de Ace desde el principio para que al menos compartiera el secreto contigo... Ya sabes, eres la mujer a la que más quiere y admira.

Ace me enseñó a hacerle cosquillas al ego de Concetta siempre que tenga ocasión, y ya veo por qué. Casi de inmediato, su expresión se suaviza.

—Estoy segura de que encontrará la manera de compensarme. Por ahora, prefiero que nos centremos en toda esta porquería con los Caruso. Pueden ser una autentica mosca coj...

—¡Mamá! —Isolde se ríe—. ¡La boca sucia de papá por fin se te está empezando a pegar!

—Culpo a David Caruso de esto, de hecho —contesta Concetta, sacudiendo lentamente la cabeza—. Ese hombre no ha sido más que una espina clavada durante demasiado tiempo. Y todo ese lío con el padre de Kay... Imagínate que esta pobre chica se ha pasado años pensando que nosotros éramos los culpables de su muerte. Recuerda las agitaciones mediáticas, a los reporteros

intentando saltar la valla constantemente... oh, odiaba aquellos días.

—Pero ya está bien —le digo—. Hace tiempo que se aclararon las cosas y me siento honrada de formar parte de esta familia. Es cierto que a mí también me hubiera gustado que me presentaran de otra forma, pero Ace y yo hicimos lo que pudimos con lo que teníamos.

—Me privaste de años, preciosos años con ese precioso niño —dice.

Isolde chasquea los dientes.

—Mamá, eres más que bienvenida a irte con los niños y Lola a mi habitación en lugar de sentarte aquí a refunfuñar todo el rato. De todos los miembros de nuestra familia, eres la última de la que esperaba que guarde un rencor tan insignificante. Ya está hecho, mamá. Ace creyó que era necesario ocultarnos a su mujer, y tenemos que entenderlo y respetarlo.

Concetta pone los ojos en blanco, se termina la grappa y deja el vaso vacío sobre la mesa auxiliar de caoba a su izquierda.

—Tienes razón, cariño, tienes toda la razón. —Me mira y asiente una vez—. Lo siento, Kay. Tendrás que perdonarme.

—Pienso hacer todo lo posible para compensarte a ti y a toda la familia muy pronto —respondo.

Vuelve a asentir y luego frunce sus finas cejas mirando a Isolde.

—¿Y qué hay tan importante en ese portátil tuyo que no puedes dejarlo a un lado mientras agasajamos a nuestro invitada, querida?

—Pues estoy editando el anuncio de compromiso de Ace —responde ésta, comprensiblemente divertida—. Bueno, en realidad lo estoy reescribiendo todo para anunciar su boda pasada con Kay... y borrando todas las imágenes y menciones a Ava en el proceso. Es una pena que no tenga mejores fotos tuyas —añade, dirigiendo una mirada hacia mí. —Esta foto del bar Shackleton es bastante decente, pero no se compara con ninguna de las fotos glamurosas de Ava. Tengo que reconocérselo a esa zorra fría, es increíblemente fotogénica.

Las puertas del salón se abren de par en par cuando entra Fred. Las mejillas le arden de rojo y la furia le hace tictac en una vena de la sien. Se quita la corbata y se dirige directamente al minibar.

—Hola, señoritas.

—¿Qué pasa? —pregunta Concetta—. Parece que acabas de...

—Asesinar a alguien. Casi lo hago —la interrumpe, se sirve un whisky triple y se gira para mirarnos. A mí, específicamente—. No sé qué le hiciste a mi hermano, Kailyn, pero si lo matan esta noche, será tu culpa.

Al instante, Concetta se sienta erguida. La tensión alisa su noble frente.

—¿De qué hablas?

—Supongo que aún no sabéis nada de Ace —dice Fred, provocando que las tres sacudamos la cabeza—. Resulta que mi hermano, mi sorprendentemente estúpido hermanito, ha estado llamando por teléfono a algunos de mis chicos toda la semana para intentar involucrarlos en

algún trabajo extraoficial para esta noche. Les hizo jurar a todos que guardarían el secreto, pero a mí se me da bien detectar a los eslabones más débiles de mi manada. Hicieron falta unos alicates y paciencia... pero los resultados no me decepcionaron. Ace tiene una bala con el nombre de Caruso y planea ponerla en uso esta noche.

—¡¿QUÉ?! —Me oigo gritar, levantándome de la silla—. ¿De qué demonios estás hablando? Ha ido hasta allí a hablarles de mí. Está cenando con Ava y David ahora mismo.

—Oh, no... —murmura Isolde, el horror proyecta unas sombras sobre su bello rostro a medida que asimila los hechos—. Ace, serás tonto...

—Ava está ahora mismo tomándose unos chupitos de tequila en Movida —responde Fred secamente.

—Esto no tiene sentido —me las arreglo para decir.

Concetta resopla.

—Él no haría tal cosa. ¿Has hablado con tu padre?

—NO. Acabo de llegar. Necesito un trago o diez, primero. Va a explotar. Lo sabes, ¿verdad?

—Llama a tus hombres —dice Concetta—. Tenlos preparados. Hablaré con tu padre al respecto.

—Tiene que oírlo de mí. Fue a mí a quien pidió que vigilara al chico —refunfuña Fred, pellizcándose el puente de la nariz—. Lo perdí de vista. Pero incluso con mis ojos clavados en su puñetera espalda, no me imaginaría que intentaría algo tan condenadamente estúpido.

Isolde gime de frustración.

—Para ser justos, la muerte de David Caruso sería lo mejor para absolutamente todos los implicados. Incluso sus hijos se sentirían aliviados al final, estén dispuestos a admitirlo o no.

—¡No te atrevas ni a bromear con el tema! —chasquea Concetta—. Todavía queda honor entre nuestras familias, para eso teníamos la tregua en vigor.

—¡Sí, pero entonces Ace decidió sacarse a su mujer de la puta nada y lo jodió todo! —contesta Fred, lanzándome una mirada de reojo cargada de desprecio.

No puedo evitar sentirme culpable por todo este asunto porque sé que Ace está haciendo lo que cree que es mejor para nosotros. E Isolde tampoco se equivoca. La muerte de Caruso sería el fin de todos mis males porque es el único que está dispuesto a hacer cualquier cosa para matarme y cubrirse las espaldas después de lo que le hizo a mi padre.

—Dicho esto, ahora eres parte de la familia, así que pase lo que pase... tenemos el deber de protegerte —añade Fred a regañadientes.

—Bueno, al menos sabemos a qué atenernos —murmuro, cruzándome de brazos mientras pienso en el millón de formas en que el plan de Ace podría salir mal—. Últimamente ha estado muy reservado con el tema de David Caruso. Intenté que me dijera qué opciones estaba considerando, pero no ha dejado de apostarlo todo a la cena de esta noche.

—Ava no se encuentra en casa —dice Fred.

—Y tampoco sabe nada de Kay. —Suspira Isolde—. Maldita sea, Ace debería haberse

limitado a decirle al viejo que el compromiso se había cancelado.

Empiezo a pasearme por la habitación, con la mente enloquecida, pasando de un escenario a otro, preocupadísima por Ace.

—¿Cómo lo haría, de todos modos? —pregunto—. ¿Qué va a hacer, entrar ahí y disparar a Caruso en la cabeza?

—Tal vez —admite Fred—. El viejo ignora tu existencia como Bernardi en este momento. Probablemente se piensa que Ace quiere discutir la boda entre él y Ava...

Paso junto al hombro de Isolde y echo un breve vistazo a la pantalla de su portátil. Se me revuelve el estómago al reconocer a la mujer de las fotos del anuncio de compromiso que están abiertas.

—Oh, no. —Suspiro, con el horror subiéndome por la columna vertebral.

—¿Qué pasa? —pregunta Concetta, mirándome como un halcón.

—Creo que Caruso sabe lo de mi relación con Ace —consigo decir, incapaz de apartar la mirada de la preciosa y larga melena negra de Ava Caruso.

Es la mujer que vi antes en el parque. Incluso con las gafas puestas, es imposible confundirla con otra persona. Mi sangre se espesa cuando empiezo a darme cuenta de la tragedia que está a punto de desencadenarse, y sólo puedo culparme a mí misma por ello. Debería haberme mantenido alejada. Maldita sea, debería haberme ido de Chicago. Debería haber abandonado el maldito país.

—Ava me vio hoy. Me vio con Tommy y Ace —le digo.

—Ace ha ido directo una trampa —responde Fred.

VEINTISIETE

ACLAN

La finca de los Caruso no es ni de lejos tan grande ni tan imponente como la de mi familia, pero lo compensan con estilo y artesanía.

No soy aficionado al diseño de interiores, pero reconozco algunas de las piezas que adornan el suntuoso vestíbulo de la planta baja. El papel pintado a mano con motivos florales estilo acuarela que parecen estar descoloridos, víctimas del tiempo, pero sutiles y bellos y no demasiado en contraste con las mesas auxiliares de caoba casi rojo sangre. El suave acabado de mármol del suelo y los apliques de latón cepillado que parecen flores de lirio del valle vierten su cálida luz en la habitación. Encima de mí, una enorme lámpara de araña con un diseño similar a brazos arremolinados y cristal blanco pálido se cierne silenciosa y en penumbra. No hay nada amenazador en la decoración, pero no puedo evitar la sensación de inquietud que me corroe por dentro.

Espero pacientemente junto a la mesa que hay en medio del vestíbulo, donde otro jarrón rebosa de rosas, cuyo aroma pone a prueba mis sentidos mientras me acaricio distraídamente la chaqueta para recordarme la pistola que llevo.

Una vez que termine esta cena con David y Ava, saldré por la puerta de servicio y volveré a colarme cuando David esté solo. Ya he investigado el lugar. Conozco las salidas. Sé cómo meterle una bala en la cabeza al viejo cabrón sin que nadie lo relacione conmigo. Pero tanto David como Ava llegan tarde.

El silencio pesa sobre mis hombros. O quizá sea la culpa por lo que estoy a punto de hacer. Vuelvo a mirar el reloj. Hace quince minutos que estoy esperando.

Por fin, el sonido de unos pasos me saca de mis pensamientos oscuros y me doy la vuelta, esperando ver a Ava bajando las escaleras. Pero no es así. Es Nicholas, su hermano mayor, vestido con un traje azul oscuro, gemelos dorados y una ceja levantada mientras me mira.

—Siento haberte hecho esperar —dice.

—No es a ti a quien espero —respondo con frialdad.

Nicholas no es exactamente alguien a quien yo describiría como parecido a su padre, aunque participa en sus asuntos y es probable que le suceda cuando llegue el momento.

Nicolás debería agradecerme más tarde lo que voy a hacer esta noche, pero no necesita

saberlo ahora. A diferencia de Raul, su hermano menor, Nicholas controla mejor sus impulsos. No es violento a menos que sea absolutamente necesario, y tampoco es de los que se ensucian las manos. Ni siquiera es el sucesor ideal del imperio empresarial de David, la verdad sea dicha. Tiene primos con la piel más gruesa y los nudillos más duros que se sentarían mejor en ese trono.

Supongo que, en cierto modo, Nicholas y yo nos parecemos más de lo que ninguno de los dos admitiría. También es excesivamente protector con su hermana, a quien yo voy a fallarle muy pronto, así que no puedo ignorarle cuando se acerca a estrecharme la mano. Sin embargo, es la expresión en su cara la que no consigo leer, y me irrita.

—Tengo que disculparme en nombre de mi padre y mi hermana —dice—. Sé que ibas a cenar con ellos esta noche.

¿Iba?

—¿No van a venir?

—Bueno, Ava está ocupándose de unos asuntos familiares inaplazables, y papá... papá está ocupado con Raoul.

No me gusta cómo suena eso. Raoul rara vez se separa de Nicholas, y no porque quiera proteger a su hermano mayor. No. Raoul es el tipo de delincuente que pasó la mayor parte de sus años formativos entrando y saliendo del reformatorio y que no se detendrá ante nada para conseguir el primer puesto. Incluso matará a Nicholas si tiene la oportunidad. Raoul no tiene sentido de la ética ni de la moral, y desde luego no siente el suficiente amor por sus hermanos como para impedirle matar a alguno de ellos para conseguir lo que más desea: la aprobación y la fortuna de su padre.

—¿Pasa algo? —pregunto.

Nicholas se encoge de hombros con sutileza.

—No estoy en libertad de decirlo, Ace. A mí tampoco me han dicho mucho. Pero papá llamó en el último momento para decirme que la cena se había cancelado y que probablemente llegarías pronto —dice—. Así que aquí estoy, disculpándome y pidiéndote amablemente que vuelvas otra noche. Estoy seguro de que Ava se pondrá en contacto para darte los detalles.

—Esto es una grosería. Te das cuenta, ¿verdad?

—No tanto como que tú te escaquees de fijar una fecha para la boda —replica— ¿Qué te pasa? ¿Vas a dejar plantada a mi hermana?

—Eso es cosa de Ava y mío.

—Pero en realidad no lo es, ¿verdad? Sabes tan bien como yo que cuando te casas con alguien de una familia como la nuestra, prácticamente te casas con toda la familia, con todo lo bueno, lo malo y lo feo —dice, con una media sonrisa—. Por lo tanto, si tienes problemas con alguno de los míos, yo puedo tener la tentación de tenerlos contigo.

Puede que sea mayor que yo, pero y una mierda voy a dejar que me intimide de alguna manera. Enderezo la espalda y levanto la barbilla en señal de desafío.

—Créeme, Nick, no te interesa hurgar en este avispero en particular. Puede que no te guste lo

que encuentres.

—No me asusto con facilidad, Ace. En especial cuando se trata del bienestar de mi hermana.

—Lo último que quiero es lastimar a Ava.

—Casi me inclino a creerte —dice, y luego señala con la cabeza la puerta principal—. Sea como sea, la cena va a tener que aplazarse. Te acompaño.

Le pediría más información, pero Nicholas se muestra demasiado educado a pesar de la tensión en su voz. No quiere estar aquí, eso lo puedo leer sin esfuerzo en sus profundos ojos azules. Se parece mucho a David, con sus pómulos afilados y su abundante pelo negro, pero también veo mucho del lado de su madre. Era una mujer amable y suave, todo lo contrario del hombre con el que se casó. A veces me pregunto si la obligaron a unirse a la familia Caruso.

—Llamaré a Ava, entonces —digo mientras Nicholas abre la puerta principal, ansioso por verme salir.

—Puede que te decepcione. Mejor deja que te llame ella. Estoy seguro de que está bastante ocupada ahora mismo.

Definitivamente, todo esto me produce una sensación de inquietud, así que me dejo llevar por mis instintos mientras miro cuidadosamente a mi alrededor. Nicholas se despide brevemente de mí y me voy, sin dejar de mirar lo que me rodea. Mi cuerpo está tenso mientras camino hacia el coche. Miro hacia atrás y lo veo mirándome fijamente, de pie en la puerta. Maldita sea, aquí pasa algo, lo noto en los huesos.

Por un momento, me pregunto si le habrán hecho algo a mi coche, pero dudo que sean tan tontos como para manipularlo justo delante de su casa. Me subo y compruebo brevemente el volante y la palanca de cambios, luego el salpicadero y el asiento trasero. La alarma ha estado encendida todo el tiempo, así que hay pocas posibilidades de que alguien haya manipulado mi coche. Normalmente, dejaría que uno de mis hombres de seguridad me llevara, pero como tengo ganas de matar a David Caruso esta noche, he pensado que no debería haber nadie más responsable cuando se desate el caos.

—¿Dónde demonios estás, viejo cabrón? —murmuro mientras arranco el coche.

No ha explotado, así que eso es bueno. Tengo que volver y repensar mi estrategia antes de que Fred descubra lo que he estado tramando. Lo último que quiero es que mi padre se entere de mis intentos de coaccionar a algunos de los matones de mi hermano para un golpe que, de todos modos, me iría mejor haciendo por mi cuenta. Pero tarde o temprano, llegaré hasta David. Tarde o temprano, los Caruso van a necesitar un nuevo capo.

EN CUANTO VUELVO a casa de mis padres, me doy cuenta de que hay una alerta máxima en toda la propiedad. Hay guardias de seguridad patrullando toda la zona ajardinada en patrullas dobles, con las armas cargadas.

Las luces de la azotea están encendidas y se proyectan sobre toda la propiedad, haciéndome sentir como si estuviera a punto de entrar en un estadio de fútbol a mitad de un partido. Me llegan murmullos y susurros mientras dejo el coche en la entrada y subo la escalinata de la mansión. Casi todos los guardias parecen aliviados al verme, y eso me inquieta.

Se suponía que nadie sabía que estaba haciendo algo digno de tanta atención. No me gusta.

—¡Ace, cabronazo! —ladra Fred cuando me abre la puerta.

Debe de haberme visto llegar para estar tan rápido.

—Hola, hermano —le respondo con una sonrisa fría.

—¡Métete el «hola, hermano» por el culo! ¡Ven aquí!

Ni siquiera me da tiempo a poner un pie en la casa cuando me agarra por el cuello de la chaqueta y prácticamente me arrastra hasta el salón, donde ya se ha reunido parte de la familia.

Mamá respira aliviada cuando me ve y casi llora al acercarse. Detrás de ella, papá se yergue alto y moreno, absolutamente furioso, mientras Isolde está pegada a su portátil y teclea con frenesí. Pero tampoco parece contenta. Está claro que todos esperaban mi llegada.

—¡Mi niño! —exclama mamá mientras me acaricia la cara—. ¡¿En qué demonios estabas pensando?!

—¡Mamá! ¡¿Qué pasa?! —resollé.

Pero Fred está igual de furioso.

—¿Qué que pasa? ¿No pensabas que los chicos acabarían diciéndome que estabas intentando que te ayudaran a matar a ese viejo cabrón? ¿Eh?

—Ah, eso —murmuro, sintiéndome de repente como el niño al que han pillado robando caramelos en la tienda. Mi familia tiene una forma de ahogarme en culpa, sobre todo cuando soy culpable de hacer exactamente lo que me dijeron que no hiciera—. No es... Todos, tranquilos. No ha pasado nada.

—Buscabas matar a David Caruso sin mi consentimiento —ladra papá, sus arrugas se hacen más profundas y pesadas con cada ceño fruncido—. ¡Y tanto que pasado algo!

—Papá, escucha, puedo explicarlo. Tuve la intención de hacer lo impensable, pero no lo hice. Todo vaestá bien —le digo, pero también me aseguro de mirar al resto de mi familia, aunque sólo sea en un intento de ayudar a calmar a todos a la vez—. Caruso se ha escaqueado de la cena y Ava no estaba en casa, así que he vuelto. No tienes que preocuparte por nada.

—¡As! Esa no es la respuesta correcta —interrumpe Fred—. Primero habla con nosotros. Habla con papá. Habla conmigo. Todavía no eres el capo, ¿de acuerdo? No estás a cargo y no tomas estas decisiones por tu cuenta. ¡No podemos empezar una guerra con David Caruso! O con cualquier otra persona de esa familia, para el caso. Tenemos tratos con esa gente. Una tregua. Votos que necesitan ser honrados. ¡No hagas lo que acabas de intentar hacer!

Papá sacude la cabeza.

—Por no mencionar que ibas directo a una trampa. Ni siquiera sé cómo has salido de allí vivo. Estaba a punto de enviar a Fred y a los chicos a casa de Caruso para salvar ese culo tuyo

imprudente.

—¿Qué trampa? —pregunto, repentinamente confundido—. Iba a cenar con él y con Ava. Iba a informarles de mi matrimonio con Kailyn, de mi hijo, de todo.

—¿Y cuándo ibas a matar al viejo? —Fred levanta una ceja mientras mamá e Isolde me miran febrilmente—. ¿Antes o después del postre?

—El plan era volver allí más tarde. Sé lo que hago, y la verdad es que aquí nadie va a dormir tranquilo hasta que David Caruso esté muerto. Nunca va a dejar en paz a Kailyn, ni siquiera cuando se entere del matrimonio. Va a seguir persiguiéndola hasta que desaparezca, como su padre. Es viejo, se está muriendo y atando cabos sueltos. Kailyn es y siempre será un cabo suelto para él. ¡Intento proteger a mi familia!

—Ya sabe lo de tu familia —interviene Isolde, con una voz apenas susurrante.

Le dirijo una mirada preocupada, con la sangre ya helada.

—¿Qué quieres decir?

—Kailyn vio a Ava antes en Humboldt Park. No sabía quién era Ava hasta esta noche, cuando vio una foto suya en mi ordenador —explica mi hermana—. Así que, fuera cual fuera la cena diplomática que pensabas tener esta noche... no iba a ocurrir. Al menos, no así.

—Le diste la espalda a tu mujer y a tu hijo para intentar conseguir un par de sicarios de mi escuadrón para esta noche —murmura Fred, con un músculo tintineándole furiosamente en la mandíbula—. Y ni siquiera viste a Ava. Te apuesto lo que quieras a que fue directa a casa de papá y le contó todo sobre Kailyn y el niño.

—Probablemente por eso cancelaron la cena —dice papá—. Ace... Es un milagro que sigas vivo, pero no vuelvas a hacer algo así nunca más. ¿Me oyes?

—Intento mantenerla a salvo —consigo decir, con el corazón desbocado.

Si David y Ava ya sabían lo mío con Kailyn, ¿por qué no cancelaron formalmente la cena?

—¿Por qué no cancelaron la cena? —pregunta mamá, como si me leyera la mente—. Si ya sabían que Kailyn y Ace estaban juntos, ¿por qué le dejaron entrar en su casa?

—No estaban en casa, o eso dijo Nicholas —le digo.

Fred resopla.

—Ava está de fiesta con sus amigas y le he perdido la pista a su viejo.

—Esto no tiene sentido —digo, tratando de entender lo que acaba de pasar—. Podrían haberme matado allí mismo. Podrían haberse enfrentado a mí. Haber hecho ruido. Podrían haber hecho prácticamente cualquier cosa y yo no lo habría visto venir porque estaba convencido de haber mantenido a Kailyn y a Tommy en secreto. Por eso los llevé a Humboldt Park, lejos de los territorios de Caruso...

—Recuerda que parte de nuestra tregua implicaba el paso libre de Caruso y su gente por todos nuestros territorios, y lo mismo está permitido para nosotros —dice papá—. Pero tu madre tiene razón. ¿Por qué has ido allí si ya sabían que pasaba algo entre tú y Kailyn?

Miro alrededor de la sala y me fijo en los que faltan en esta conversación.

—¿Dónde está Marco? —pregunto, y vuelvo a mirar a papá.

—Viene hacia aquí. He convocado a toda la familia para intentar averiguar cómo deshacer este lío en el que nos has metido —responde tajante—. Verás, Ace, ahí es donde está el verdadero problema. Hagas lo que hagas, te metas en la mierda en que te metas, seguimos siendo nosotros los que tenemos que cubrirte las espaldas incluso cuando la propia razón nos dicta que deberíamos dejarte caer de culo.

—Estoy intentando pensar en una forma de remediarlo, pero necesito... —Hago una pausa, dándome cuenta de que falta alguien en esta habitación, y es la persona más importante de mi mundo—. Espera, ¿dónde está Kailyn?

Isolde mira a su alrededor.

—Creo que subió a mi habitación. Rosie y Tommy están allí con Lola.

—¿Y Jason? —le pregunto.

Fred contiene una sonrisa.

—Probablemente drogándose en su antigua habitación. Ha estado de juerga sin fin últimamente.

—Dios mío, Fred, ¿puedes no ser tan idiota por una vez? —responde mi hermana, visiblemente irritada.

—Vuelvo enseguida —le digo a la familia—. Necesito hablar con Kailyn.

—¡No, Ace, espera, no hemos terminado de hablar! —grita papá.

Sin embargo, justo cuando salgo del salón y me dirijo a las escaleras, un grito estremecedor atraviesa toda la casa. Casi al instante, una docena de nuestros guardias irrumpen por las puertas delantera y trasera.

Subo volando al primer piso justo cuando Lola sale de la habitación de Isolde, con la cara pálida y la nariz y la boca ensangrentadas. Alguien la ha golpeado tan fuerte que la ha dejado hecha un cristo. La pobre chica parece confusa y perdida.

—Lola, ¿qué ha pasado? —jadeo.

Abajo, el resto de la familia sale del salón, igualmente alarmada por el grito.

—Yo... No sé... Entraron... Yo... Tres hombres. Cuatro. Puede que cinco. Todos llevaban máscaras... máscaras negras... —se las arregla para decir, antes de abandonarse a los sollozos.

La sostengo un momento, justo hasta que Isolde llega hasta nosotras. Ayuda a la chica a sentarse en el suelo y espera a mi madre, que ya está subiendo las escaleras con la respiración entrecortada, mientras nosotros dos vamos directos a su dormitorio.

La escena que se desarrolla rápidamente ante nosotros es propia de las pesadillas. Rosie está en el armario, sus gritos amortiguados por el conejito de peluche al que se aferra como si su vida dependiera de ello. Hay sangre en el suelo, que se filtra por la alfombra de felpa rosa pálido. No veo a Kailyn ni a Tommy por ninguna parte. Las ventanas están abiertas de par en par y sopla un viento frío que levanta las cortinas blancas a un ritmo constante.

—¡Kay! —grito, pero no obtengo respuesta alguna.

Isolde coge a Rosie en brazos y se apresura a calmar a la niña.

—Shh, cariño, ya está, no pasa nada. Estamos bien. Todo va a ir bien.

—¡Kay! —vuelvo a gritar, más alto y con mucho más pavor desplegándose en el fondo de mi garganta mientras compruebo el alféizar de la ventana y noto los rasguños que han dejado.

LEA AQUÍ EL LIBRO 2